

*Anne K. Austen*

**JUDIE**

*Mei hermanastro*

JUDE

**Mi hermanastro**

Anne K. Austen

**Título:** Jude, mi hermanastro  
© Anne K. Austen  
**ISBN:** 9781791799472  
**Sello:** Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen  
Maquetación y composición: Anne K. Austen

@annekausten  
[annekausten@gmail.com](mailto:annekausten@gmail.com)  
<https://www.facebook.com/Anne-K-Austen>

**Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).**

## **Contenido**

### CAPÍTULO 1

La mano diestra

### CAPÍTULO 2

Noche de fiesta

### CAPÍTULO 3

Un nuevo tatuaje

### CAPÍTULO 4

Príncipe Alberto

### CAPÍTULO 5

El amigo Po

### CAPÍTULO 6

Sex escape room

### CAPÍTULO 7

Me muero por un beso

### CAPÍTULO 8

Normativa laboral

### CAPÍTULO 9

Estrellas, alcohol y sentimientos

### CAPÍTULO 10

Adiós

### CAPÍTULO 11

Acción de gracias

### CAPÍTULO 12

La chica de oro

### CAPÍTULO 13

Celos y posesión

### CAPÍTULO 14

Secretos desvelados

# CAPÍTULO 1

## *La mano diestra*

Odiaba a ese chico. Tal vez odiar es una emoción demasiado visceral y cruda para aplicarla al sentimiento de quemazón que él me producía, pero seguro que era algo muy parecido al resentimiento.

Llegó a mi vida, por mediación de mi padre, hace diez años y me lo presentó como mi nuevo hermano. Yo era joven, apenas contaba con doce años entonces, pero capté con claridad, en la expresión de mi padre, el anhelo y las altas expectativas concentradas en este nuevo miembro de la familia y que se habían apagado completamente en mí.

Ser la hija de dos inminentes cirujanos crea ciertas expectativas, aunque en mi caso, esas probabilidades de éxito desaparecieron temprano. Pronto quedó bastante claro que yo no disponía de sus altas capacidades y mi profunda dislexia me obliga a ir un poco más lento o menos seguro que a los demás.

Había descubierto a Jude cumpliendo una pequeña deuda con la sociedad en trabajos comunitarios. Fue condenado por un juez por propinar una soberana paliza a un orangután de casi dos metros. Creo que la sentencia fue tan indulgente porque el juez estaba seriamente impresionado por la hazaña de ese chico de catorce años. El caso es que mientras limpiaba los pasillos del laboratorio de mi padre, este descubrió que tenía un ingenio portentoso y que su coeficiente intelectual superaba al suyo.

Cuando se interesó por él, descubrió que llevaba en manos del estado desde que nació. Rotaba por casas de acogida y familias más interesadas en la paga que se les concedía que en proporcionarle un hogar.

No fue capaz de ver más allá de su mente prodigiosa. Lo acogió con el firme propósito de inculcarle su amor por la medicina y convertirle en el perfecto pupilo que yo no podía ser.

El primer día que le oí hablar de él con tanto entusiasmo y devoción, lloré ríos de amargura y desilusión. Creo que ese fue el momento en que dejé de intentar cumplir las expectativas de los demás y comencé a desvestir a la niña y abrigar a la mujer en que me transformaría con el tiempo.

Me convertí en adulta cuando Jude entró por la puerta de nuestra casa con su fría y helada mirada. Él no era ningún cabestro fácil de domar. Llevaba la palabra «problema» escrita por todo su semblante y, pese a los esfuerzos de mis padres por proporcionarle un buen hogar y un grandioso futuro, el desgraciado se piró en cuanto cumplió los dieciocho, rompiendo en pedazos sus corazones.

Desde entonces solo se dejaba ver, de vez en cuando, en festivos o visitas leves y esporádicas.

Mis padres lo seguían tratando como al hijo pródigo mientras mi aversión hacia él crecía con cada uno de sus desplantes o su mirada airada. Por mucho que me costara reconocerlo, yo también me sentí herida por su marcha y el vacío que dejó tras él.

Jude me dolía y cambié ese pesar por hostilidad.

Yo tampoco era santo de su devoción. Solía referirse a mí como malcriada o mocosa entonces, y jamás me dejó entrar demasiado en su vida. Si me acercaba demasiado, él se cerraba en banda.

Lo cierto es que Jude ya estaba envuelto en un buen número de capas de amargura, resentimiento y rebeldía para cuando entró en nuestras vidas. Capas impenetrables y gruesas que habían crecido en cada hogar en el que había entrado.

Sin embargo, él sí que se había colado hasta las entrañas en mis padres y su afán, ahora mismo, es que dado que él y yo vivimos en la misma ciudad, nos reencontremos y formemos una bonita y entrañable relación filial. Lo cierto es que se preocupan por él a su peculiar manera y yo no he podido negarme a echar un ojo sobre él.

Baltimore no es una ciudad fácil precisamente para las personas que gustan de rodearse de problemas.

Vuelvo a mirar el papel donde tengo escrita la dirección del estudio de tatuaje donde trabaja. Sí, mi padre llora cuando se tortura pensando en todo

ese talento desperdiciado. Yo le consuelo argumentando que al menos trabaja con agujas, pero no creo que le haga mucha gracia.

Dejar de intentar de cumplir las expectativas de tus padres también conlleva cierta independencia, así que realmente no me importa que carezcan de sentido del humor cuando se trata de Jude. De todas formas, no tengo ninguna queja sobre ellos. A primera vista, pueden parecer un poco desapegados, pero valoro la libertad que me concede su pasión por el trabajo.

Levanto la vista hacia el local y me quedo bastante impresionada por su cuidada fachada. Se encuentra en Greenmount West Avenue, una zona fronteriza entre los barrios más marginales y más prósperos, así que es difícil dilucidar a que tipos de clientes atraerá.

Su fachada está cubierta de baldosas en color granito y grandes ventanales con perfilería de madera en color caoba. En un cartel negro con tipografía blanca reza el nombre «La mano diestra tattoo».

«Solo imaginar las muchas chanzas que puedo inventar gracias a ese nombre y la diversión que me procurará a expensas de Jude, me hace aflorar una sonrisa maliciosa».

Parece que dispone de varias plantas, así que puedo descartar la imagen del antro sucio y pequeño que creía me iba a encontrar.

Cruzo la calle con paso seguro y sin pensármelo demasiado giro la manilla oscura que me abrirá la puerta a ese infierno que supondrá tratar de ser una buena hermana

Nada más cruzar el umbral me encuentro con una exuberante pelirroja, tras un immaculado blanco mostrador, que me recibe con una mirada de indiferencia.

—¿En qué puedo ayudarte?

Miro en derredor ligeramente impresionada por el aspecto minimalista e impecable del estudio. Espacios amplios con poco mobiliario en tonos claros y oscuros como si fuera un tablero de ajedrez estratégicamente dispuesto para devorar a la reina.

—Estoy buscando a Jude.

La mirada desinteresada trasmuta a otra llena de desdén.

—Jude no recibe a nadie sin cita previa.

Entrecierro los ojos y digiero con apatía su tono seco.

Cuando las chicas se enteran de que Jude es mi hermanastro, la actitud suele ser todo lo contrario. En el instituto, su cristalina y azulada mirada en contraste con su comportamiento oscuro y atormentado eran miel para toda clase de abejas y alguna que otra molesta e incómoda mosca.

—Soy su hermana —acorto.

—Seguro que sí —me responde con indiferencia. No muestra ni un pequeño atisbo de pretender facilitarme el camino.

Resoplo con impaciencia y antes de cualquier otra replica saco mi móvil y busco el contacto de Jude. Espero que el tono de llamada del suyo resuene por algún lugar del local, pero no se oye nada.

—Dime —contesta tras descolgar la llamada.

Levanto los ojos al techo. Hace más de medio año que no hablamos y lo único que se le ocurre es responderme con impaciencia.

—Estoy en la puerta del lugar donde trabajas y la Emma Stone de la recepción está resultando poco colaboradora.

Un vacío queda suspendido en la línea mientras yo le envío una tirante sonrisa a la pelirroja y ella me observa con una ceja alzada.

—Subo en un minuto —me responde al fin, lo que me obliga a mirar en derredor en busca de ese acceso al submundo en el que debe estar.

Efectivamente, encuentro una curiosa escalera camuflada al final de la estancia, oculta tras medio muro de blancos y enfilados ladrillos.

—Ahora viene —informo con condescendencia a la atenta oyente.

—Puedes esperar ahí —sugiere sin que su tono de voz revele ni acritud ni cordialidad.

—Gracias —. Nadie podrá recriminarme mi falta de educación.

Me dirijo al módulo dispuesto como sala de espera y acomodo mi trasero en un oscuro sofá Chesterfield junto a un curioso tipo envuelto en cuero que no deja de mirarme con atención y lleva incorporado de serie una enorme sonrisa complacida.

—Así que... hermana de Jude. Menuda sorpresa. No sabía que ese cabrón tuviera una familia tan interesante —comenta tras un largo y lento vistazo a mis ceñidos tejanos y las botas de caña alta.



—¿Debo tomármelo como un cumplido?

—Puedes tomártelo como gustes, hermosa.

—Bueno, antes de entrar en complicados temas familiares, me gustaría saber al menos con quién hablo.

Mi respuesta le hace lanzar una carcajada que juro que rebota sobre las cuatro paredes. Se yergue para ofrecerme una enorme mano con la cabeza de un tigre tatuada en su dorso.

—Mi nombre es Sean y soy el socio de Jude. Copropietario de este antro.

Procuro disimilar mi sorpresa y digiero esa información cogida al vuelo. No sabía que Jude fuera dueño de ese estudio. Creía que era un empleado. Pero ¿cómo saberlo si el muy capullo nunca se molesta en compartir mucha información sobre él?

Acepto su apretón de manos y cuando este perdura más de la cuenta acompañado de una ladina sonrisa, tiro de mi brazo para recuperar mis pertenencias.

—Brooke —respondo correspondiendo a su presentación.

—Uhm... Brooke pertenece a mujeres muy ingeniosas y brillantes.

—¿Perdona?

—Conozco este tipo de mierdas porque a muchos clientes les gusta saber el significado místico de sus nombres y sus muchas interpretaciones.

—Pues me temo que tus mierdas están equivocadas.

Menea la cabeza mientras chasquea su lengua lentamente.

—Puede, pero creo que este no es el caso.

Le miro con curiosidad. Hasta el momento apenas le he echado un vistazo con interés. Huyo de los tipos con apariencia de inadaptados. He tenido suficiente de eso tratando con Jude, pero Sean ha terminado por intrigarme. No estoy segura de si me toma el pelo o habla completamente en serio. Mantiene una eterna expresión divertida como si supiera algo que el resto del mundo desconoce.

No voy a negar que resulta atractivo. Tal vez no en un primer vistazo, pero unos profundos ojos dorados y esa barba de tres días sobre una interesante mandíbula constituyen algo digno de observar. Imagino que rondará la treintena, aunque soy un desastre calculando cualquier edad.

—¿Y qué te trae a Baltimore? ¿Trabajo o placer?

Soy capaz de percibir perfectamente el cariz sexual de su última palabra.

—He conseguido una beca en la escuela de enfermería Johns Hopkins —dejo caer con un regusto orgulloso. Es como si estuviera esperando la pregunta adecuada para poder soltarlo.

«Sí, ¡qué caray! Bien puedo presumir de ello». Llegar a formar parte de probablemente una de las mejores universidades en medicina del mundo, por méritos propios, bien merece un poco de vanidad. Mucho más teniendo en cuenta que pocas personas apostaban por mí, y mi capacidad y circunstancias parecían limitarme a conseguir llegar a ser poco más que un florero decorativo.

Tal vez no lograra ser la inminente cirujana que querían mis padres, pero, pese a mi dislexia, había conseguido llegar a la universidad y sacarme mi titulación de enfermera. Ahora conseguiría mi especialización en investigación de enfermería aplicada.

—¿Enfermera entonces? ¿No estarás buscando trabajo por casualidad?

—Olvídalo, Sean. Ella no necesita trabajar y mucho menos aquí —nos interrumpe una voz profunda y rasgada a nuestra espalda que me eriza la piel.

—Hola a ti también, Jude —intervengo con sarcasmo, volviéndome para echarle un vistazo.

No puedo negar que Jude es muy agradable de mirar. Debajo de toda esa apariencia hostil se esconde una fachada de infarto y sus ojos del color de un lago congelado, en realidad, podrían derretir icebergs, al menos si se molestara en dulcificar un poco su expresión y no pareciese que quiere despellejar vivo a cualquiera que se cruce en su camino.

Lleva un *piercing* en la ceja derecha, además de las orejas perforadas y a través de su camiseta de manga corta también se atisban varios tatuajes de diferentes formas y colores. Nada demasiado pesado o estridente, más bien le dan un toque interesante y cadencioso.

Me centro de nuevo en Sean decidida a indagar sobre el puesto del que me habla.

—Para ser sincera un trabajo de media jornada me vendría de perlas.

—No —se interpone el desollador.

—¿De qué se trata? —insisto yo ignorándolo.

Sean nos mira a uno y otro con regocijo en esos ojos que parecen resolver todos los acertijos del mundo.

—*Piercings*. Supongo que con tu experiencia estás versada en agujas y perforaciones.

—Sean —dice mi hermanastro con un tono de aviso.

Ha dejado su puesto tras nuestras espaldas y se acerca a nosotros con esos pasos largos y seguros que parecen manifestar que nada ni nadie podrán detenerle.

Sus ojos se escudan tras sus pestañas oscuras mientras me examina. Hace tiempo desde la última vez que nos encontramos. No evito el contacto visual, aunque su mirada fija hace titubear incluso al más audaz.

—Tienes que reconocer que la providencia es perfecta. Está más que capacitada y tiene los conocimientos necesarios en higiene y seguridad. Sabes que, dentro de unos meses, India no podrá continuar con su trabajo con ese enorme panza de por medio. Estoy seguro de que será una avezada aprendiz, y no tenemos mucho tiempo para preparar a otra persona desde cero.

Observo el ceño fruncido de Jude y su expresión tensa. Parece que la idea de trabajar juntos le resulta insufrible. Sin detenerme a calibrar las consecuencias y antes de que él se niegue de nuevo, la respuesta se derrama de mis labios sin que pueda contenerla:

—¡Acepto!

Sonrío satisfecha al ver cómo se profundiza su ceño y vuelve hacia mí una mirada contrariada.

Lo cierto es que empujada por mi determinación a fastidiarle, ni siquiera he preguntado las condiciones ni el sueldo y debería hacerlo. De hecho, me doy cuenta de que ese estudio pertenece a Jude y eso quiere decir que estaré trabajando para él. Eso no me produce tanta satisfacción.

—No habrá trato de favor. Esto no es ningún circo. Trabajarás igual o más duro que los demás —me avisa con un dedo extendido amenazadoramente hacia mí.

«Es un capullo».

—Algo me dice que esto será un paseo en comparación con la sala de

urgencias de un hospital —declaro con conocimiento de causa.

Parece que Jude tiene más problemas que yo para olvidar a la niña pudiente y popular que fui, aunque ni siquiera estoy segura de que fuese así realmente. En cualquier caso, todo aquello parece demasiado lejos. Ahora soy el producto de un gran esfuerzo por conseguir llegar a donde estoy, muchas horas de laborioso trabajo y la visualización de las peores flaquezas humanas.

—A tus padres no les hará ni pizca de gracia.

—¿Desde cuándo te importa lo que ellos piensen o sientan? —murmuro para mí para no hacer partícipe al resto de oyentes de nuestras diferencias, aunque estoy segura de que él me ha oído y Sean también. No así los dos últimos especímenes que se han unido a nuestro cuarteto si contamos a la pelirroja que no se pierde una sola palabra desde el mostrador.

Los dos nos miran, uno apoyado de manera desmadejada en el otro, sin disimular su evidente interés en nuestras desavenencias.

—Entonces contratada —resuelve Sean haciendo caso omiso del resoplido malhumorado de mi hermanastro—. Deja que te presente al resto del equipo.

Se pone en pie y me espera mientras lo hago yo. Con un derroche de amabilidad inesperado, me guía con una mano, a mi espalda, en la cintura, hasta el dúo de entrometidos.

—Estos son Frederick y Adam, tatuadores.

Frederick me saluda de forma cordial. Parece un tejano con su melena castaña descuidada hasta los hombros y sus botas camperas. Adam lo hace de forma más distante. Tiene la piel oscura y rasgos asiáticos que se adivinan por la apariencia rasgada de sus ojos, ojos de un color casi tan claro como el de Jude. Todo ese conjunto de rasgos hacen que su aspecto sea realmente exótico. Ambos llevan perforaciones en los lóbulos de las orejas y en las cejas y un montón de piel tatuada.

—Apuesto lo que sea a que eres virgen —suelta Frederick tras un apretón de manos.

—¿Perdona? —pregunto con incredulidad. Evidentemente no lo soy, pero mucho menos creía tener apariencia de serlo si eso de verdad es posible.

—Me refiero a que pareces un lienzo en blanco: sin tinta ni agujeros.

—Tú lo has dicho. Parece —respondo resuelta a no ofrecer más detalles.

Aunque esa afirmación parece haber despertado la curiosidad de Jude porque enarca la ceja adornada con una barra acabada en dos bolas plateadas.

—Es una lástima. Me hubiera encantado ser el primero.

—No te pases de listo, Frederick. —interviene con tono de aviso Jude.

Nunca ha sido del tipo protector, más bien era indiferente a mis problemas o desavenencias, así que me sorprende esa nueva actitud. Algo me dice que no quiere que me implique demasiado en su vida y con sus amigos.

—Lo siento. Es la costumbre —responde este divertido con las manos en alto en señal de rendición.

Todavía es pronto para formarme una opinión sobre alguno de ellos. A estas alturas tengo muy claro que las primeras impresiones casi siempre son imprecisas y superficiales.

—Y ella es Megan. Se ocupa de la recepción —prosigue Sean señalando a la pelirroja malhumorada que no parece especialmente contenta—. Y bien, ¿cuándo crees que podrías empezar? ¿Necesitas tiempo para establecerte o buscar un lugar?

—En realidad, ya estoy establecida. Llevo un mes en la ciudad.

Sí, no voy negar que no me he tomado ninguna prisa para encontrarme con Jude, pero tampoco es como si hubiera tenido mucho tiempo. El verano acaba de comenzar y necesito estar ubicada antes del comienzo del curso en septiembre. Entre echar un vistazo a los lugares de alquiler disponibles, la mudanza, el papeleo y la burocracia y la toma de contacto con la ciudad, mi agenda ha estado a punto de estallar.

Echo un vistazo al susodicho para comprobar qué tal le ha caído esa información, pero como siempre solo me encuentro una mirada indescifrable.

—Entonces, pásate después del fin de semana. Supongo que hoy estarás deseando aprovechar el tiempo con tu hermano después de tanto tiempo sin veros. —Soy muy capaz de detectar la ironía en su voz. Supongo que mi falta de voluntad para visitar a Jude no ha pasado desapercibida, así como la evidente tirantez que reina entre nosotros.

—Muy bien. Ya nos veremos entonces y gracias por la oportunidad.

Extiende el brazo para ofrecerme su mano, y yo hago lo mismo para estrechársela.

—A ti por aparecer en el momento justo.

Casi puedo oír cómo rechinan los dientes de Jude al apretar sus mandíbulas.

—Ve saliendo. Ahora te alcanzo —me ordena mientras me hace una señal con la cabeza hacia la puerta.

No siento que deba obedecerle, pero lo hago para ahorrarme otra batalla de miradas. De camino a la puerta puedo oír los comentarios de Frederick:

—No me puedo creer que tenga un bombón de hermana y no lo haya comentado nunca.

Pero también puedo oír otros más amargos que provienen de Jude, con voz apagada para que no llegue a mis oídos, y parecen ser escupidos hacia Sean:

—No, no es un buen momento y lo sabes. No quiero que toda esta mierda le salpique. No pienses ni por un instante que voy a dejar que se implique en mi vida.

—Es tu hermana. Ya lo está, quieras o no.

—¡Madita sea, Sean! —gruñe sin ninguna intención de disimular su disgusto. Se acerca a grandes zancadas hasta la puerta que yo sujeto, casi arrancándomela de las manos, para abrirla hasta los goznes y salir por ella como si llegara tarde a la cita con su destino.

No sé de qué coño va todo esto, pero su actitud ya me ha arruinado el día.

—¿Quieres esperar? ¿Se supone que debo ir corriendo tras de ti?

Se detiene abruptamente y choco contra su espalda.

—¿A dónde quieres ir? Parece que te debo una comida y como ya llevas un mes en la ciudad supongo que has tenido tiempo suficiente incluso para tener algún restaurante favorito.

Me sonaría a reproche si no fuera porque sé que a él le importa un rábano. Los dos somos conocedores de que estamos aquí por la insistencia de mis padres.

—¿Fells Point o Little Italy?

Sus labios se tuercen en una mueca como si le hubiera dicho algo desagradable. Vuelve a avanzar sin esperarme y le sigo con esfuerzo para ajustarme al ritmo de las zancadas de sus largas piernas.

Se acerca hasta su antigua moto aparcada dos calles detrás y se agacha

para abrir el enorme candado que la protege.

—Espero que le hayas perdido el miedo a las motos porque es el único medio de transporte del que dispongo ahora mismo —explica con tono de aviso extendiéndome un casco negro y brillante.

—Nunca he tenido miedo a las motos sino a ti y tu forma de conducir.

—¡Cierto! No tenías inconvenientes en montar en la de aquel imbécil que tuviste como novio.

—Jerry nunca fue mi novio.

—Lo que fuera. El caso es que dejaste que te metiera mano.

—No seas antiguo, Jude. Para eso no hace falta ser novios y, además, ¿quién te dice que no fue él el que se dejó meter mano por mí?

—Sí, estoy seguro de que se dejó de buen grado. Puede que incluso te lo suplicara, pero no fue él el que lloró cuando el rumor de lo que habíais hecho se extendió como la pólvora por el instituto.

—No me dolió la traición, sino la mentira. Ni siquiera sabía que se podía hacer eso ¿cómo demonios iba a hacerlo?

Me mira incrédulo y menea la cabeza con resignación como si yo no tuviera remedio. Levanta la pierna sobre el asiento para sentarse tras el manillar mientras yo me acomodo el casco y me estabilizo tras él colocando mis brazos alrededor de su cintura.

A Jude siempre le ha gustado la velocidad y las salidas desmesuradas, así que me sujeto bien fuerte y espero la sacudida.

Me lleva hacia el oeste, a los barrios de los que solo he oído hablar y no he llegado a aventurarme, y me encuentro con casas menos agraciadas de ladrillos rojos apelotonadas unas contra otras como si luchasen por hacerse sitio. La mayoría están llenas de críos jugando por las calles y abuelas sentadas en las escaleras de las puertas vigilando a sus nietos. Alguna que otra fachada aparece desconchada o llena de grafitis comulgando contra la desigualdad monetaria de una ciudad que fue motor económico en sus comienzos.

Las luces azules de las cámaras de seguridad destellan anunciando que atravesamos calles conflictivas y me pregunto cuál será nuestro destino puesto que él parece haber ignorado mi propuesta.

Mis manos se adentran por debajo de su chaqueta y encuentran la hebilla dura de su cinturón. Incomprensiblemente está caliente y con mi pulgar puedo comprobar que se debe al calor que emana de la piel de su estómago. Un giro brusco hace que la motocicleta se tambalee, y mi corazón late a mil mientras me aferro a su espalda como una lapa.

En cuanto detiene el vehículo me deslizo airada de él y le miro de forma acusatoria mientras me deshago del casco.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Es quieres que nos matemos?

Se baja con parsimonia de la moto y estrecha su mirada en mí con seriedad.

—Me he distraído.

Le miro anonadada.

—Espero que esa distracción no haya sido fruto de una falda demasiado corta o algo por el estilo porque podría estrangularte por eso.

Una sonrisa torcida e irónica adorna sus labios y siento como si un rayo me hubiera atravesado. Las sonrisas de Jude son escasas y casi milagrosas porque son como la guinda al hermoso pastel que forman sus labios. Mi amiga Rose decía que solo con su boca podría conseguir su perdición. Labios tan llenos y bien cincelados que hipnotizan con su movimiento.

—No ha sido ninguna falda corta. Lo prometo.

Miro en derredor con curiosidad. Estamos en una amplia calle con casas de contraventanas de madera verdes y ladrillos colorados que me recuerdan a la navidad. El Jimmy's Pub que tenemos de frente hace juego con el edificio en el que se encuentra y viste sus paredes y los toldos del mismo verde acebo.

—¿A dónde me has traído?

—Prepárate para probar las mejores hamburguesas de tu vida.

—Sí, claro —respondo con ironía siguiéndole al interior del tugurio.

No es que sea prejuiciosa ni tampoco soy ninguna princesita, solo dudo de Jude y su buen gusto. No confío en nadie a quien no le guste el queso.

Según entramos, un enorme y redondo hombre de piel oscura recibe a Jude con un caluroso saludo tras la barra que apenas parece contenerle.

Él le indica con dos dedos lo que queremos o más bien la cantidad porque no parece que tengan mucha diversidad en el menú y se dirige a una mesa libre



de la esquina donde se sienta en el sofá de la pared, por lo que me obliga a tomar el lugar de enfrente de espaldas al local. Supongo que se debe a esa manía suya de necesitar controlarlo todo. Le observo estudiar de forma discreta a los demás clientes. Desde su posición privilegiada su mirada abarca todo el local.

Es una de las singularidades de Jude. Al principio, cuando llegó a casa, creía que se debía al ambiente enrarecido en el que había crecido en el que debía estar siempre alerta y adelantarse a las amenazas, ahora sé que se debe a sus altas capacidades. Recibe demasiada información súbitamente, muchísima más de la que advertimos la mayoría de un solo vistazo, y necesita un tiempo para asimilarla.

Le dejo hacerse con el lugar a su ritmo sin presionarle o abaratar ese tiempo con charla insustancial.

Una camarera llena de curvas nos acerca dos vasos de cerveza a la mesa y le sonrío con timidez a Jude. Es evidente que se siente un poco cohibida por él.

—En vaso de tubo como te gusta —explica. Yo le sonrío en agradecimiento porque Jude no despega los labios ni un segundo.

—¿Por qué te gusta en tubo? —pregunto con poco interés moviendo el vaso como si contuviera la respuesta a esa pregunta.

No se molesta en contestarme, pero tampoco lo esperaba. Con Jude mis conversaciones casi siempre son unidireccionales.

Dejo el vaso en la mesa tras un largo trago y me encuentro con su mirada, como si me estuviera analizando también.

—¿Qué?

—¿Por qué has aceptado el trabajo?

—Porque lo necesito.

Enarca una ceja con una expresión de incredulidad. Ese escepticismo me saca de mis casillas.

—Seguro que Peter puede conseguirte algo mucho mejor.

Aprieto los labios y afirmo con la cabeza aceptando derrotada su sentencia sin defensa justa.

—Sería la primera vez que le pido ese favor a mi padre. Mira, Jude,

quiero que quede claro que todo lo que he conseguido ha sido por mi propio pie y que estoy muy orgullosa de ello. Ni tú ni nadie va a menospreciar mis esfuerzos. Siempre me juzgarás y verás en mí una princesita ¿verdad? Pues la mocosa se quedó en la sala de urgencias de la clínica gratuita en la que trabajó de voluntaria, como una leona, durante dos años. Aquello sí que fue un campo de minas, chico duro. Guárdate la arrogancia. No eres mejor que yo. A ti también podrían conseguirte algo mejor si quisieras. Es más, Peter planeó un fabuloso porvenir para ti.

Bebo otro largo trago de mi cerveza y giro la cabeza hacia el mostrador para evitar mirarle. Supongo que se puede dar por abortada nuestra pequeña tregua.

—No me preguntó si era lo que quería. Dio por hecho que así sería y que el pobre huérfano estaría enormemente agradecido por su generosidad, supongo.

—Tus prejuicios nublan tu mente. Nunca te vio como un pobre huérfano. ¡Por Dios, Jude! Él te admira y ama tus capacidades. Te quería dar la oportunidad que te merecías y que tu situación te negaba. No quería agradecimiento, jamás te pidieron nada y te lo dieron todo.

—Nadie puede tenerlo todo.

—Tú podrías.

—Ni de lejos.

—No te entiendo, Jude.

—No lo dudo.

—Entonces que les digo a nuestros padres ¿que eres feliz o no?

—No son mis padres, Brooke. Son los tuyos.

—Está bien. Les diré que continúas siendo un agorero y que jamás renunciarás a tu papel de víctima. Que te encanta regodearte en tu miseria.

—Estupendo. Yo les diré que continuas sin ver más allá de tus narices, que tu lengua es más rápida que tu cerebro y que... ¡Oh, vamos, Brooke, no me refería a tu dislexia! —añade rápidamente con fastidio, recostándose en su asiento para mirarme malhumorado cuando nota que su última frase me ha dolido.

Un silencio, lleno de molestia, acompaña a nuestro nuevo encontronazo.

—Quiero que renuncies al trabajo —vuelca sin aviso dejándome descolocada.

—Tú eres mi jefe. Despídeme.

Una sonrisa que no enseña sus dientes se asoma a sus labios.

—Tienes razón. Despedida.

—Quiero una indemnización.

—¿Qué? —dice incrédulo—. No has trabajado un solo día.

—Por despido improcedente. Está claro que tienes prejuicios contra mí. Estoy más que capacitada para el trabajo y lo sabes.

—No sabes nada de *piercings*.

—¡Claro que sé! Llevo uno.

Sus ojos recorren mi cara con parsimonia, mis orejas, mi cuello, bajan por el escote de mi suéter y continúan su camino por mi pecho hasta el filo de la mesa que oculta el resto de mi cuerpo. Solo cuando su escrutinio termina me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración.

—Llevar un *piercing* no te vuelve una experta —concluye sin ningún interés en saber dónde lo llevo.

A mí tampoco me apetece compartir ese tipo de información con él, por lo que me vuelvo, ignorándolo deliberadamente, hacia el alboroto que llega de la calle.

Un grupo de personas entran de forma atropellada en el local, empujándose y riéndose con desorden. Uno de ellos fija su atención en Jude y comienza a acercarse a nuestra mesa en el mismo momento en que llega la camarera con nuestras hamburguesas.

—Sin queso —le comunica con satisfacción. Sin duda está muy al tanto de los gustos de Jude.

—Gracias —responde seco.

La llegada de este grupo de individuos le pone tenso y le observo erguirse en su asiento con los brazos sobre la mesa extendiéndose en toda su extensión, que no es poca, como si fuera un gallito desplegando su plumaje ante un rival.

—¡Hombre! ¡Qué bien que te encuentro aquí! Necesito que...

—Ahora no —dice de forma tajante, silenciando cualquier petición.

—Pero es que...

—No es el momento —vuelve a insistir y me señala con un movimiento de mandíbula.

El tipo se gira para echarme un vistazo que se alarga más de lo necesario y esboza una sonrisa cómplice con Jude.

—Perdona, tío. La rubia bien merece un poco de paciencia. Llámame cuando hayas acabado... —y vuelve a mirarme con picardía— lo que tengas planeado hacer.

Le ofrece un puño para un saludo de esos complicados y absurdos que llevan mucho más tiempo que un simple adiós y se larga guiñándome un ojo.

Miro a Jude con suspicacia.

—Me has utilizado para deshacerte de él.

—Yo. No. Te. He. Utilizado. —repite alargando y distanciando las sílabas—. Él lo ha interpretado como le ha dado la real gana.

Me doy cuenta de que si nuestra relación fuera verdaderamente de hermanos y no estuviera de forma constante malhumorada con él podría preguntarle sin reservas de qué iba el tema y por qué no quería hablarlo delante de mí, incluso podríamos bromear sobre su pequeña treta.

Decido darnos una pequeña oportunidad, aunque lo más probable es que él no la tome, pero se lo debo a mis padres y él también ¡carajo!

Le sonrío tras degustar mi hamburguesa con mi mejor interpretación de ángel pacificador, lo que eleva su ceja con recelo hasta el infinito.

—Tenías razón. Es la mejor que he probado.

Se reclina sobre la mesa y acerca su cara a escasos centímetros de la mía. Soy capaz de ver la tormenta de nieve que siempre se desata en la profundidad de sus ojos.

—Eso es porque, según Jimmy, jamás ha limpiado la parrilla donde las hace.

Me atraganto y eso me provoca un ataque de tos que despierta en Jude una media risa maliciosa.

—Eres un capullo —declaro finalizando con cualquier intención de reconciliación que tuviera.

## CAPÍTULO 2

### *Noche de fiesta*

Los apartamentos Chapel Green se encuentran a solo dos millas de los principales barrios de Baltimore y, lo que es más importante, a solo unas manzanas de la Escuela de Enfermería. El apartamento que he conseguido es una auténtica bicoca. Se sitúa en una urbanización nueva de verdes jardines y dentro de él aún relucen los suelos de brillante madera y los ventanales amplios por los que entra muchísima luz.

Tuve mucha suerte al encontrarlo. Mi compañero de piso es algo distante e independiente. Se llama Will y apenas coincidimos a las mismas horas, lo que dificulta la interacción entre nosotros. Trabaja en el Hospital Johns Hopkins y sus horarios son complicados y extenuantes. No voy a negar que estaba deseando establecer una rápida amistad. La soledad no es buena amiga y mucho menos en una ciudad como Baltimore, pero no pierdo la esperanza.

De todas formas, tengo muy claro que estoy ahí para estudiar y que no tengo ninguna intención de perder mi beca.

Busco dentro del bolsillo de mi pantalón las llaves para abrir la puerta y antes de poder hacerlo, esta se abre descubriendo a un tipo que no conozco dentro de mi casa.

—¿Me he equivocado? —pregunto con aire despistado.

—Pues no lo sé. ¿Eres tú Brooke?

Afirmo con la cabeza mientras el tipo nuevo me ayuda con la bolsa de cartón de la compra que llevo encima.

Acepto de buen grado su gesto amable.

—Soy Bobby, el novio de Will.

—Te he dicho mil veces que no utilices ese apelativo —oigo la voz del susodicho desde el final del pasillo donde está situada su habitación.

—¿Y cómo quieres que me llame tras tres años de relación? ¿Tu amorcito, tu chorbo? —grita Bobby con una risa floja mientras me echa una mirada cómplice que me hace sonreír—. Es un picajoso, pero no se lo tengas en

cuenta. No sabe cómo relajarse.

—Para eso estás tú ¿no? —comenta Will acercándose hacia la cocina americana donde Bobby me ayuda a vaciar la bolsa con una confianza inaudita.

Le pasa un brazo por el hombro e intercambian un pequeño beso que miro con envidia de soslayo. Hace mucho tiempo que no tengo una relación. Tampoco es que la haya buscado, más bien al contrario, pero reconozco que echo de menos las pequeñas complicidades, las caricias sin preaviso, las noches largas acompañadas de sexo, conocido y confiable, y la sensación de que alguien se preocupa por mí.

—Esta chica solo tiene comida sana aquí. Está pidiendo a gritos que le invitemos a pizza y pasta rebosante de salsa espesa y pringosa con mucho queso —comenta Bobby de nuevo con un paquete de arroz integral en sus manos.

Desde luego, es uno de los míos.

—Créeme, ayer comí probablemente la hamburguesa más guarra y grasienta de la ciudad, pero quizá la más apetitosa que he probado nunca.

—¿Y en qué lugar encontraste esa monstruosidad?

—En el Jimmy's pub en la zona oeste.

Los dos se vuelven a mirarme como si me hubiera salido otra cabeza sobre mi hombro.

—¿Fuiste allí sola? —me pregunta Will con el ceño fruncido.

—No. Me llevó mi hermano, hermanastro más bien. Es una larga historia. —Desecho contar con un movimiento de la mano—. Lleva cinco años viviendo en Baltimore. Tiene un estudio de tatuaje.

—¿Por parte de madre o padre? —indaga Bobby.

—Por parte de ninguno. Fue adoptado, pero nunca se adaptó. Huyó en cuánto cumplió la mayoría de edad. El caso es que mis padres siguen preocupándose por él y quieren que mantenga un ojo sobre él.

Me sorprendo contando toda la historia cuando no era mi intención, pero Bobby tiene ese tipo de encanto que logra que te sientas como parte de la familia y se quiera contar todas las penas para que él te arrope y te entienda.

Le extiendo una fotografía que guardo en la cartera no sé por qué. En ella,

tanto Jude como yo somos un par de adolescentes que con sonrisa, forzada y cohibida, esperan que su madre suelte pronto la cámara.

Bobby la mira atentamente y suelta un silbido de aprobación.

—Esos ojos podrían congelar el infierno. Menuda intensidad. Como sea así en todo —comenta con picardía, echándose a reír antes de pasarle la foto a un curioso Will.

Este levanta las cejas con singularidad antes de asegurar:

—Yo he visto a este tipo hace unas semanas sobre una moto aparcada ahí en frente. Aquí está más joven, pero estoy seguro de que era él. Me fijé porque su actitud era vigilante y su escrutinio sobre mí muy poco simulado.

—¿En serio? —pregunto arrebatándole la foto como si la respuesta a ese comportamiento de Jude estuviera allí.

—Tu hermanito parece preocuparse por ti más de lo que crees.

—Él ni siquiera sabía que yo vivía aquí hasta ayer. Guardo la imagen. Debería deshacerme de ella. Aquel flequillo fue uno de mis grandes errores.

Acabamos en un entrañable restaurante de Little Italy zampándonos unas deliciosas pizzas. Will mucho menos accesible que Bobby, en un principio, resulta ser un gran conversador con una inteligencia aguda y mordaz que nos hace reír carcajadas.

La relación de toma y daca que llevan entre ellos con comentarios punzantes y delirantes es de lo más entretenida. Bobby es bailarín, oficio que no le reporta el suficiente dinero para vivir, y por eso se dedica bailar en salas de fiestas y discotecas para animar al público, trabajo que compatibiliza con algún otro como stripper.

Aprovechamos que es sábado noche y los tres tenemos libre para ir a uno de los tugurios en los que trabaja. Para ello nos montamos en el coche de Bobby y nos acercamos al centro de la ciudad, al Temptation night club.

Es un variopinto local con la pared llena de cuadrados de luces en neón que le dan el aspecto de enorme cubo de Rubik. Pasamos sin pagar entrada gracias a nuestro cómplice y dentro nos estalla la música en los oídos.

—Vamos a la barra, rubia. Nos emborracharemos mientras mi novio menea el culo —anuncia Will tirando de mi brazo.

—Creía que no querías usar ese apelativo.

—Cuando es el centro de un montón de miradas lascivas, sí.

Me rio por ese arrebatado posesivo, en un hombre que más bien parece frío, y me dejo llevar por él.

La primera copa de Bourbon llega rápido. Los camareros conocen a Will y solo debe hacer una señal para que nos sirvan.

El whisky acaramelado se desliza por mi garganta con un golpe seco y aromatizado. Will me mira con interés en espera de alguna reacción, pero yo hace tiempo que dejé atrás a la niña buena y el licor no es ningún desconocido.

Bobby ocupa su puesto sobre un pedestal con un vestuario de escaso textil y nosotros le vitoreamos cuando nos lanza un guiño.

—Es un tipo estupendo —le comento a Will.

—Lo sé —me responde con cariño y entiendo que empiezo a cruzar esa especie de frontera que había impuesto entre nosotros cuando nos conocimos.

La desconfianza con los extraños es un aspecto que comparten todos los habitantes de Baltimore y que se acentúa con el tiempo y el aumento de la delincuencia.

Pide otra copa cuando se nos acaba y se vuelve hacia mí con una mano en mi antebrazo para acercarse a mi oído y poder hacerse oír por encima del estruendo de la música.

—Juraría que ese tipo de mirada intensa de allí es tu hermanastro o, al menos, uno claramente interesado en ti.

Sorprendida miro en derredor. Lo hago con pereza; casi convencida de que encontrármelo en un lugar como ese y en un espacio tan corto de tiempo es demasiada casualidad, pero el azar es así: caprichoso, desconcertante y fortuito.

No es difícil dar con él entre la marea de gente porque su altura y su hechura imponente le hacen destacar entre los demás.

Mis labios se entreabren con sorpresa y sus cejas se elevan con sutileza cuando nuestros ojos se encuentran. Es evidente que hace un buen rato que me ha visto. Me encuentro con que no sé muy bien qué hacer. En el pasado cuando nos encontrábamos en las fiestas del instituto, lo más lógico era que nos ignorásemos o apenas registráramos la presencia del otro. Sin embargo, ahora no somos un par de adolescentes atontados y dolidos.



Estoy a punto de levantar la mano para ofrecerle un leve saludo de reconocimiento cuando él esquiva su mirada y se vuelve hacia una de las chicas que le rodean.

Me encuentro con la mano a medio camino y rápidamente la dirijo hacia el pelo como si mi intención siempre hubiera sido apartarme un molesto mechón de la cara. «¡Maldito Jude! ¿Esa va ser su actitud conmigo a partir de ahora? ¿Ignorarme deliberadamente? Pues, perfecto. Yo también soy muy capaz de hacerlo».

Bebo un trago de mi copa y me acerco a Will para confirmarle sus sospechas con una afirmación. El mueve la cabeza con una sonrisa, pero se ahorra cualquier comentario al respecto.

—Ven, te presentaré a unos conocidos. En realidad, son del círculo de Bobby, por lo que no te sorprendas de su actitud. Están todos un poco locos.

Asiento con la cabeza y sin soltar mi copa le sigo hacia la zona de mesas. Nos acercamos a una ocupada por tres variopintos personajes. Uno de ellos es una mujer con un aspecto mezcla Cruella de Vil y Lady Gaga que se emociona exageradamente al ver a Will y se levanta para lanzarse a sus brazos, los otros dos nos reciben de buen grado y me abrazan tras las presentaciones como si nos conociéramos de toda la vida.

—¡Pero qué hermosa dama nos traes, Will! ¡Qué preciosos ojos del color de las esmeraldas! Siéntate a mi lado para que engalanemos y embellezcamos este rincón oscuro y hostil del planeta, cielo — me apremia el que se llama Gregory.

Contrario a mi naturaleza, obedezco como una niña buena y me siento donde me indican. Lo malo es que desde ese lugar ignorar a Jude se vuelve ridículamente imposible. Lo tengo de frente y a escasos metros.

Me fijo en el grupo de personas con el que está. Un grupo muy definido que parece salido de una película de la mafia rusa, incluida la rubia que se pega a su costado como un molusco a su roca.

Retiro rápidamente mis ojos de él cuando se cruzan con los suyos. Yo también sé hacerme la indiferente. Por el camino, mi mirada tropieza con otra más oscura. La curiosidad me puede y vuelvo sobre ella. Me topo con un tipo de aspecto impecable, perilla cincelada y una radiante sonrisa cuya blancura

destaca aún más en contraste con su piel oscura. Me quedo absorta mirándola y es cuando me doy cuenta de que va dirigida hacia mí.

El tipo se acerca a Jude para comentarle algo por encima de la rubia. Estoy segura de que me está señalando, pero él evita mirarme y niega con la cabeza. Todo me resulta un poco extraño.

Si Jude emana en letras de neón problemas por todos los poros de su piel, su amigo lo hace con la palabra peligro bien grande y con doble señalización.

Bobby eclipsa mi atención con su efusiva aparición en nuestra mesa. Su piel descubierta y sudorosa no evita que reciba calurosos abrazos por parte de nuestros compañeros de mesa y que los extienda a los demás aunque hayamos llegado hasta allí con él.

—No puedo creer que Will no te haya sacado a bailar todavía.

—Y yo no puedo creer que Will baile.

—Pues juro que lo hace bien. Tiene un buen maestro. Vamos. Ven conmigo. Ese palmito hay que lucirlo.

Sin esperar respuesta alarga su mano para sujetar mi brazo y me arrastra con él, pero no a la pista de baile. Me alza por la cintura y me sube al pedestal del que acaba de bajarse.

—Cúbreme un rato —me suelta y sin ningún reparo se aleja para reunirse con sus amigos de nuevo.

Miro en derredor y observo los demás pedestales ocupados por bailarines tan centrados en sus movimientos que ni siquiera ven o les importa los cientos de ojos que acarician sus cuerpos.

Me refugio en la oscuridad y las luces intermitentes que vuelven impersonal e intrascendente mi silueta mientras comienzo a mover las caderas al ritmo de la música.

No voy a engañar a nadie si afirmo que es la primera vez que me subo a una tarima a bailar. Lo he hecho cientos de veces, aunque nunca como un favor. Para el caso, es lo mismo: menearse y no lo hago mal.

Cierro los ojos, levanto los brazos y extiendo mi larga y rubia melena mientras balanceo el culo. Empiezo a darme cuenta de que hace un siglo que no me relajo, salgo a bailar y desconecto un poco del estrés diario y parece que mi cuerpo estaba pidiéndolo a gritos. El ritmo me invade y ya no me siento

en el centro de una sala de fiestas, sino en alguna otra dimensión en la que solo existo yo, mi imperante necesidad de evasión y la música como su vehículo. Cualquier atisbo de cansancio vuela como un ave migratoria que no tiene claro en que estación se encuentra y si debe viajar al sur o permanecer donde está.

Creo que necesito otra copa, así que agradezco que Bobby vuelva a sujetarme de la cintura para bajarme. Coloco mis manos sobre sus hombros y me quedo paralizada cuando descubro que es Jude la persona a la que estoy abrazada mientras me deslizo por su cuerpo.

Las personas a nuestro alrededor nos engullen y tiran de nosotros el uno contra el otro.

—¿Qué estás haciendo? —solo se me ocurre preguntar.

Le observo encajar la mandíbula y me doy cuenta de que está enfadado.

Sujeta mi mano y sin mediar palabra tira de mí. Todo el mundo se aparta y le abre paso como si temieran ser despedazados de no hacerlo.

La situación se vuelve irreal. Parece como si estuviera a punto de recibir una regañina por haber sido una niña mala. Eso, si Jude alguna vez se hubiera comportado como un hermano preocupado o protector, pero no recuerdo que lo hiciera nunca. Además, tampoco entiendo dónde está el problema.

Me saca casi en volandas del local y tengo que tirar para recuperar mi mano, aun así no lo consigo, pero soy capaz de detener a Jude en su precipitada carrera.

—¡Oye! —le grito sin poder disimular el tono irascible en mi voz.

—¿Por qué has tenido que venir a Baltimore? ¿De todas las malditas ciudades del mundo?

Me deshago de su zarpa sobre mi mano con un brusco tirón y disfrazo la sorpresa y la confusión que me producen sus palabras con irritación.

—Pero ¿qué demonios pasa contigo? ¿Acaso tenía que pedirte permiso antes?

Le observo y me doy cuenta de que está realmente intranquilo.

—Has captado la atención de quién no deberías, aunque probablemente la culpa haya sido mía y no tuya. Ahora, estate calladita e intenta dar la menor información sobre ti— me avisa bajando el volumen de su voz hasta un susurro y acercándose a él hasta darme la vuelta y apoyar mi espalda sobre su

pecho.

Desde esa posición, puedo ver qué es lo que pone tan tenso a Jude. El mismo hombre, de aspecto impecable que compartía su mesa, se acerca con paso tranquilo, pero determinación hasta nuestra posición.

Puedo sentir cómo la respiración de Jude se detiene cuando el tipo se acerca y despliega su enorme y resplandeciente sonrisa.

—¿No vas a presentarnos? —le pregunta a él con un leve vistazo mientras me estudia detenidamente.

No viene solo. Le acompañan otros dos tipos de similar aspecto, pero con una presencia muchísimo menos conminatoria pese a su doble envergadura.

—Brooke, te presento a Michael. Es el dueño de este garito —responde con reticencia.

—¿Solo Brooke? ¡Cuánto misterio! —comenta con voz jactanciosa.

—Soy su hermana.

Inmediatamente recibo un pequeño toque de aviso en la cintura donde se acomoda la mano de Jude. Estamos en Julio y la temperatura es alta, pero nada comparable con el calor de sus dedos al traspasar la fina tela de mi camiseta y que me hacen estar alerta más que cualquier otra intimidación.

—¡Vaya! Eso sí que resulta una sorpresa. Te tenía por un lobo solitario, amigo. Creía entender que no tenías familia... ni debilidades.

Estoy tan pegada a Jude que casi siento sus dientes rechinar junto a mi sien y no me extraña porque a mí también me ha sonado a amenaza.

—No estamos muy unidos —aclarar él.

—Cierto. Ahora mismo me comentaba lo molesto que le resulta que esté en la ciudad.

Otro toque de aviso leve, pero conciso acaba por confirmarme que Jude no quiere que abra la boca y en otras circunstancias ese tipo de imposición velada, conseguiría el efecto contrario, pero en esta situación hay algo que se me escapa de las manos.

—Puede que haya una manera en que puedes compensar tu error —comienza a tantear Michael, dirigiéndose a él, con un profundo tono de advertencia en la palabra error. Estoy segura de que diga lo que diga, Jude no tendrá alternativa—. Voy a inaugurar dentro de unos días un nuevo local. No

tiene nada que ver con este o cualquier otro que hayas visto. Es un proyecto que parte de una idea completamente original y nueva. Necesito conejillos de indias que lo prueben. Ven el día y la hora que te diga y tráete también a tu hermana.

—Si lo hago, ¿estaremos en paz?

—Llega hasta el final y saldarás tu deuda. De no ser así, tendré que cobrármela de alguna otra manera que no te resulte tan cómoda —aclara con un claro vistazo a mi persona.

—Muy bien —susurra Jude con poca convicción.

—Estaremos en contacto. Ha sido un placer conocerte, Brooke.

Ni siquiera me preocupo en ser cortés ni esbozo una falsa sonrisa como la que él ostenta. Me quedo mirando su espalda alejarse seguido de sus gorilas y no dejo de preguntarme en qué clase de lío acaba de meterme Jude.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Mierda, mierda! —exclama tras de mí agitado mientras comienza a dar vueltas de un lado al otro—. De todos los lugares que hay en esta puñetera ciudad tenías que acabar en el mismo que yo.

—Un momento. Lo haces sonar como si la culpa de todo esto fuera mía cuando el que tiene cuentas pendientes con ese tipo eres tú. Yo me he visto implicada en algo que no entiendo en absoluto.

Me clava los ojos y muerde sus labios como si de esa forma contuviera toda la información que no quiere explicarme.

—Es mejor que no lo entiendas.

—¡Genial! Tú siempre a tu rollo sin tener en cuenta a quien te llevas por delante. No puedo creer que no merezca saber por qué estoy implicada en tu mierda.

—Te he visto y me he delatado. Ese cabrón es tan observador que conoce a las personas mejor que su propia madre. Lo único que debes saber es que es muy astuto y también es cruel y despiadado. Prepárate para cualquier cosa, Brooke. Le gustan los juegos psicológicos. Destripa mentes y deja a sus víctimas con los sesos colgando.

—Lo dices de manera figurada ¿no? —Me estudia densamente, pero no me contesta—. De todas formas, ¿qué clase de deuda o error debes enmendar? ¿Por qué te implicas con un tipo así?

—No es asunto tuyo.

—Está bien, pues no iré a resolver ese asunto que no me concierne.

—Si no hacemos lo que nos dice, te utilizará para darme un escarmiento y el destripamiento no será solo figurado.

—¡Mierda! —exclamo consternada—. Pero ¿en qué enredo me has envuelto?

Se pasa los dedos por su pelo en un gesto nervioso y sé que está conmocionado.

—¿Quién son los tipos con los que estás?

—Mi compañero de piso, su pareja y algunos de sus amigos ¿por qué?

—Porque ahora mismo les estará sacando toda la información que tengan sobre ti.

Me asusto imaginando a Bobby y Will maniatados sobre sillas para ser torturados. Sin pensar demasiado en ello, empiezo a correr hacia la puerta de entrada, pero él me detiene y me estrello contra el muro de hormigón de su cuerpo.

—No les hará daño. Uno de ellos trabaja para él. Lo hará cordialmente y sin que se den cuenta de sus intenciones.—Su pecho sube y baja debajo de mis manos mientras aún retiene mis muñecas—. Vamos. Te llevo a tu casa.

Me deshago de su agarre y me alejo un paso de él.

—Ni hablar. ¡Déjame en paz, Jude! Mira la que has organizado. He venido aquí a estudiar y a labrarme un buen futuro, no a que me metas en tus líos sin mi permiso. Ahora mismo ni quiero ni puedo verte más. Ni siquiera sé qué debería contar a nuestros padres.

—Por enésima vez, Brooke. Son tus padres, no los míos.

—Que tú reniegues, no quiere decir que ellos no se preocupen por ti como si fueras su hijo.

—Pero no lo son y ya puestos tampoco tú eres mi hermana. Estoy cansado de oírtelo decir.

—¿Así? Pues esta no hermana va a ser la que te saque las castañas del fuego.

—Esto no hubiera pasado si no revolotearas a mi alrededor.

—¿Qué yo qué? ¿Sabes qué te digo, Jude? ¡Qué te jodan! —le grito

sacándole mi dedo medio de la mano.

—Tal vez después, pero ahora mismo te llevo a casa. No vas a volver a entrar en ese local ni ahora ni nunca.

Dicho lo cual y contra mis reticencias me acorrala contra un coche de una sola zancada y de un rápido movimiento me encarama a su hombro como si fuera un fardo. Grito de indignación y aporreo su espalda con mis puños. Le odio.

## CAPÍTULO 3

### *Un nuevo tatuaje*

Me deslizo de la moto malhumorada e incluso asustada. Ese miedo se acrecienta cuando mi mirada se cruza con la cara de Jude y su expresión preocupada. Insiste en seguirme hasta la puerta del apartamento mientras sus ojos inspeccionan las sombras en busca de algún peligro que solo él es capaz de advertir.

Tras pasar el umbral de mi casa, hago el amago de cerrarle la puerta en las narices, pero él cueca su mano y la detiene. Se desliza hábilmente sin explicaciones ni excusas.

Prendo la luz y de forma inmediata él la apaga a mi espalda. Le miro conmocionada.

—¿Cuál es tu habitación? —me pregunta desde el centro del salón, indagando a través de los ventanales.

—Tercera puerta a la izquierda —contesto mecánicamente. Le miro absorta. ¿Dónde ha aprendido a moverse con tanto sigilo?

Se adelanta a mis pasos y entra en primer lugar. Le sigo y esta vez no me molesto con el interruptor.

Se agacha y otea por la persiana medio cerrada hacia el exterior.

—¿Qué demonios haces?

Parece dudar antes de contestar.

—Asegurarme de que cumple su palabra y no te utiliza para ajustar cuentas.

Trago saliva fuertemente y me reúno con él en la penumbra para observar el exterior.

—¿Crees que lo haría?

—Es poco probable, pero no es un tipo en el que se pueda confiar a ciegas. Prefiero ser precavido.

Me acerco a la ventana y observo el exterior a su lado. No se ve ni un alma. La zona es residencial y no tiene vida nocturna. A través del cristal solo



se ven los setos verdes de los jardines que rodean el edificio. La moto de Jude aparcada a la vista parece resaltar como un faro entre el resto de los vehículos. Como si él quisiera que se supiera que está aquí.

Miro su perfil a través de la penumbra.

—Te tomas demasiadas molestias para tu no hermana —susurro junto a su oído.

Gira su cabeza para mirarme y la cercanía de su cara me obliga a retroceder inconscientemente. Mi reacción le hace esbozar una sonrisa perezosa y menea la cabeza como si se estuviera contando una broma interior que no acabara de hacerle feliz del todo.

—¿Quién dice que lo hago por ti? —responde en el mismo tono apagado. No sé por qué hablamos así cuando estamos solos y no parece que tengamos que ocultarnos—. Aunque no lo creas aprecio a tus padres. Creo que son buenas personas y que sus intenciones fueron las mejores. No quiero tener que enviarles a su hija en trocitos.

—Eres muy considerado, Jude —respondo con ironía y voz fuerte, evitando continuar con la pantomima—. Ahora ya puedes irte. Ahí fuera no hay nadie.

Apoyo una pierna sobre la silla y comienzo a bajarme la larga cremallera de una de mis botas. Tiro del talón para quitármela cuando me fijo en que él todavía no se ha movido y sus ojos se han clavado en mi pierna.

Lo ignoro o eso trato mientras invierto el movimiento y comienzo a bajar la otra. El ambiente se enrarece y una tensión extraña comienza a circular entre nosotros. Recuerdo perfectamente lo que ocurrió la última vez que estuvimos los dos solos en una habitación protegidos por la escasa luz. Y es algo que ambos hemos tratado de enterrar bajo kilos de hormigón y fingimos que nunca pasó.

Sin embargo, esos recuerdos me abordan en este momento y me pregunto si a él le ocurrirá lo mismo. Le echo un vistazo. Si no fuera por el movimiento rápido y profundo de su pecho al respirar con fuerza parecería una estatua.

Me estiro en toda mi estatura dejando que la escasa falda vuelva a su posición y cubra lo que no era capaz de ocultar hasta ese momento.

—El lunes te espero en La mano diestra a las nueve. No me gustan los

empleados que llegan tarde —comienza a decir rompiendo con su voz un trance que amenazaba con tragarnos. A largas zancadas se acerca a la puerta y la sujeta con firmeza.

—Espera, Jude. ¿Es cierto que rondabas por aquí hace unas semanas? ¿Sabías que vivía aquí? ¿Y por qué harías algo así?

Vuelve a clavar sus ojos en mí con una mirada indescifrable y desaparece con fuertes pisadas que desaparecen tras un cierre brusco de la puerta de entrada.

Al menos, continúo teniendo trabajo.



India resulta ser un encanto. Mucho más cordial y amable que Megan, hace mis horas de aprendizaje fáciles y amenas. Las primeras perforaciones con las que nos encontramos no revisten ninguna complicación: una chica que quiere su primer *piercing* en el ombligo, dos de nariz y un *tragus* en una oreja totalmente perforada.

India, olvidando que soy enfermera, me recalca la importancia de colocarse los guantes y de utilizar siempre agujas nuevas sacadas de su blíster. Todo me resulta muy limpio, profesional y cuidadoso.

Soy muy concienzuda con todo lo que hago, así que me esfuerzo en aprender los distintos tipos de perforaciones que existen, los más usuales, los más dolorosos o complicados y las clases de *piercings* que se utilizan. Me encuentro con una gran variedad y joyas en lugares impensables.

A la semana, ya estoy realizando los trabajos más sencillos en solitario bajo la supervisión de India. Cuando ella me pregunta qué tal ha sido la experiencia y si me siento capacitada, contengo la lengua y me guardo para mí las prácticas más terroríficas de una sala de urgencias como presionar una arteria para que un paciente no se desangre o el tener que contener los intestinos, de otro, en su lugar.

No obstante, sí llega a impresionarme la firmeza de algunas personas y su valor a la hora de lanzarse con algunos adornos.

Una de ellas, una mujer de unos cincuenta años que se anima a colocarse un *piercing* en el clítoris porque le han asegurado que aumenta el goce sexual. Tras su divorcio está dispuesta a recuperar una vida sexual que según ella estaba muerta y a la que se niega a renunciar.

Este tipo de *piercing* puede situarse de forma vertical u horizontal atravesando el prepucio que recubre el clítoris. Nunca se perfora el clítoris en cuestión. La mujer elige un *piercing* de barra *barbell* con acabados en esferas y no pronuncia ni un leve «¡ay!» mientras India le ensarta la aguja.

—Por cierto, los chicos tienen alguna especie de apuesta en la que el perdedor tendrá que ponerse un *piercing* genital. No estaría de más que te fueras familiarizando con ellos —me comenta India mientras nos deshacemos del material usado y limpiamos el habitáculo.

—¿Y qué clase de apuesta se traen entre manos? —pregunto distraída.

—Son tíos. Vete a saber. Probablemente, tenga que ver con quien mea más alto o más lejos.

Sean nos encuentra muertas de risa cuando abre la puerta y levanta las cejas con regocijo, disfrutando del buen ambiente que se ha entrelazado entre India y yo.

—¿Es ahora un buen momento para ese tatuaje? —me pregunta.

Sean me ha convencido para hacerme uno discreto y personal. Dice que trabajar en un estudio de tatuajes sin llevar uno es como ser bombonero sin probar el chocolate. Una auténtica contradicción. Lo cierto es que si no me atrajera la idea ni por un segundo me hubiera planteado dar ese paso, pero hace tiempo que mastico la idea de hacerme uno, muy concreto, para el que no acababa de encontrar una buena ocasión.

Lo del *piercing* fue más instintivo que reflexionado. Lo cierto es que me lo hice una noche de borrachera a juego con el que creí que sería el hombre de mi vida. Al final, la única huella que dejó en mí fue ese recuerdo.

Doy gracias que no se me ocurriera tatuarme su nombre, cosa que en ese momento no hubiera descartado.

Miro a India en busca de su aprobación.

—Ve. Hay poco trabajo ahora y lo cierto es que lo dominas perfectamente.

Sigo a Sean por el pasillo decorado con un variopinto papel pintado lleno

de filigranas hasta una de las puertas cerradas. Se gira para echarme un vistazo y me sonrío de oreja a oreja. Su expresión continúa sugiriéndome que siempre sabe más de lo que dice o guarda un secreto que nadie más comparte, pero que tendría que ver con la salvación del mundo. Es un tipo curioso. Uno de esos que puedes pasarte toda la vida descifrando sin llegar a conocer.

—Pasa —dice invitándome a entrar en el habitáculo en primer lugar.

Es gemelo al de India: con paredes blancas e inmaculadas, el mobiliario con el material en madera oscura y una camilla nívea en el centro.

Me sorprende ver en su interior a Jude sentado sobre un taburete con ruedas y las largas piernas extendidas a lo largo del armazón de la cama.

Levanta la mirada del papel que contiene el boceto del tatuaje que quiero hacerme para echarnos un vistazo.

—Has tenido suerte porque nuestra mano más diestra tiene un hueco para ti —comenta Sean con sorna.

Me guardo mi opinión, pero no soy capaz de ocultar la contrariedad que refleja mi rostro. Estaba convencida de que sería Sean el encargado del tatuaje.

—Os dejo solos. Tengo unos asuntos pendientes —conviene sin darme tiempo a reaccionar antes de cerrar la puerta a mi espalda.

Jude se levanta y adquiere lo que yo supongo que es su postura más profesional al mirarme.

—Tengo entendido que lo quieres en el costado a la altura del pecho. —Lo dice con tanta naturalidad que me doy cuenta de que debe estar completamente acostumbrado a trabajar sobre todas las partes del cuerpo y ver a sus clientes en varios estados de desnudez. Me convengo de que ese pensamiento debe tranquilizarme y desacelerar mi corazón desbocado.

Asiento con la cabeza.

—En las costillas, sí.

—Quítate la camiseta y tumbate —ordena escuetamente. No se molesta en indicarme que puedo hacerlo tras el biombo ni utiliza el tacto amable del que hacemos gala India y yo con cada cliente, así que yo tampoco me ando con remilgos.

Hago lo primero que me ha pedido y me quedo con el sujetador de encaje

blanco puesto.

Jude, realmente concentrado en su mesa de trabajo, me ignora de manera deliberada.

—Creía que me lo iba a hacer Sean —comento con un tono neutro.

—Me ha pedido que lo hiciera yo —contesta seco y cortante.

Suspiro audiblemente y me ahorro cualquier otro comentario. Me siento sobre la camilla al tiempo que él vuelve a acomodarse sobre su asiento, por lo que al levantar su mirada se encuentra con mi sujetador a la altura de sus ojos. Un *push up* realmente caro que realza el pecho con el que la naturaleza ha decidido ser generosa conmigo. Supongo que pensó que mi falta de actitudes necesitaría un poco de ayuda por esa parte, en compensación, sin tener en cuenta que mi cabezonería me empujaría a desarrollar y hacer uso más efectivo de mis capacidades intelectuales por escasas que fueran.

Los ojos de Jude vuelven con rapidez a su mesa de trabajo pulcramente dispuesta.

—¿En el lado izquierdo?

Contesto de forma afirmativa.

—Ponte de costado con el brazo derecho doblado bajo la cabeza.

Hago lo que me dice colocándome de espaldas a él. Se instaura un silencio tenso entre nosotros y casi salto cuando siento su mano bajo mi antebrazo izquierdo.

—La zona debe estar estirada —me explica para justificarse mientras levanta mi brazo y lo coloca sobre mi pelo cayendo en cascada por el borde de la hamaca—. La piel que cubre las costillas es muy fina y en tu caso también tiene muy poca grasa para amortiguar las vibraciones de la aguja y la máquina, por lo que el dolor que sentirás será un poco más fuerte que si hubieras elegido otra zona —explica—. Ahora voy a desabrocharte esto —avisa con gravedad y un leve tirón del tirante de mi sujetador.

Trago saliva y asiento con la cabeza, preguntándome si estoy a tiempo de echarme atrás. Por alguna razón, todo esto parecía más fácil con un casi desconocido que con Jude. Antes de siquiera plantearme retroceder, sus dedos juegan con mis corchetes, haciéndome cosquillas en la espalda y erizando mi piel. Al segundo, noto la prenda floja sobre mis pechos y se desprende hacia

adelante.

—Es mejor que te lo quites. Al menos una parte. Esta pieza me molesta —indica sujetando la parte trasera del enganche—. Necesito tener una posición cómoda para que los trazos sean más precisos.

Tiene tanta lógica y lo expresa de manera tan profesional que no puedo poner en duda su razonamiento. Me incorporo ligeramente para deslizar los tirantes por un brazo y, en vista de que las copas solo suponen un incordio en mi cara, me deshago de él de forma completa.

Echo un vistazo hacia atrás y me encuentro a Jude con los ojos clavados en mi espalda y la cara como el granito. Todo debería ser perfectamente natural para él, así que trato de relajarme y vuelvo a mi posición sobre la camilla con los brazos sobre la cabeza.

—Dime de forma exacta dónde lo quieres —ordena antes de colocar su mano sobre mi costado cerca del comienzo de la espalda.

Tiene la palma caliente y el contacto se siente agradable, como una suave caricia que sabe a poco.

Niego con la cabeza.

—Más centrado. Bajo la axila —explico. Su mano se desliza sin dejar mi piel hacia mi pecho, rozando su nacimiento con las yemas de sus largos dedos. Dejo de respirar. Por mucho que me insista en que esto es una transacción comercial se siente distinto e incluso íntimo. Resulta incómodo a todas luces.

—¿Aquí? —susurra él con un tono ronco y profundo. Me pregunto por qué tiene que hacerlo en ese preciso momento dando a su tono un cariz demasiado sexual.

Me tienta conformarme y aceptar esa posición, pero no es un dibujo que luego pueda borrar con un poco de jabón, es para toda la vida y tenía muy claro antes de empezar donde lo quería. Se lo expliqué detalladamente a Sean.

—¡Dios santo, Jude! ¿Hiciste novillos el día que lo explicaron en el colegio? Quiero que abarque todo el costado. De un lado al otro. Debe estar centrado.

Retira la mano bruscamente y solo entonces oigo la goma de los guantes deslizándose por sus dedos.

—Es sencillo. No tardaré mucho.

Respiro con alivio hasta que mis oídos perciben el chirriar de las ruedas del taburete. Por un segundo pierdo la orientación y no sé dónde se encuentra Jude. Noto algo blando y mullido a mi espalda.

—Recuéstate un poco sobre el cojín. Necesito mayor acceso.

Antes de hacerlo una tela recubre mi pecho de forma precaria, mucho más teniendo en cuenta que la posición de mis brazos no me permite sujetarla y tiende a deslizarse.

—No te preocupes. No son las primeras que veo.

—Me alegro por ti. Estoy segura de que tu experiencia con ellas quedará genial en tu currículum. No olvides añadirlo —respondo ácida.

—Lo haré. Gracias por el consejo. Ahora, intenta estar un poco quieta. Si eso es posible para ti, claro.

—¿Tanto dolerá? —pregunto volviendo a retomar su explicación.

—Un poco, pero creía entender que ya tenías un *piercing* y algo de experiencia. Aunque me doy cuenta de que no está dónde creía.

—¿Creías que estaría en el ombligo? ¡Qué poca imaginación, Jude!

—En vista de que estaba oculto, solo me vinieron a la cabeza tres posibilidades y ya he descartado dos.

—¿Dos? —sorprendida de que algo que en un principio no parecía interesarle ocupara su mente.

—He notado que no lo llevas en ningún pezón —responde sin pudor.

—No te ha dado tiempo a comprobarlo —aseguro y le miro de reojo aprovechando que está en pie cernido sobre mí.

Levanta una ceja mientras señala con la mirada el botón rosado que aflora bajo la tela precariamente dispuesta.

Hago el amago de cubrirme, pero me detiene.

—No te muevas, Brooke. Supone más distracción para mí tener que estar pendiente de taparte que un poco de carne a la vista.

—Eres muy considerado y todo tacto.

No se digna a contestar y trato de relajarme cuando suena el pitido metálico del aparato de tatuar.

Sus manos forradas abarcan sin recato enormes porciones de piel y contienen con delicadeza la masa redonda de mi pecho. Su pulgar se acomoda

en el pliegue y mi piel hormiguea abriendo un camino de agitación desde ahí hasta mi vientre.

Cuando comienza soy incapaz de detener un pequeño respingo. Pica.

Se detiene para pasar con delicadeza una gasa y vuelve a empezar sobre la piel adormecida.

—¿Cuántos tienes tú? —pregunto rompiendo el silencio impuesto.

—Dos.

—¿Solo dos?

—¿Solo? ¿No es lo normal?

Trato de echarle otro vistazo, pero me detiene hábilmente con una ligera presión sobre mi cuerpo.

Le oigo reír de manera suave en un tono roto.

—¿Lo normal son dos tatuajes?

—Creía que hablábamos de pezones.

—Para ser un tema tan mundano para ti, veo que ocupa bastante hueco en tus pensamientos.

—Algunos lo justifican.

—Ahórrate las explicaciones muy detalladas si no te importa.

Respira profundamente y su aliento llega hasta mi piel descubierta, pero no es lo único que delata su cercanía. Jude siempre despide calor a través de su cuerpo. Es como un calefactor al que acurrucarse en los días fríos. Hemos compartido algunas mantas, tirados en el sofá de casa, viendo películas, y su calidez era mucho más comfortable que la del cobertor.

Ahora, todo aquello parece demasiado lejano e incluso irreal. Es difícil imaginar que realmente existieran momentos entre nosotros de verdaderos hermanos. La mayoría de las veces él siempre estaba con la guardia alta e insistía en interponer una barrera impenetrable entre él y el mundo.

—¿Recuerdas la fiesta en casa de Danny? Los dos cogimos una buena. Kate te perseguía por toda la casa y tú saltaste por una ventana, cayendo encima de mí.

—Sí, tuve suerte de caer en algo blandito.

—Pues para mí fue aterrador. Creía que se me caía el cielo sobre la cabeza y deja que te diga que tú no eres nada blandito.



Un silencio muy revelador acompaña a esa declaración. Me alegra estar de espaldas y que no pueda ver mi cara.

—Nos turnamos en el baño para vaciar el estómago de todo el alcohol ingerido —recuerda él.

—Y acabamos durmiendo los dos en la bañera.

—Fue interesante truncar los planes de Billy. Tenía propósitos poco honestos contigo.

—Creo que él y Kate acabaron consolándose el uno al otro y ahora tienen un retoño.

—Tal vez fruto de esa noche.

—No me extrañaría.

Me muerdo la boca para no dejar escapar interrogantes. He escuchado a mis padres preguntarse un millón de veces por qué Jude decidió irse, sin obtener una respuesta satisfactoria.

—Inclínate hacia abajo —me pide. Estira del borde de la toalla para cubrirme mejor y sus dedos enguantados rozan el seno por encima de la tela. Mi respiración, en ese momento, parece necesitar el doble de oxígeno y la mano de Jude acaba en un puño, sostenido en el aire, antes de desaparecer de la escena.

La situación me parece perturbadora y eso me incómoda. Surgen viejas y conocidas emociones de rechazo que me irritan.

—¿Falta mucho? No es un dibujo complicado.

—No, no es complicado, pero no me gusta hacer chapuzas.

—Tal vez puedas continuarlo en otro momento.

—Solo llevamos media hora, ¿no puedes esperar unos míseros minutos más?

—¿Tratas así a todos tus clientes?

—Ninguno resulta tan exasperante como tú.

—Creía que lo haría Sean.

—Sí, ya lo has dicho antes, pero él no hace tatuajes. Siento desilusionarte. Tendrás que conformarte con mi trabajo.

—No te hagas el ofendido ahora conmigo. Lo digo porque él me ayudó a elegirlo y sabía exactamente lo que quería.

—Me alegra mucho que estéis tan compenetrados y que estés tan dispuesta a enseñarle las tetas.

—Eres un imbécil, Jude. Y he aquí una de las razones por las que no quería que fueras tú. Eres único arruinando un recuerdo.

A estas alturas, el aparato ya ha dejado de sonar y las manos de él han volado a su cara y dejado mi piel. Aprovecho las circunstancias para incorporarme. Creo que mi tatuaje se quedará a medias, al menos por hoy.

—Espera. No debería haber dicho eso. Estoy un poco tenso.

—Te lo mereces por ese maldito lío en que me has metido.

—Sí, además está eso.

—Tumbate, Brooke. Acabaré enseguida.

Suspiro con resignación y me trago las ganas de coger la puerta y estampársela en las narices. Al fin y al cabo, se ha retractado y eso no es usual en él.

—Has madurado. No sabía que eras capaz de pedir disculpas.

—No recuerdo haberlo hecho. Solo he dicho que no debería haber dicho eso.

Me resisto, pero hacer gala de mi orgullo, en este caso, solo me valdrá para conformarme con un dibujo a medias sobre mi cuerpo.

—Además, a ti no te importa a quién quiero enseñar las tetas o no.

—En eso estamos de acuerdo —responde con acidez—. Acabemos de una vez.

Vuelvo a la posición original y el silencio más profundo y denso se filtra entre nosotros. Solo se oye el zumbido de la aguja y nuestras respiraciones irregulares y desacompañadas. En contra de lo esperado, es delicado y fricciona la gasa con cuidado sobre mi piel.

No paso mucho tiempo antes de que el zumbido termine. Le oigo moverse, pero no me atrevo a hacerlo yo.

—Puedes echarle un vistazo antes de que te aplique la loción y lo tape. El espejo está al fondo.

Me incorporo con la toalla fuertemente enganchada a mi delantera y me acerco hasta el cristal. Me coloco de lado y doblo el brazo izquierdo sobre mi cabeza. Tengo que retirar el paño del pecho para poder verlo entero y me lo

cubro con el otro brazo y la mano, haciendo que se desborde y que parezca incontenible. En contra de lo que se cree, unas tetas grandes no son la panacea. Tienen muchos inconvenientes, empezando por la mayoría de la ropa pensada para bustos de tamaño estándar.

Ahora que puedo apreciarlo en toda su extensión, lo adoro. Es una amplia línea de cardiograma en negro que acaba en un hermoso y rojo corazón.

—Sean quiere una foto para el catálogo. ¿Estás de acuerdo? —Asiento con la cabeza y empiezo a girarme, pero él me detiene:— No, no te muevas. Así estás bien. Los tatuajes en las costillas son los más llamativos y sensuales que hay. La curvatura del cuerpo da a los dibujos sensación de realismo.

Levanto la mirada y me lo encuentro al otro lado del espejo, observando lo mismo que yo. Cuando nuestros ojos se cruzan parece salir de alguna especie de trance y se desplaza sobre su asiento hasta un mueble del que abre un cajón para rebuscar en su interior hasta sacar una cámara réflex y un objetivo.

Cuando ha terminado toda la operación, parece dudar y aguarda unos segundos, sin movimiento alguno, de espaldas a mí.

—Jude, mi brazo no aguantará en alto eternamente.

Mi comentario le hace estallar en carcajadas con un tono cínico que no acabo de comprender.

—Pues parece que es lo único dispuesto a bajar —comenta entre dientes antes de ponerse, al fin, en pie.

Mis ojos se disparan al evidente bulto entre sus piernas.

—Me ha venido un recuerdo de la otra noche con una morena espectacular a la cabeza —explica de forma seca. Está claro que no quiere abrir un debate sobre el asunto.

—No te apures. Son cosas naturales... Al menos, en la pubertad —comento con ironía y no puedo reprimir una sonrisa. Mis ojos, en rebeldía y con intenciones distintas a las que les dicta la razón, vuelven con curiosidad a esa parte de su anatomía realmente prominente. Es difícil que algo de tal calibre no le deje en evidencia, pero yo ya sé muy bien lo que se esconde tras esa tela estirada.

Se acerca con la cámara de fotos a la altura del pecho y coloca el grueso objetivo.

—Te ha salido un duro competidor —me mofo sin poder evitarlo.

Mueve el aparato cómo si evaluara esa opción.

—No lo creo, pero si quieres podemos hacer una comparación —me responde con picardía, llevándose la mano libre a la apertura de su pantalón.

Si se pensaba que me iba a negar o detenerle, no podía estar más equivocado.

—Se me olvidaba que te gusta mirar.

—Y a ti exhibirte —replico sabiendo perfectamente a qué momento y lugar se refiere con esa afirmación. Es extraño que lo saque a colocación cuando el acuerdo no tácito siempre fue ignorar las situaciones comprometedoras entre nosotros.

—Eso no es del todo cierto —murmura con gravedad volviendo su atención a la cámara—. Vuelve a colocarte como estabas y mírate en el espejo.

Hago lo que me pide y espero mientras el flash destella en la habitación dos, tres y hasta cuatro veces.

Levanto la mirada de mi tatuaje y sorprendo a Jude acomodando su entrepierna.

—Parece que la morena mereció la pena, aunque yo no me arriesgaría a despertar la ira de la pelirroja.

—¿Qué pelirroja?

—Emma Stone.

—No hay nada entre Megan y yo.

—Por la forma en que me a tu alrededor, se diría que estáis juntos.

—No lo hace.

—Lo hace.

—En absoluto.

—Claro como el agua cristalina.

—Tienes mucha imaginación.

—Y tú nunca has sabido entender a las mujeres.

—Y eso lo dice la reina de las relaciones catastróficas.

Vuelvo a mi reflejo en el espejo, sin argumentos que puedan rebatirle y bajo el dolorido brazo mientras busco en esa imagen una respuesta a mi

desastrosa experiencia amorosa.

—No me entrego al 100%. Eso me dijo el último.

—¿Y a quién le importa lo que diga ese idiota? Nadie debería esperar una entrega total de su pareja. Ese tío nunca había oído hablar del espacio personal.

—Solo lo viste una vez por acción de gracias ¿cómo puedes haberte creado esa impresión en solo unas horas?

—Puede que no entienda a las mujeres, pero veo venir desde lejos a los tipos que te rondan —responde con resignación, empezando a plegar la cámara y devolviéndola a su sitio—. Son incapaces de ver más allá de tu apariencia como si solo fueras un buen molde que llevar a la cama y un bonito adorno que llevar del brazo.

—Este tono de pelo ha hecho mucho mal por mi reputación —añado con humor, tratando de ocultar que sus palabras me han afectado.

—Acércate. Voy a extenderte una loción por el tatuaje y luego voy a cubrirlo para que no se infecte.

Recojo mi camiseta por el camino y me cubro un poco con ella. Rebusco al encuentro de mi sujetador y lo detecto sobre el mueble junto a Jude.

—No podrás ponértelo — me advierte él leyendo mis intenciones.

Se vuelve a sentar en su taburete de trabajo y alcanza un tubo de crema. Me coloco entre sus piernas abiertas sin poder evitar echar un vistazo al punto medio.

Extiende la pomada con sumo cuidado y me cubre con un plástico que refuerza con esparadrapo. Le doy la espalda y extiendo la camiseta blanca por mi cuerpo.

Resopla con enojo cuando me doy la vuelta y sus ojos bajan unas pulgadas por debajo de mi cara. Me lanza una sudadera a la cara.

—Ya me has hecho perder una apuesta. No quiero más distracciones en el lugar de trabajo por tu causa.

—Te metes tú solito en los líos, Jude. No me culpes a mí —me defiendo, aunque opto por ponerme la prenda. Es cierto que la mía no deja mucho a la imaginación—. ¿Qué apuesta es esa?

—Los chicos se preguntaban cuánto tiempo tardarías en hacerte un tatuaje.

—¿Y tú dijiste?

—Nunca.

—Y ahora tienes que ponerte un *piercing* en la parte más oscilante de tu anatomía —confirmo sin poder reprimir una sonrisa maliciosa—. Acabarás cavando tu propia tumba, Jude.

—En este caso, lo harás tú.

Le observo un momento antes de abrir la puerta y atravesar su umbral.

A veces, la intensidad en la mirada de Jude, azuza mis huidas.

# CAPÍTULO 4

## *Príncipe Alberto*

De pequeña me gustaba jugar con el interruptor de la luz. Encendía y apagaba las luces como en una discoteca ralentizando el movimiento de los demás como si de esa forma fuera más fácil para mí alcanzarlos.

Puede que las bromas sobre los chistes de rubias tontas me salgan con facilidad, pero lo que realmente ha mermado siempre la valoración que tenía sobre mí misma ha sido la dislexia. Esa dificultad es la que siempre ha tenido un coste sobre la forma en que me veía y creía que lo hacían los demás. En una familia donde la inteligencia es la cualidad más apreciada, yo parecía ser la antítesis a todo lo que mis padres esperaban de mí.

Así que deje de perseguir sus sueños y eso me devolvió los míos.

No creo que el problema de mis relaciones sea lo que dice Jude. Él les echa la culpa a ellos de forma sistemática porque ninguno le ha caído especialmente bien. En realidad, puede que de tanto jugar con el interruptor haya conseguido que los demás vivan más despacio que yo y mis parejas no puedan alcanzarme.

Ya no sé cómo vivir despacio. Necesito un buen corredor a mi lado que sepa marcar mi ritmo.

—Una frase que te haya marcado en la vida —pronuncia Frederick dirigiéndose a mí.

Es tarde, un viernes, y a Sean se le ha ocurrido traer una pizza gigante para todos y unas cervezas. India y yo nos hemos unido a él y al tejano en cuánto hemos terminado la jornada. Ahora se ha instaurado una especie de juego de la sinceridad entre nosotros.

—Grabiél está en peligro —respondo con resignación.

—¿Qué? —pregunta entre risas.

Sean me mira con una ceja alzada antes de ofrecer a un recién llegado Jude un sitio a su lado.

—Me has preguntado cuál es la frase que me ha marcado más en la vida y

es esa. Evidentemente, fue mía y trajo a colocación una posible dislexia, pero me marcó porque eso me convirtió en *Tongue locked* durante mucho tiempo, por no hablar del sufrimiento de Gabriel al morir mientras mis compañeros de clase se reían de mí.

—¿Y Gabriel era...? —pregunta Sean.

—Un hámster. Murió devorado por un gato gigante.

—¿Y cómo es tener dislexia? —dice el tejano tras devorar un enorme trozo de pizza.

Me encojo de hombros. No quiero entrar en ese tema.

—Has agotado tu turno. Le toca preguntar a Sean —le advierto con un guiño que quita hierro al asunto.

—Yo me voy. Necesito poner las piernas en alto y un masaje largo y fuerte en los pies de un solícito marido—interviene India, poniéndose en pie—. Claro que si acabáis jugando a la botella sin mí, me enfadaré. Siempre he querido darme un beso de tornillo con Adam.

—Nunca he jugado a eso y no pienso hacerlo ahora tampoco. Yo decido con quien me morreo, no un trozo de cristal —opina este último colándose en el sitio, a mi lado, abandonado por India.

—Eres un auténtico misántropo, Adam. El juego de la botella es un rito obligatorio de la adolescencia. Yo perdí la virginidad gracias a ella —le recrimina Frederick.

—Tus aventuras equinas no cuentan como sexo, tío.

—Lo prefiero a tu necrofilia.

—Me vais a quitar el apetito —masculla Jude alcanzando una porción de comida.

—¿Hablamos de tu preferencias sexuales? —pregunta Sean con sorna.

—No —responde este tajante sin mirarle siquiera.

—¿Y qué hay de ti, Brooke? ¿Cómo te gusta el sexo?

Me lo pienso un momento antes de contestar.

—Supongo que depende del momento. A veces, rápido, duro e implacable; otras, suave, denso y minucioso. Me gusta jugar e improvisar, pero no los vicios raros.

—Solo tienes que pedírmelo, nena —admite con tono suplicante Frederick.



—No estás a su altura —interviene Jude con voz dura.

—Perdona, tío. Se me olvida que es tu hermana. Es que lleváis una relación muy rara entre vosotros.

—No somos hermanos. Los padres de Brooke me adoptaron cuando tenía catorce años.

—Vaya... —deja escapar el tejano con un silbido, mirándonos a uno y a otro—. Eso explica algunas cosas. —Echo un vistazo a Jude. Es bastante excepcional que regale ese tipo de información a personas que no conocen su situación familiar—. Debió ser extraño para ti tener que aguantar a este tipo en plena burbuja hormonal cuando estabas acostumbrada a ser hija única.

Debo concederle a Frederick que sea la primera persona que se interese por lo que sentí yo en ese tiempo y no por la historia de miseria de Jude.

—No fue fácil. Sobretudo porque era como una puñetera estrella. Mis padres estaban tremendamente orgullosos de él y todas mis amigas suspiraban por sus huesos. Era como un grano en el culo. Dejé de ser Brooke para convertirme en la hermana de Jude —reconozco con un suspiro resignado—. Puede que todavía le guarde rencor —añado con sorna provocando una mueca en la boca del susodicho.

Frederick continúa estudiándonos con interés hasta hacer fruncir el ceño de Jude.

—Tengo que dejar de consumir tanto *hentai*.

—¿*Hentai*? —pregunto por inercia sin querer saber realmente a qué se refiere.

—Lo de los hermanastros es un clásico de lo más morboso en los comics de porno japonés. Ya sabéis, uno entra al cuarto de baño por equivocación cuando el otro se está duchando como dios le trajo al mundo o le pilla con la cizaña en pleno manoseo y le ofrece su ayuda.

Me levanto de golpe y disimulo mi turbación, recogiendo los cascotes de botellas vacías para depositarlos en el basurero. No ayuda que Jude esté sentado de frente y sienta su mirada fija sobre mí.

Puede que a él no le guste reconocerlo, pero es mi hermano sobre el papel y, sobretudo, mis padres lo consideran un hijo y así me han enseñado a verlo pese a todo.

—Deja el porno, Frederick, te fríe el cerebro —apunta Adam.

—Te pareces a mi madre.

—Y tú a mi chucho cuando huele el celo de una perra.

—No tienes perro, Adam —apunta Sean y escucho por primera vez la risa queda y baja del interpelado.

—Por cierto, ¿y Megan?

—Ha ido a recoger el último carrete de revelado.

El tejano asiente mecánicamente.

—Estupendo, quiero ver cómo quedó uno de los trabajos de Jude —dice mientras me guiña un ojo—. Lo que me recuerda que tienes una cuenta pendiente, amigo. ¿Ya has elegido el tipo de *piercing* que piensas ponerte? —le pregunta señalando con la barbilla hacia el lugar de la anatomía de Jude donde irá la nueva joyería.

—No he pensado mucho en el tema.

—Jude es un hombre de palabra. Puedes confiar en que se lo hará pronto.

Vuelvo de nuevo a mi sitio junto a Adam.

—Si yo fuera tú optaría por el *piercing* Príncipe Alberto invertido. No necesita hacer agujeros en la pared de la uretra y cura bastante más rápido que el tradicional, el *Ampallang* o el *Apadravya*.

—¿Sale por la punta del nabo? —curioseas Frederick.

—Uno de los extremos sí, sale por el agujero de la uretra y el otro por la parte superior del glande.

Jude no es el único al que se le escapa un lastimero quejido y se lleva la mano a sus partes como si pudiera protegerlas del daño inminente.

—Elige ese. Dicen que estimula el punto G de las mujeres como ninguna otra cosa y las vuelve locas.

Este levanta una ceja con ironía y se dirige a mí cuando habla.

—Está bien. Búscame un hueco.

—Es mejor que lo haga India.

—La apuesta incluía que tú serías la responsable de hacerlo; además, India ya está en su séptimo mes de embarazo. Ni siquiera se ve sus propios pies —comenta Sean.

—Estoy seguro de que has puesto las suficientes sondas para estar

familiarizada con el tema y te conozco; sé que estarás más que preparada cuando llegue el momento —dice Jude.

Asiento con la cabeza. Tiene mucha razón, pero no puedo evitar sentirme incómoda con el tema.

—Puede que yo también me anime —comenta Frederick.

—Lo más probable es que estés muerto de miedo en ese momento y la tengas encogida, pero si esa es la impresión que quieres dar... —añade Adam que no pierde ocasión para regodearse de la ingenuidad de Frederick.

—¿De qué habláis? —pregunta Megan tras cruzar el umbral de la puerta con el sobre de fotografías.

—De pollas —responde Sean y eso levanta carcajadas en el resto.

—Vaya, es un bonito tema para variar —dice esta y ese comentario aflora una sonrisa involuntaria en mi boca—. Aquí están los últimos trabajos —anuncia mientras entrega el sobre a Jude—. Hay muy pocas fotos que merezcan la pena —apunta con una mirada en mi dirección.

Pese a la pequeña pulla no borro la sonrisa de mis labios. Esta tía es un hueso duro de roer. Ni siquiera entiendo de dónde sale tanta hostilidad dirigida y apuntada directamente hacia mí, aunque India asegura que es así con la mayoría de las personas que conoce. Una vida difícil es cuánto ha podido decirme para justificar ese temperamento.

Jude extiende la mitad de las fotos a Sean mientras echa un vistazo a las que tiene él. Entre ellos comentan algunas de ellas y Frederick se une a ellos explicando la complicación de uno de sus dibujos.

Me quedo entre el rey y la reina de lo adverso con pocas intenciones de ponérmelo fácil o eso parece hasta que Adam me echa una leve mirada con las cejas alzadas en una interrogación divertida.

—¿Otra cerveza?

—Sí, gracias.

—¿Tienes quién te lleve luego a casa?

—Viajo en metro.

Asiento con la cabeza mientras me alcanza una botella del líquido dorado.

—Un medio de transporte peligroso a deshoras. No deberías ir sola.

Tengo que estudiarle en profundidad para entender sus intenciones. Los

rasgos de Adam son fascinantes, llenos de pequeñas percepciones que resultan irresistibles. Tal vez resulten brutales a un primer vistazo, pero cuanto más se mira a Adam, más interesante parece.

—Puede que tengas razón —respondo.

—Puedo acompañarte.

Estoy segura de que los otros están con un ojo en las imágenes que tienen entre sus dedos y un oído en nuestra conversación porque ninguno habla.

Mi mente da vueltas. Por un lado, mi incipiente falta de sexo comienza a pesarme y me empuja a aceptar esta invitación velada de la que no tengo claras las intenciones, pero que a primera vista parece una simple propuesta de sexo de una vez sin compromiso ni obligaciones; por otro lado, el que trabajemos en el mismo sitio y; además, que su propuesta quede tan descubierta delante del resto me produce reparo.

En general, no tengo tendencias al celibato y no suelo rechazar una propuesta interesante. Me gusta el sexo y lo cojo siempre que me apetece sin remilgos ni arrepentimientos. Soy adulta, libre y sexualmente activa.

—Vale —respondo en un susurro, intentando, sin conseguirlo, que nuestra conversación se mantenga entre nosotros.

—Avísame cuando estés preparada —dice tras un largo trago a su cerveza sin mirarme, así que me ahorro el asentimiento de cabeza.

—Oye, Jude, ¿por qué no vamos nosotros a bailar a algún lado? —pregunta Megan con una voz estridente que se puede oír a tres manzanas.

—Vale —responde este con simpleza, ensanchando la sonrisa de Megan y tirando el montón de fotos de sus manos sobre la mesa.

Al derramarse, aparecen las de mi tatuaje bajo un busto totalmente colorido. Me estiro para cogerlas y Frederick se me adelanta.

—Vaya... —A estas alturas, ya sé que es su muletilla—. Estás tremendamente sexy.

Adam le hace un gesto para que le pase alguna y las mira con sumo cuidado dándole vueltas para estudiarlas desde distintos ángulos.

—No sueles sacar fotografías tan buenas —le comenta a Jude—. Son muy sensuales. Parecen artísticas.

Él se encoge de hombros con indiferencia

—Adam es un virtuoso del arte. Suele exponer sus retratos en una galería —me explica Sean.

—Nada del otro mundo —replica este con modestia—. ¿Puedo quedarme con esta? —pregunta observando con detenimiento una sacada en blanca y negro en que me miro en el espejo de forma lánguida y la melena cayendo en cascada por mi espalda mientras mi mano apenas contiene el seno.

—No —le responde Jude seco, poniéndose de pie y arrancándosela de las manos—. Son para el estudio.

—De acuerdo —conviene este con sorpresa y tono airado—. Tal vez pueda sacarte yo mismo alguna —me sugiere.

Me rio sin poder contener la incredulidad.

—No soy fotogénica, Adam —confieso sinceramente, aunque me sienta halagada

—Lo dudo mucho. A veces, solo hace falta apretar las teclas adecuadas en el momento preciso. Deja que hagamos una prueba.

Asiento con la cabeza porque ahora sí que me está mirando.

—Prepárate para sacarte las bragas —interviene Frederick y ante la mirada de reproche de Adam se justifica—: ¿Qué? Tus retratos son de desnudos.

Escudriño sus ojos en busca de confirmación.

—Son fotos artísticas y solo llegaríamos hasta donde tú te sintieses cómoda.

No puedo ver a Jude porque desde que se ha levantado se ha alejado de la mesa, pero noto el calor de su cuerpo tras mi espalda como si estuviera pendiente de mi respuesta.

—Antes me gustaría ver alguna que ya hayas hecho.

—Claro. Podemos acercarnos un día a la galería donde están expuestas.

—¿Por qué no ahora? —se entromete Sean— No está lejos de aquí y podríamos ir todos. De todas formas no cierran hasta tarde. Luego yo mismo o Jude podemos acercarte a casa, Brooke.

—Me apunto —responde rápidamente Frederick—. Tus fotos son mucho mejor que el *hentai*.

Me quedo de piedra y a Adam a mi lado le ocurre lo mismo. Acaban de

desbaratar nuestros planes y yo no encuentro una excusa que me redima sin parecer desesperada por un buen polvo.

—Me parece bien —responde Jude desde atrás—. Yo la llevaré.

Megan viste la cara de disgusto que yo no he sido capaz de revelar.

—Vaya mierda —musita, y me siento tan identificada con ella que hasta siento el impulso de abrazarla, aunque solo durante un segundo, luego veo su expresión de disgusto clavada en mí y se me pasa.



Nos acercamos a pie y casi tropezamos con la puerta de la galería. Un lugar un poco recóndito con una puerta llena de grafitis que esconde un lugar verdaderamente memorable.

Está claro que sus dueños apuestan por el arte alternativo de sus lugareños y entre las obras expuestas se encuentran verdaderas joyas.

Las fotos de Adam tienen una sala exclusiva, un poco más alejada y apartada, construida en forma de ele y con una luz tenue y vaporosa que dirige los focos hacia las láminas.

Me detengo en cada obra, observando las formas de los cuerpos descubiertos. Las posturas son elegantes y muestran distintos grados de desnudez. La que tengo frente a mí, por ejemplo, solo muestra un pecho masculino hasta las líneas marcadas de la pelvis con una serie de tatuajes y la frase «always on my mind» sobre un pectoral. Desde luego, el dueño de ese cuerpo puede presumir de él ante una cámara.

—¿Un fan de Elvis? —pregunto a la presencia a mi espalda, creyendo que es Adam, pero no es a él a quien encuentro, sino a Jude.

—¿Quién sabe? ¿Te interesa?

—Me intriga. Creo que hay cierta tristeza en todos esos tatuajes, pero de una forma muy bella.

—Solo es medio cuerpo. Ni siquiera sabes cómo es su cara. Es imposible que te haga sentir eso.

—Pues desde luego me hace sentir, y tú no eres quién para ponerlo

entredicho.

—Pregunta a Adam por la identidad de su modelo. Puede que también se ofrezca a acompañarte a casa. Imagínate lo que podrías llegar a sentir entonces. Tengo entendido que a él le gustan las bandas a tres, así que seguro que no le importa. —La indiferencia con la que suelta todo no evita que me sienta atacada.

—¿Sabes, Jude? Es una gran idea. Veo que ese coeficiente privilegiado que tienes, te sirve para algo más que para mezclar pinturitas —respondo con el mismo tono despreocupado.

Me vuelvo a la siguiente foto y me encuentro con un trasero lleno de hoyuelos dignos de mención.

—Puede que invite también a este.

—Es el mismo tío —me responde con altanería.

Me acerco y efectivamente veo que el final del tatuaje posterior de un dragón coincide con el delantero de la otra foto; además, de que los brazaletes del brazo son los mismos.

—Mejor. Empezábamos a ser demasiados.

—De eso no hay duda.

—Ese tatuaje quedó muy bien —comenta un recién llegado Adam a mi lado.

—¿Lo hiciste tú?

—Sí, así nos conocimos Jude y yo.

—¿Jude? ¿Es Jude? —pregunto incrédula.

Adam afirma con la cabeza y yo me vuelvo como un rayo hacia el interpelado.

—Eres un auténtico capullo —le enfrento ante su mirada indescifrable.

Doy grandes pasos para alejarme de él y dejo a Adam plantado por el camino, pero ahora mismo no soporto ver a Jude.

Me adentro en el pasillo que se esconde hacia la derecha, ignorando al resto y me encuentro con las fotos más comprometedoras: sexos expuestos y parejas en posturas muy explícitas que no dejan de tener belleza; además, de un profundo erotismo. Me acerco a una de dos mujeres. Una de piel blanca desnuda sobre la silla contiene un gemido mientras la otra de piel oscura entre

sus piernas devora su sexo. En otra un hombre se acaricia de forma floja su pene erecto como si lo ofreciera al espectador.

Todas ellas son en blanco y negro y juegan con las luces y las sombras, revelando y ocultando lo que su retratista quiere.

—¿Qué te parecen? —pregunta Sean a mi lado.

—Atrevidas, sensuales, elegantes, pese a lo explícito, hacen contener el aliento.

—No olvides decírselo. Seguro que le gusta oírlo.

Le miro con curiosidad, aunque él me ignore deliberadamente. Sean es un galimatías para mí. Solo sé que es socio de Jude, pero nada más, y él tampoco ofrece mucha información sobre su historia, pero cuida y aprecia a sus chicos.

Miro la hora en el reloj. Es tarde y hoy he madrugado mucho.

—Estoy cansada. ¿Puedes llevarme a mi casa?

—Haré algo mucho mejor. Te llevaré al antro que compartimos Jude y yo. No te esperes gran cosa, pero está muy cerca y, de esa forma, ninguno tendremos que conducir después de haber bebido ni utilizaremos el transporte público a horas no recomendables.

—Cogeré un taxi.

—Ningún taxi se aventuraría por esta zona a estas horas, Brooke.

Echo un vistazo al lugar donde Jude ha entrado en un serio intercambio de palabras con Adam. Se ha puesto la capucha y no puedo ver la expresión de su cara, pero por la postura de su cuerpo, sé que es un tema importante.

Esta vez queda bastante implícito que no hay nada de carácter sexual en su proposición, así que acepto un poco resignada. De todas formas, Adam no ha vuelto a insistir, y no miento cuando afirmo que estoy cansada.

Nos despedimos del resto y Adam vuelve a su actitud reservada y distante al hacerlo. Ni siquiera me pregunta por la impresión que me han causado sus fotos o me ofrece posar. Sigo enfurruñada con Jude por dejarme hacer el idiota delante de sus retratos y también con Sean por estropearme la noche, así que camino entre ellos sin mucho que decir.

Yo no soy especialmente baja, pero entre ambos me siento pequeña y enjuta. Se podría decir que son prácticamente de la misma altura y, en consecuencia, sus zancadas son gigantes, lo que me tiene casi corriendo para



mantenerme al paso. Entiendo que por muy amenazantes que parezcan, este no es un barrio por el que pasear de forma tranquila a altas horas de la noche, así que les sigo sin protestar.

Baltimore lleva decenios siendo la capital de la heroína. Cuando las industrias se fueron, la droga se convirtió en el motor económico de la ciudad y los antiguos barrios obreros de casas unifamiliares son su cuna. No es insólito girar una esquina y encontrar en ella a un camello vendiendo mercancía o a un heroinómano tirado en el suelo con el brazo picado por las marcas de las agujas.

Jude y Sean esquivan esa imagen con indiferencia, como si estuvieran tan acostumbrados que ni si quiera son capaces de ver el horror que supone en realidad.

Llegamos a una vivienda de ladrillos que se sostiene con más dignidad que la mayoría de las colindantes. Sean saca un manajo de llaves de su mochila y comienza a deshacer el intrínseco puzle de cerraduras de la puerta.

—Por dentro tiene mejor aspecto —me explica Sean con una sonrisa.

—No entiendo por qué la traes aquí.

Jude no se ha quitado la capucha desde la galería, por lo que no puedo verle bien la cara, pero su tono no deja lugar a dudas: está disgustado.

Sean lo ignora y me cede el paso cuando abre la puerta.

Dentro me encuentro un espacio lleno de habitaciones pequeñas en hileras y una escalera estrecha que sube al piso superior.

—Bien —apunta Sean con el dedo—, cocina, salón y baño. Arriba hay dos habitaciones y la buhardilla de Jude que tan amablemente te cederá mientras él ocupa el sofá.

—Tú la has invitado. Duerme tú en el sofá.

—Lo cierto es que mi cama es suficientemente grande para los dos.

—Adelante. No seáis muy escandalosos. Necesito descansar —sentencia antes de desaparecer de malos modos por las escaleras.

Sean me mira con una expresión de disculpa. En realidad, la reacción de Jude no me afecta en absoluto ni hace que me sienta incómoda. Estoy demasiado acostumbrada a sus rabietas y me la traen al paio. Estoy cansada y necesito dormir y si para eso debo compartir cama con Sean, lo haré. Lo he

hecho con especímenes peores y algo más que dormir.

—Voy a bajar unas mantas para el sofá.

—Por mí no lo hagas.

—Si me meto en esa cama contigo, Brooke, no será para dormir, y creo que es lo que necesitas. Claro que eres tú quien tiene la última palabra.

Muerdo mis labios. No quiero esa clase de relación con Sean. Es mi jefe y por alguna razón lo parece más que Jude, que nunca actúa como tal conmigo. Debe leer la reticencia en mi cara porque enseguida añade:

—Voy a buscar esas mantas y preparo tu cama.

Asiento con la cabeza y me quedo sola en el salón mientras oigo los pasos de él por las escaleras.

Me hundo en el mullido cojín, que de seguro ha visto tiempos mejores, y echo un vistazo alrededor. Pienso en Jude cambiando nuestra bonita y blanca casa burguesa por este lugar pequeño y oscuro. El contraste debió ser enorme, pero por alguna razón parece mucho más cómodo con esta forma de vida. En los últimas semanas, le he visto sonreír muchas más veces que cuando vivía con nosotros, así que supongo que es feliz subsistiendo de esta manera. Ahora que reflexiono sobre ello, puede que nunca lo fuera mientras compartía nuestra vida. Pocas eran las veces que no estuviera malhumorado y tenso. Lo achacábamos a su difícil experiencia, pero de alguna forma ahora parece haber encontrado el equilibrio. Si realmente se puede hablar en esos términos cuando se trata de Jude. Lo que no entiendo es que hace descomponiendo todo lo conseguido, acordando tratos desafortunados con el tipo del club.

—Sean, ¿conoces a Michael? Alto, piel oscura y dentadura de anuncio de dentífrico —le pregunto cuando vuelve con las cobijas.

—El tipo que os encontrasteis el otro día en el club. Sí, sé quién es. Supongo que tienes muchas preguntas sobre ese tema, pero no es mi asunto para contar. Tendrás que preguntárselo a Jude.

—Como si él fuera a contarme algo.

—Tal vez no ahora, pero sí con el tiempo. Sí debes saber que ese tipo es peligroso. Jude no dejará que te ocurra nada, pero deberás seguir sus indicaciones sea lo que sea que haya planeado. Es un psicópata y jugará con vosotros como escarmiento, pero no pondrá vuestra vida en peligro. Le gusta

Jude, pero también controlar a la gente. Ahora que ha encontrado su punto débil en ti, querrá tenerlo bien amarrado por los huevos y tiene que demostrarle que es así.

—Creía entender que tenía una deuda con él.

—Más que una deuda fue un pequeño error en el que estuvo involucrado y que debe pagar como responsable, pero como te he dicho, no es mi historia para contar.

Asiento con la cabeza y señalo con la barbilla hacia la imagen, de un Jude más joven junto a Sean, enganchada a la pared con una chincheta y las esquinas dobladas.

—¿Esa foto es de cuando él llegó a Baltimore, huyendo de mi familia?

Asiente con la cabeza y media sonrisa.

No niega mi afirmación, así que me pregunto qué le habrá contado.

—Segunda puerta a la derecha —me indica cuando me levanto.

—Buenas noches, Sean.

—Buenas noches, mocosa.

Evidentemente, Jude le ha contado mucho si incluso se refiere a mí con el molesto apelativo con el que me bautizó.

Subo a la primera planta donde terminan las escaleras y entro en la habitación de Sean sin echar un vistazo a la escalera plegable que sube hasta el lugar en el que se encuentra Jude.

Me despierto temprano por la mañana y sin hacer ruido escribo una nota de agradecimiento a Sean en la que intencionadamente evito nombrar a Jude. Salgo de la casa sin despertarlos y me encamino a la primera parada de metro que encuentro.

La perspectiva del barrio por las mañanas es distinta. Madres que pasean a sus hijos en cochecitos, abuelas sentadas en las aceras vigilando a sus nietos y muchachos invadiendo las canchas de baloncesto, pero si se mira un poco más detenidamente, un ojo curioso puede llegar a discernir las marcas que deja la droga en los suburbios.

Estoy sentada en un vagón cuando atrona en mi móvil la llamada de Jude. Dejo que suene y cuando termina le envío un escueto mensaje:

«Ya estoy en casa».

# CAPÍTULO 5

## *El amigo Po*

Durante mucho tiempo tuve marcos de fotos vacíos en mi habitación. Los compré por su estilo rococó y los pinté en colores pastel. Tenía claro que las fotos que los ocuparan tendrían ser aquellas que reflejaran los momentos más felices de mi vida. Tenía doce años y soñaba con mi primer amor, el baile de graduación, alguna medalla de un torneo de animadoras o una instantánea que representara lo importante que era para mi familia o mis amigas. Luego llegó Jude y esos momentos parecían no llegar nunca o no eran dignos de retratar. Toda mi vida giraba alrededor de él. Sus ineptas actitudes sociales eran mi responsabilidad, sus problemas de adaptación en la escuela o en casa cargaban sobre nuestros hombros, para mis amigas era más importante sacarme información sobre él que interesarse por mí y mis padres celebraban sus éxitos estudiantiles con la intensidad y el orgullo que nunca reflejaron los míos, aunque el esfuerzo que debía hacer fuera el doble.

Él me llamaba consentida cuando lo cierto es que para mí él era el niño mimado por todos. Cuando se fue, creí que recuperaría mi sitio, pero no fue así. Dejó un vacío enorme muy difícil de cubrir. Echaba de menos las pocas sonrisas que nos regalaba, su ceja alzada con ironía y los escasos momentos que compartimos y que me dejó vislumbrar un poco del Jude que se escondía entre las capas de rebeldía, amargura e incluso sufrimiento.

Esos marcos jamás fueron ocupados con fotos. Ni siquiera cuando asumí que él no nos quería como su familia.

Mientras examino la foto, ampliada en un poster, que me sacó Jude, ocupando un lugar privilegiado en su estudio de tatuajes, me doy cuenta de que es la clase de foto que me gustaría encuadrar.

—No es un tatuaje complicado que llame la atención —le comentó a Sean a mi lado. Les di permiso para exponerla, pero no creía que lo harían de forma tan llamativa.

—El tatuaje es lo de menos. Es la estética lo que funciona y atrae clientes.

—No creí que sería tan grande.

—Consuélate. No eres tú la que debe soportarlo toda la jornada delante de sus narices —interrumpe Megan desde el otro lado de recepción.

—Pide un espejo tras tu espalda y consuélate viendo tu imagen o prueba a afinar tu puntería con los dardos —le respondo encogiéndome de hombros sin acritud.

Juraría haber percibido una leve sonrisa en sus labios, pero sus ojos enseguida se desvían a Jude cuando se mueve a su lado, dejando el cuadrante sobre la superficie.

—Vamos —me apremia con reticencia—. Terminemos con esto de una vez.

—¿Quieres que sostenga tu mano? —se burla Frederick—. Porque es lo único que sostendría.

Adam le da una palmada sobre el hombro en un gesto de apoyo.

—¿Cuánto tiempo tendrá que estar sin meterla? —arremete Frederick de nuevo.

—Bastará con que no tenga sexo desenfrenado en un par de semanas —le respondo—. Yo llevo mucho más tiempo sin él y no es para tanto.

No debería haber dicho eso y las carcajadas que dejo a mi espalda me lo confirman.

—¿Mucho más? —pregunta Jude con tono irónico.

No le respondo mientras pongo rumbo a mi habitáculo. Ya tengo el mío propio completamente equipado y voy realizando trabajos individuales.

Saco la llave de mi bolso y enciendo las luces antes de entrar. El lugar huele al ambientador de frutos rojos que he colocado para disimular el aroma de los antisépticos.

—¿Preparado? —le pregunto un poco más suave de lo que esperaba.

—No —responde tajante, mirando en derredor.

—Seré rápida y cuidadosa. He practicado mucho con el amigo Poe —le explico mostrándole el pene y los testículos de silicona que India me dio para habituarme.

—¿Le has puesto nombre a esa cosa? Y para más inri, el distinguido nombre del ciudadano más célebre de esta ciudad.

—Si te portas bien, elegiré uno para ti.

—Ni se te ocurra.

—Cosita, gusanito...

—¿Por qué coño utilizas diminutivos? —masculla ofendido

—Entiende que me he acostumbrado al amigo Poe y desluce un poco al resto.

—Eso explica tu falta de sexo —comenta mordaz.

—Hablando de eso, ¿empezamos?

Soy capaz de captar su sonrisa irónica antes de darle la espalda y comenzar a ordenar mi material de trabajo mientras le instruyo:

—Desnúdate de cintura para abajo y tumbate boca arriba sobre la camilla.

Escucho el roce de la tela mientras muevo de un lado al otro las agujas huecas, las pinzas, las tijeras y el resto de materiales. Le aconsejé que no trajera ropa estrecha ni interior y adivino que lo único que debe sacarse es el pantalón de chándal holgado que se ha puesto esta mañana.

—¿Quieres que te explique cómo lo haré?

—No.

—Me dijiste que eligiera la joyería que yo quisiera, así que he escogido la barra curva bar acabada en dos esferas en titanio. ¿Te parece bien? —continúo sin darme la vuelta.

—Sí.

—Muy bien —convengo colocándome los guantes y agarrando el bote de desinfectante y unas gasas.

Me vuelvo hacia la camilla y me lo encuentro tal y como le he indicado con las manos bajo la cabeza. Eso no me prepara para la impresión. Adopto mi postura más profesional. Al fin y al cabo, he visto cientos de hombres desnudos, pero con Jude todo parece nuevo y desafortunado.

Está completamente depilado, aunque no sé si lo ha hecho como método higiénico para la perforación o suele hacerlo de forma habitual.

Su pene reacciona a mi mirada y aquello comienza a tomar vida. Mis ojos se disparan a su cara, pero él los tiene cerrados con fuerza.

—¿Otra vez la morena? —pregunto de manera casual.

—Joder, no. No lo sé. Ahórrate los comentarios sarcásticos ¿quieres?  
—responde sin mirarme y la cara vuelta hacia la pared.

—Aprovecharé a tomar medidas. De esa forma sabré el tamaño exacto del *piercing* para que no te moleste cuando estés erecto ya que parece algo habitual.

—Brooke —me reprende con los dientes apretados.

Cojo un calibre y me dispongo a hacer mi trabajo lo más eficientemente posible.

Sujeto el glande entre mis dedos y la boca de Jude se abre para aspirar de manera profunda. Cubre su cara con los brazos y me alivia que no pueda ver mi expresión. Lo que ofrece me impresiona. Es un pene más grueso de lo normal y largo. La copa es realmente hermosa, grande y, ahora que ha alcanzado toda la erección, resulta pesado y difícil de manejar. Trato de separar el tronco de la pelvis encontrando una fuerte resistencia. Bajo la suave piel del prepucio con delicadeza y el pecho de Jude se dispara en rápidas y profundas respiraciones que se acompañan a las mías.

Tengo la boca seca mientras manipulo su glande rosado y brillante para tomar las medidas para elegir la longitud de la barra de la joya.

—Voy a aplicarte el desinfectante —explico tras carraspear, tratando de adoptar un tono de indiferencia.

Empapo la gasa quirúrgica con el líquido y la deslizo por el capullo y hacia abajo, provocando que se origine un leve tirón en el tronco.

—Esto tendrá que bajar. No puedo hacer la perforación de esta manera.

—Pues deja de tocarme. ¡Parece que me estás haciendo una maldita paja!

—¡Oye! No tienes ni idea. Si esto fuera una paja, ya estarías a punto de correr.

—¡Si esto fuera una paja, ya estarías contra la pared y conmigo dentro! —exclama, descubriendo su cara y clavando los ojos vidriosos y más pálidos que nunca sobre mí, enmudecida y petrificada—. ¡Joder! Eso ocurriría con cualquier otra, pero no contigo —añade, volviendo a cubrirse la cara con las manos y frotándose con vigor los ojos.

No me quedo inmóvil y afectada porque me haya sentido perjudicada con su salida de tono, sino porque esa imagen que me ha ofrecido apretada por él contra el tabique, ha tenido una reacción, instantánea y húmeda, en mis bragas y hace palpar mi sexo. Me doy cuenta de que me tiemblan las manos y las

guardo a mi espalda.

—Voy a salir y darte tiempo. Mira las agujas y el tubo guía que debo introducir en la uretra si eso te sirve de inspiración —comento poniendo pies en polvorosa.

—Brooke —me llama con voz casi suplicante cuando estoy con la mano en el pomo—, me he olvidado de que estaba contigo cuando he hablado. Ya sabes cómo somos los tíos. Estaba pensando con la polla y no con la cabeza.

—Ya lo he entendido la primera vez que lo has explicado. No te preocupes. Las erecciones involuntarias son muy normales cuando se está manipulando el pene. Soy enfermera, Jude. He visto cientos de ellas, incluso de heterosexuales en manos de mi compañero de dos metros y malas pulgas, Jerry.

Cierro la puerta tras de mí y me desmadejo sobre el suelo con la espalda apoyada en la pared. Desde el otro lado de la madera puedo oírle jurar.

—¡Joder! ¡Mierda! Baja de una maldita vez.

Resoplo con paciencia. Parece que va para largo. Empiezo a pensar en bacterias, gérmenes o protozoos. Cualquier imagen que me aleje de lo que ocurre ahí dentro.

Al cabo de un momento muy instructivo, resuena la voz de Jude:

—Brooke. —Me levanto y vuelvo a la habitación—. Hazlo rápido —me apremia.

Asiento con la cabeza y vuelvo a colocarme los guantes antes de coger el bote de antiséptico.

—¡No, Dios, no! Ya está desinfectado. Pon el puto *piercing* ya.

—Tienes suerte de que trabaje bien bajo presión. Estás siendo un grano en el culo —cojo un apósito que intento colocar bajo el pene cubriendo los testículos, pero él niega con la cabeza.

—No me pongas ese babero en los huevos.

—La zona de la perforación tiene muchos vasos sanguíneos lo que beneficiará una rápida cicatrización, pero hará que en un principio sangre abundantemente.

Asiente con la cabeza con reticencias y comienzo la perforación. Todo ocurre en segundos y antes de darse cuenta Jude ya luce su nuevo adorno.



Levanta la cabeza un poco sorprendido, pero vuelve a bajarla con la cara del color del papel cuando ve la sangre. Le hago un apaño con una venda para contenerla.

—Es probable que sangre durante un par de días. No hace falta que te explique lo importante que es la higiene en este caso. Debes lavarte frecuentemente con agua templada, sobre todo después de orinar. No lo dejes húmedo. Bueno... ¿quieres que te ayude con los pantalones?

—No.

—Vale... Ha quedado... interesante —comento tras un largo vistazo.

—Fuera —ordena él con una voz que no admite replica.

Le dejo solo y cruzo la puerta donde un sonriente Frederick me observa acercarme.

—Dime que ha derramado alguna lágrima

Niego con la cabeza con una sonrisa.

—Oye, ¿estás bien? Pareces... No sé. Afectada. ¿Ha sido difícil?

—No, no ha sido nada complicado.

—Oye, tengo ahora a una chiquilla recién salida de la secundaria que quiere una mariposa en el vientre y está un poco asustada. A lo mejor tu presencia le tranquiliza un poco. ¿Te apetece ayudarme y echar un vistazo a lo que hago?

—Sí, me parece genial.

—Pasa —me invita, haciéndose a un lado con el brazo apoyado en el marco opuesto, obligándome a entrar por debajo de él. Es justo ese momento en que Jude se decide a salir de la habitación y cruza el pasillo por delante de nosotros.

—Te encuentro un poco pálido, campeón —se mofa el tejano.

—No lo creo. Ha sido... bastante estimulante —le replica satírico, lanzándome una mirada indescifrable, como si hubiera preferido que yo no hubiera oído eso.

Jude es como una montaña rusa. Es cambiante, impredecible, complicado y no gobierna sus emociones de una manera lógica. Eso lo aprendí desde el primer día que lanzó su mirada de hielo sobre mí y me dijo: «Aparta, mocosa. Este es mi espacio personal y por ninguna razón podrás atravesarlo». Dos días

antes habíamos compartido ese mismo espacio, comiendo galletas y riéndonos de alguna tontería sin importancia.

Es bastante exasperante lidiar con sus cambios de humor.

En ese instante aparece la chica de la que hablaba Frederick y compruebo que se queda bastante impresionada al cruzarse con Jude. Es diminuta y muy delicada y me recuerda a una pequeña hada de las flores. Mentalmente la llamo Campanilla y le sonrío tranquilizadora cuando nos echa un vistazo asustadizo a todos.

—¡Hola, Linda! Pasa por aquí. Esta es Brooke, es enfermera y va a echarnos una mano.

Muy inteligente por parte de Frederick ondear el comodín de mi profesión para calmar los ánimos. Hago un gesto de despedida a Jude y me adentro en la habitación con Campanilla, cerrando definitivamente o eso creo, ese capítulo con él.



Empiezo a darme cuenta de que las clases por la mañana y el trabajo de las tardes me deja muy poco tiempo para sociabilizar o tiempo de ocio verdaderamente. Sin embargo, si he pellizcado alguna ocasión para entablar una relación cordial con mis compañeros de estudio.

Un par de ellos colaboran con una organización sin ánimo de lucro de la ciudad; además de cooperar con los más desfavorecidos, se sacan algunos créditos libres para el curso. Me comentan que este fin de semana repartirán agujas limpias por los distritos más afectados por la droga.

Uno de los problemas más graves que conlleva el consumo sin control de heroína es el contagio de enfermedades como el sida o la hepatitis. A veces, las agujas que se utilizan se toman directamente del suelo, en los lugares predilectos para inyectarse la droga, sin ningún tipo de precaución.

Esta organización trata de poner medios, contra las infecciones, entre quienes tienen pocas probabilidades de desintoxicación, pero con este acercamiento también intentan convencerles de que existe una salida y que

desengancharse de las drogas es posible.

A medida que comienzo a repartir las inyecciones, más me doy cuenta que lo de menos son los créditos que obtengo por esta labor. Algunos de los receptores no son más que niños.

—No les des más de una, Brooke. A veces estos diablillos las utilizan para venderlas —me explica Roger mi compañero de clase y la persona con la que me han emparejado para esta labor.

Es evidente que Roger tiene raíces escocesas. Es pelirrojo y enorme, por lo que su presencia me tranquiliza mucho en esta incursión.

—¿Por qué heroína? —le pregunto tras observar los estragos que esta produce.

—Es barata. Mucha de esta gente la consume tras engancharse a algún opiáceo recetado para el dolor, otros porque la prueban creyendo que saldrán de ella. La mayoría ni siquiera la consume por el *viaje*, lo hacen porque no soportan el mono que les produce no consumirla. Lo peor es que se trata de un negocio muy fructífero, y el dinero que proviene del narcotráfico sostiene a muchas familias que de otra forma se pudrirían en la miseria.

»Se filtra en todos los sectores económicos de la ciudad. Combatirlo es muy complicado —me explica con desazón—. Mira, ahí mismo tienes a uno de los peces gordos de este negocio, caminando impunemente por la calle como si fuera el rey de la ciudad —me señala.

Me quedo inmóvil estudiando al tipo en cuestión. Él me detecta y me obsequia otra de sus espectaculares y resplandecientes sonrisas mientras se recrea en la impresión que me ha causado la declaración de Roger.

Maldigo cuando comienza a avanzar en mi dirección seguido de sus dos gorilas. Echo un vistazo a mi compañero y este me mira compungido. Es evidente que no lo tiene por una compañía grata.

—Dichosos lo ojos, Brooke. La luz del día te favorece muchísimo más. Veo claramente por qué tu *hermano* te mantiene en secreto —saluda con una candencia irregular en la palabra hermano que le da un énfasis deliberado—. Hace tiempo que pienso en vosotros. Dile que esté preparado para el sábado entrante. El local ya está acondicionado para su actividad. Le enviaré un mensaje con instrucciones de vestuario, hora y lugar.

»Será realmente divertido siempre que os atengáis a todas las instrucciones. De otro modo, me cobraré mi deuda de otras formas menos lúdicas. —Coge mi mano y con una delicadeza usual se la lleva a los labios para depositar un casto beso—. Por cierto, hacéis una gran labor, repartiendo esas agujas. Eres un verdadero encanto.

Se aleja sin oportunidad de réplica, pero tampoco soy capaz de reaccionar.

—¿Le conoces? —pregunta incrédulo Roger.

—¿Estás seguro de que es un capo importante de la droga y no un empresario?

—Ya te he dicho que al final es un negocio que acaba filtrándose en distintos sectores, sobretodo los comerciales y de ocio. Tengo entendido que es dueño de varios clubs de striptease muy lucrativos, pero estoy muy seguro que su interés principal proviene de los estupefacientes. El resto puede ser producto de sus operaciones de blanqueo. —Estamos de lado a lado y por eso debe girar la cabeza para mirarme—. Si me aceptas un consejo, te diré que corras en la dirección contraria a ese tipo.

—Tomo nota —respondo totalmente afectada.

Jude tiene una deuda pendiente con un mandamás del narcotráfico. No sé ni cómo interpretar lo que siento, pero la rabia es la emoción más fácil de percibir, y ahí está bullendo y aflorando al exterior obligándome a contener la necesidad de gritar.

Me presento en la puerta de su casa sin avisar. Puede que ni siquiera esté un domingo de tarde, pero al menos podré pegarle una patada a algo suyo si alguien me abre la puerta, y parece que así es.

Me encuentro a un sorprendido Sean que, tras un vistazo, me abre paso al interior sin preguntas.

—¿Está Jude? —pregunto sin cordialidad ni cortesía.

Para mí está claro que él lo sabe todo y ahora tampoco me resulta una agradable compañía.

—Arriba, pero espera, ¿ha ocurrido algo?

—¿Y tú me lo preguntas? —respondo con rencor—. Si descubro que has sido tú el que le ha metido en algo de todo esto, te arruinaré la vida.

No sé de dónde saco las agallas para lanzarle una amenaza de tal

envergadura ni cómo podría hacerla efectiva, pero él no parece sorprendido y tampoco pregunta de qué hablo.

Le esquivo y comienzo a subir las escaleras con rapidez. Tengo tanto por decir que no sé ni por dónde empezar. Me encuentro a Jude tirado sobre un colchón en el suelo. Lleva unos auriculares puestos mientras lee un libro que parece demasiado complicado para cualquier intelecto medio. Como no ha sido capaz de oírme llegar, salta sorprendido sobre sí mismo cuando me descubre. Hubiera resultado divertido, sino fuera porque estoy hirviendo de furia.

Se descubre los oídos y me mira aturdido.

—¿Qué haces aquí?

—¿Te drogas? —le lanzo a bocajarro, ignorando su pregunta.

—¿Qué? ¿A qué viene eso?

—¿Consumes heroína? ¿Caballo?

—¡No! Claro que no. Has visto mis brazos, mis muslos, Brooke. ¿Has visto alguna marca?

—Quítate los calcetines —demando.

—No voy a quitarme los putos calcetines hasta que me expliques qué coño está pasando.

—Resulta que me he encontrado con tu amigo Michael y me han explicado muy bien quién es y a qué se dedica.

—¡Demonios! —maldice antes de sentarse de nuevo sobre el colchón y quitarse los calcetines de dos tirones.

Me pongo de rodillas y sujeto uno de sus pies con una mano buscando las huellas de los pinchazos entre sus dedos, luego lo hago con el otro para enojo de Jude.

—¿Contenta? —pregunta al comprobar que no obtengo lo que busco, pero no me doy por satisfecha.

Me adelanto y miro bajo sus uñas. Él aguanta, estoicamente, sin oponerse, hasta que acerco mi cara a escasas pulgadas de la suya e inspecciono sus cejas.

—¡Brooke! ¡Ya está bien! Deja de manosearme. Te he dicho que no me drogo —insiste mientras me empuja con su mano completamente extendida

sobre mi cara y el brazo estirado para alejarme de él.

—Entonces ¿qué cuenta tienes pendiente con ese tipo? —exijo saber sin disminuir la intensidad de mi enojo al caer de culo sobre el suelo.

—Repito que no es asunto tuyo —responde seco sin hacer amago de ayudarme a levantar—. ¿Dónde lo has visto? Te dije que no volvieras a esa sala de fiestas.

—¡No ha sido allí! Repartía jeringuillas nuevas en el barrio Sandtown.

—¿Qué hacías qué?! —pregunta incrédulo.

—¡Tampoco es de tu incumbencia! Lo único que debes saber es que tu amigo se ha dirigido a mí para que te dijera que su jueguito empieza este sábado, pero ¿sabes qué? No pienso ir. Me involucras en algo peligroso por tu conveniencia y ni siquiera tienes la decencia de contarme qué arriesgo o por qué. Estás solo en esto, Jude. No cuentes conmigo.

Voy a levantarme del suelo para largarme, pero él me sujeta por las muñecas y me alza sin esfuerzo para enfrentar su mirada con la mía.

—Si no hacemos lo que nos pide, me dará un escarmiento peor y te buscará para hacerme daño.

—¡Pues dile la verdad! ¡Qué te importo una mierda y no llegará a ti a través de mí!

Se pone en pie con una agilidad pasmosa y me arrastra hacia arriba con él sin soltarme. Frunce el ceño profundamente, parece que le invade la rabia y creo que me gritará, pero su voz sale suave y resignada cuando dice:

—Ya se lo he dicho.

Duele. Sí, duele mucho.

Tiro con fuerza de mis brazos para deshacerme de su agarre, pero logro el efecto contrario cuando él me arrastra contra él.

—¡Suéltame! —siseo.

—No hasta que me prometas que vendrás conmigo. —Es evidente que aunque él controla su ira mejor que yo, está realmente enfadado.

—¡He dicho que no!

—¡Maldita cabezota! —exclama y me empuja contra la pared a mi espalda a un brazo de distancia de su pecho sin soltar su agarre de mis muñecas ahora ancladas sobre el tabique.

Vuelvo a tirar con más fuerza para deshacerme de su sujeción y al no ser capaz de conseguirlo, la frustración toma el control de mi conciencia y me impulsa a levantar la rodilla para descargar un golpe rápido y seco en sus partes nobles.

No entiendo cómo logra adivinar mis intenciones, pero lo hace. Esquiva mi pierna, me aplasta con su cuerpo y me inmoviliza completamente contra el muro.

—¡Suéltame, imbécil! —grito desesperada, removiéndome como una presa salvaje.

Logro recobrar una muñeca y utilizo mi libertad para lanzarle un puñetazo en la mandíbula. Aúllo cuando el contacto hace crujir todos mis nudillos a la vez.

El golpe le sorprende y me suelta completamente, dejándome un codiciado espacio que trato de aprovechar para largarme. Sus ojos se convierten en dos rendijas ardientes que se clavan en mí y me hacen temblar de alguna emoción que nada tiene que ver con el miedo. Conozco lo suficiente a Jude para estar segura de que nunca me haría daño físico deliberadamente.

—¡No vas a largarte de aquí sin el compromiso de que irás a ese maldito sitio! —grita enfurecido tras mover su mandíbula en busca de daños.

Dos zarpas me sujetan por los antebrazos y mi mundo gira sin control hasta que mi espalda cae sobre el colchón debajo de Jude.

Pataleo y le empujo con mis manos en su pecho, pero no lo muevo ni un milímetro, aunque recibe varias bofetadas que aguanta estoicamente.

—¡Brooke! ¡Demonios! Te ataré a esta cama hasta el sábado si es necesario. ¡Estoy tratando de protegerte!

—Metete tu mierda de protección por donde te quepa —le escupo y levanto mi pelvis con firmeza buscando causarle dolor en su *piercing* recién hecho, pero el efecto es contrario para los dos.

Lo encuentro duro y el contacto seco de nuestros sexos a través de la ropa nos deja sin respiración. Su mano acaba en el hueso de mi cadera, puede que para inmovilizarme, pero sus dedos en mi nalga atraen mi pubis contra el bulto entre sus piernas y lo acomoda sobre la costura que cubre mis labios donde empuja con fuerza.

—Siento decirte que ya está en pleno rendimiento y que eso no te servirá de nada —declara con voz profunda y entrecortada.

Mi cuerpo busca ese contacto cuando se restriega hacia arriba y abajo con una desesperación que nos sobrecoge a los dos, provocándome un gemido que no tiene nada que ver con una protesta, y sus ojos se abren impresionados.

Estamos quebrantando, de nuevo, otra norma no escrita. Mi sentido común y mi cuerpo entran en desacuerdo. Este último parece embriagado por la nube de testosterona que Jude desprende. Estamos jodidamente frenéticos y desbordados. Casi puedo sentir el calor y la humedad que desprende su piel, su pulso latiendo en la base de su garganta. Comienza a formarse bajo mi epidermis un cosquilleo desagradable a la vez que familiar, una especie de miedo a no conseguir controlar mis propios impulsos que me hace removerme inquieta mientras trato de interpretar la expresión en su mirada.

Sus labios insultantemente llenos y gruesos aspiran mi aliento entrecortado y agitado. Atrapo el inferior entre mis dientes y aprieto con todas mis fuerzas descargando en esa mordedura toda mi frustración, la excitación y la rabia.

Grita de dolor y le suelto rápidamente.

—Lo último que quiero es interrumpir lo...lo que coño sea esto —interviene Sean—, pero parecéis dos bestias salvajes en celo y temo por vuestra seguridad, aunque... tengo claro quién se ha llevado la peor parte —comenta, enarcando una ceja hacia Jude, plantado sobre sus talones en el suelo tras la aparición de su compañero.

Tiene la mandíbula amoratada y le gotea sangre del labio. Se limpia con el dorso de la mano y me echa un vistazo con una mirada llena de tempestades.

Me levanto con rapidez de la cama y me lanzo al hueco de las escaleras que ocupa Sean.

—Me largo. Déjame pasar.

—Espera, Brooke —me suplica conciliador—. Creo que en este caso estas equivocada y debes dar un poco de crédito a Jude. Contrariar a Michael no os hará ningún bien a ninguno de los dos.

—No le estás diciendo nada que no le haya dicho yo —replica él, apretando la mandíbula.

—Puede que te haya faltado un poco de diplomacia ¿no crees? Está



preocupada por ti ¿es que no lo ves?

Le echo un vistazo de soslayo sin argumentos de peso para negar lo dicho por Sean, pero sin querer confirmarlo sin resistencia.

—¿Crees que yo no lo estoy? ¿Qué hago esto sin reticencias? ¡Maldita sea! Si insisto es porque trato de mantenerla a salvo. Me he vuelto loco, tratando de alejarla de todo sin encontrar una solución.

—Entiendo tu situación mejor que nadie, Jude. Aunque no siempre esté de acuerdo con tus decisiones.

—Me alegra mucho que tú lo entiendas—digo con ironía—. Probablemente, seas el único y te merezcas alguna especie de premio por comprender lo indescifrable. Claro que juegas con ventaja, y tienes información que yo no. Ese es el problema—intervengo y me vuelvo hacia Jude—, ¿por qué debo confiar en ti cuando tú no lo haces en mí?

—Sé que te he metido en problemas, Brooke, y lo siento. Nunca deberías haberte visto involucrada en nada de esto y es una de las razones por las que no quiero hablarlo contigo, pero ha sido así y ahora la única forma que tengo de mantenerte a salvo es aceptando el desafío de Michael —explica cruzándose de brazos, rígido, y mirando impertérrito por la ventana abuhardillada del tejado—. Sabes quién era o más bien cómo era cuando me conociste. Tú fuiste la única que me devolviste la fe en las personas.

»Fueron tu lealtad, tu honestidad o tu afecto, pese a considerarme un grano en el culo, lo que me trajeron de vuelta y apaciguaban al monstruo que me devoraba en algunas ocasiones. Puede que no me lo merezca, pero confía en mí. Prefiero acabar muerto en cualquier cuneta que poner tu vida en peligro.

—Y eso es lo que tratará de probar, Michael. Mucho cuidado con eso —le advierte Sean, liberándome de ofrecer un respuesta inmediata a Jude porque estoy segura de que me temblaría la voz.

Toda la inquietud disfrazada de furia, que me provocaba la idea de que él se drogase, amanece tras mis ojos originando lágrimas que escuecen y trato de mantener ocultas.

—Lo que no te perdonaré es que hayas permitido que me angustie y me alarme, pedazo de imbécil —espeto con desaprobación—, pero iré y participaré en ese estúpido juego si tan importante es.

Un profundo suspiro surge de su pecho. Sigue sentado sobre sus talones en el suelo y las rodillas separadas. Se lleva las manos a la cintura y deja caer su mirada hacia el suelo como si allí estuviera la solución al problema que hace girar los engranajes de su cabeza.

—Me piro de aquí.

—Brooke —me llama.

—No, Jude, ahora no —protesto y maldigo la emoción que no soy capaz de ocultar en mi voz, y la decepción porque, pese a todo, él continúa sin considerar confiarme de qué trata todo esto.

Se levanta hacia mí al mismo tiempo que Sean indica con un dedo que prefiere desaparecer de escena.

Una lágrima cae por mi mejilla, y bajo la cabeza molesta. Su mano en mi nuca atrae mi cara hacia su pecho y me permite esconderme mientras dejo salir la frustración.

No es un abrazo propiamente dicho porque excluyendo su mano en mi cuello, nuestros brazos caen laxos a nuestros lados, pero sí consuela.

Aspiro el aroma de Jude con placer. Él huele bien: a limpio, a conocido, a casa, a hogar.

—Gracias por preocuparte por mí, mocosa —susurra con sus labios sobre mi pelo.

—Solo un poco. Tampoco creas que me importas tanto —respondo con la voz amortiguada por la tela de su sudadera, provocando una leve risa que percibo en mi oído a través su cuerpo. Sus dedos se enredan en mi cabello y las yemas rozan mi nuca con delicadeza—. Yo sí te considero mi familia, aunque seas un antipático y nos rechaces —me sincero.

Lo noto tensarse al momento y su mano desaparece de mi piel.

—Si ahora dices que me quieres como a un hermano de verdad, vomitaré —responde secamente.

—Se acabó la tregua —declaro y me giro para largarme de allí.

# CAPÍTULO 6

## *Sex escape room*

La incertidumbre es una pasajera más en un vagón ocupado por emociones más positivas como el afecto, la alegría o el amor. Lo verdad es que es un sentimiento bastante entrometido que no se conforma con viajar junto a las agitaciones menos entrañables, y contamina con su presencia a sus optimistas compañeros, dejando espacio para que el temor, el autoengaño o la inquietud se paseen por los pasillos con unos pasajes que no les pertenecen.

Todo sería más fácil y reconocible sin esa incertidumbre, las dudas y la indecisión. Puede que entonces pudiéramos ser más claros con nuestros sentimientos hacia los demás y con nosotros mismos.

De una cosa estoy segura y es que cuanto más observo a Jude, mayor es la impresión de que no sé nada de él. Y eso hago siempre que levanta el teléfono por un mensaje o una llamada, le vigilo en espera de alguna señal que revele en qué está metido y sobretodo por qué.

Está siendo una semana muy tensa para los dos, y él lo disimula bastante peor que yo con una paciencia muy limitada y poca tolerancia para las tonterías.

Frederick cree que el *piercing* debe apretarle los huevos, Adam se mantiene alejado y los intentos de conciliación de Megan no son bien recibidos. Solo Sean es capaz de manejarle con un poco de mano. Yo prefiero evitarle porque en ese aspecto le conozco demasiado bien y sé que, en sus periodos más oscuros, Jude muerde y necesita espacio para rumiar sus pensamientos.

India ha decidido tomarse los días libres hasta la fecha del parto. La barriga le impide trabajar con comodidad y sus piernas han adquirido proporciones épicas incluso para un elefante.

También estudio a Sean detenidamente, y él lo sabe porque me ha cazado varias veces observándolo. Ya no me parece solo un socio ocioso; está implicado de forma directa en la vida de Jude, disponiendo de más

información que yo y; además, le influye de una forma que aún no sé si catalogar como positiva o negativa.

El algún momento, le pregunto cómo se conocieron y de qué forma llegaron a ser socios y su respuesta resulta ser pobre y evasiva.

El viernes transcurre sin noticias de Michael y yo empiezo a sentir que tampoco voy a ser capaz de soportar tanta intriga.

Hoy no hay pizza ni cervezas a última hora. Todos notan que el ambiente está enrarecido y se van volcando por la puerta.

Cuando mi último cliente abandona mi habitáculo, Sean aparece con expresión grave y me indica que le siga.

Subo las escaleras hasta la recepción mientras Jude baja la persiana de la entrada hasta el final encerrándonos a los tres dentro. Tampoco Megan está por ninguna parte.

Me siento sobre el Chesterfield y los observo a ambos susurrando con las cabezas muy juntas y a la misma altura. Me doy cuenta de que podrían ser hermanos. Ambos tienen esa complexión delgada, pero fibrosa, con músculos firmes y marcados donde deben estar, cintura estrecha y hombros anchos.

—Tenemos las instrucciones, Brooke —me comunica Sean mientras se sienta frente a mí y Jude se detiene tras él estudiando mi reacción.—. Es en un nuevo local de Michael. Un lugar de ocio y entretenimiento. Todavía no está abierto al público y por lo que he entendido quiere probarlo antes, a puerta cerrada, con personas de confianza.

—No suena tan mal —declaro.

—Sí, bueno. Se trata de un *Escape room*. Uno de esos lugares en los que debes superar unas pruebas y desentrañar ciertas incógnitas para poder salir.

—Sé lo que es un *Escape room*. Son divertidos.

Carraspea.

—Es un *Sex escape room*.

Cierro los ojos asimilando la información.

—¿Y eso qué supone?

—Que no iremos —apostilla Jude. Se restriega una mano por la cara de forma cansada, como si el estrés de la semana comenzara a pasarle factura, y no fuera de capaz de soportar más.

—¡Genial! ¿Entonces elegimos la tortura en vez de la orgía?

—No será una simple orgía. Intentará rompernos.

—¿Son legales esos sitios? —le pregunto a Sean.

—Sí, siempre que los implicados firmen una autorización y eximan a los organizadores de toda responsabilidad.

—¿Hasta qué punto estoy obligada... a jugar?

—Hablamos de Michael. No os dejará salir sin un coste, aunque utilizará el daño psicológico más que físico. En cualquier caso, no estás obligada a mantener relaciones sexuales si no quieres o con quien no quieras. Eso sería completamente amoral e ilegal.

—Eso si realmente fuéramos voluntarios, pero no es así —añade Jude—. No creo que negarnos sea una alternativa probable. Detrás de toda esta maniobra, hay una advertencia, un ejercicio de intimidación —manifiesta buscando con sus ojos en mí que no estoy segura de tener—. No iremos.

Resoplo exasperada.

—Hace unos días amenazaste con encerrarme si no accedía a ir y ahora me vienes con estas, Jude. Un poco de sexo no va a asustarme.

Comienza a dar vueltas de un lado a otro como un león enjaulado; las ruedas en su cabeza dando vueltas; sus manos sobre su nuca. Me dispara una mirada dura y fría como si yo fuera la causante de su inquietud. Es exasperante. Su mandíbula se tensa y luego se afloja.

—Solo lo haremos con una condición —decide tras el largo y extenuante vaivén coreado de maldiciones y resoplidos—: No te separarás de mí en ningún momento ni te irás sola con ningún tipo de allí dentro, Brooke. Te esposaré a mi muñeca si es necesario.

Estoy segura de que encontrará fácilmente material para eso, allí dentro.

—No tengo inconvenientes con eso y, Jude —añado como si fuera necesario—, si eres tú el que me deja sola en algún momento, te cortaré los huevos.

—Muy bien —conviene Sean—, entonces las únicas indicaciones que ha dado es que tú lleves la misma minifalda que vestías aquella noche en su club.

Levanto las cejas desconcertada, tratando de hacer memoria.

—Era de cuero negro —me subraya Jude, sacando un pitillo a golpes de su

paquete.

Apenas fuma y son pocas las veces que le veo con un cigarro en la boca, así que supongo que está realmente afectado.

—Vale. Supongo.



Nos detenemos justo delante de la puerta que debemos franquear. Me pregunto qué tipo de debilidades busca Michael en Jude con este jueguito. Llevo la señalada falda de cuero, que según él enseña más de lo que oculta, junto a una recatada camisa blanca atada hasta el cuello para compensar.

—Recuerda someterte. Con Michael no funcionará la obstinación y la indocilidad. Cuanto antes le demos lo que quiero oír o ver, antes terminaremos con esto. Va a por mí, no a por ti, pero te utilizará como instrumento.

»Miente si es necesario, pero recuerda que él sabe leer la mente, es observador y si estamos los dos aquí es por un objetivo claro. Demostrar que me tiene cogido por los huevos y que si alguna vez más se la juego o le traiciono, me romperá completamente.

No te separes de mí y, Brooke, —hace una pausa— cuando salgamos de nuevo por esa puerta, olvidaremos todo lo que haya pasado ahí dentro.

—Asiento con la cabeza y por primera vez que recuerde no tengo ninguna réplica. Estoy tan nerviosa que me castañean los dientes como si el frío se hubiera alojado en mi espina dorsal.

Jude extiende su brazo hacia mí y me ofrece su mano abierta. Deslizo mis dedos temblorosos por su palma y dejo que mi mano se hunda en la suya. Realmente lo necesitaba para sentir que no estoy sola en esto. La aprieta para llamar mi atención y le miro como en una nube irreal. Asiento con la cabeza y lo toma como una señal de que estoy preparada.

Nos adelantamos y cruzamos la primera puerta, luego otra más y nos encontramos a un par de tipos ocultos con capas de color negro y máscaras venecianas más aterradoras que festivas.

El primero nos echa un vistazo detenidamente. Se acerca a mi cara y hace

el amago de olerme. A mí lado, Jude se tensa de manera visible, pero no dice nada. Hablaba en serio cuando decía que debíamos doblegarnos.

Los ojos del tipo se arrugan a través de la máscara, como si estuviera sonriendo, cuando mira a Jude. Saca de un cajón hojas y hojas, con consentimientos y cláusulas que eximen de toda responsabilidad a la organización, que me proporcionan más inseguridad que confianza.

Aportamos documentos sanitarios que acreditan que estamos limpios y no portamos ninguna enfermedad de transmisión sexual. Esa es la parte más fácil puesto que el propio Jude se encarga de que sus empleados se hagan rigurosos análisis con asiduidad. Hay un cuenco enorme y profundo con un montón de cuadraditos de plástico con condones como si fueran caramelos. Ambos lo ignoramos deliberadamente, por un lado porque no hacerlo nos comprometería a usarlos, por el otro porque estoy cubierta en ese aspecto por píldoras anticonceptivas.

Se nos adjudican dos nombres en clave: Venus y Adonis. Nos ordena desabrocharnos los primeros botones de las camisas que ambos llevamos, él negra y yo blanca, y sin miramientos ni refinamiento nos coloca unos electrodos en el pecho y la sien que nos monitorizarán la presión arterial, el ritmo cardíaco, la frecuencia respiratoria y las regiones cerebrales activas para descubrir si mentimos.

Estoy bastante familiarizada con el tema y sé que los detectores de mentiras no tienen validación científica, aunque supongo que toda esta parafernalia tiene una utilidad sugestiva en los participantes.

Cuando estamos preparados, el primer tipo hace una señal al segundo para que nos deje entrar por una tercera puerta. Allí nos encontramos en una habitación con una luz roja parpadeante bastante cegadora y molesta y con escenas candentes y muy ilustrativas en las paredes.

Avanzamos por un pasillo desierto y estrecho. Al fondo encontramos la salida.

De algunos altavoces ocultos suenan gemidos en distintos grados de excitación y palabras sueltas muy elocuentes como: «dame más», «no pares» o «hasta el fondo».

Jude se lanza hacia la enorme puerta tipo torreón que nos sacará de allí, y

al abrirla, sin resistencia, otra luz blanca y brillante nos deja cegados momentáneamente.

Debemos detenernos y cerrar los ojos para acostumbrarnos a la iluminación. Cuando conseguimos abrirlos, descubrimos una sala llena de espejos con diferentes asientos en color blanco inmaculado. Seis de ellos, ocupados por tres mujeres y tres hombres que nos miran con curiosidad.

Es una sala estrecha que enfrenta unas sillas contra otras con poco espacio para las piernas de sus ocupantes. A un lado de la estancia, destacan en un vivo carmesí un potro del amor, unos grilletes sobre la pared y otros artilugios más pequeños como vibradores descomunales, antifaces, látigos, bolas chinas y otros juguetes sexuales.

Trago saliva. Esto no puede estar pasando. Se siente irreal e incluso embarazoso.

Jude a mi lado mira en derredor, haciéndose con el lugar con más precisión que yo. Sus ojos se disparan al potro y a las ligaduras de seda. Lo siento inquietamente tranquilo y puedo adivinar que todo es fachada.

—Bienvenidos Adonis y Venus. Os esperábamos. Tomad asiento —ordena una voz, autoritaria y despótica, en off, desde algún lugar sin ningún tipo de cordialidad.

Me doy cuenta de lo nerviosa que estoy cuando ni siquiera soy capaz de reírme de esos alias tan ridículos.

Me acerco a un sillón blanco, que a simple vista parece bastante cómodo, y Jude lo hace en la silla con respaldo frente a mí. Debe soltarme la mano porque la distancia, de uno y otro, no nos permite hacer que esa maniobra sea cómoda, pero él parece reticente mientras se dedica a estudiar con mirada aterradora al resto de los participantes.

—No se os permite dialogar entre vosotros. Solo hablaréis para responder a mis preguntas. No hacerlo con sinceridad o negaros acarreará consecuencias para la persona que os acompaña como puede ser: elegir entre deshacerse de una prenda de ropa o una prueba que se decidirá el azar y saldrá en la pantalla que podréis ver cuando sea necesario. Sabemos lo suficiente sobre vosotros y sobre lo que os pregunto para adivinar si me mentís y los electodos harán también su parte. Bajo ningún concepto se os permite alcanzar el orgasmo o



eyacular. El incumplimiento de estas normas dará la actividad por inválida. La clave para salir estará en vosotros.

»Para algunos será un juego, para otros una tortura, pero todos descubriréis que se esconde tras esa línea que divide vuestros deseos más sórdidos y carnales de la cordura. Bajaréis al infierno de vuestro buen juicio donde las reglas y la moralidad no existen. Os gobernarán vuestros instintos más elementales. Recordad seguid solo mis indicaciones. Solo yo puedo cambiarlas. Empecemos.

Trago saliva fuertemente y cojo una bocanada hercúlea de aire, como si me preparara para aguantar la respiración. Cruzo mis ojos con los de Jude, pero lejos de tranquilizarme, su fijeza me inquieta. Es como si hubiera volcado toda su concentración en mí.

Sé que todo forma parte de una parodia para crear expectativa, pero en mi caso lo consigue y mi piel vibra con una quemazón que me muerde en el estómago y se dispara a todos los rincones de mi cuerpo.

Una gota de sudor resbala por mi espalda y las yemas de mis dedos hormigean. Mis nervios están tan agudizados que hasta el aire me produce caricias impúdicas.

El juego comienza con pequeñas preguntas comprometidas sobre las intimidades de cada uno que provocan sonrisas avergonzadas en nuestros compañeros: a qué edad se masturbaron por primera vez, cuántas veces lo hacen a lo largo de una semana, dónde y cómo. Intuyo que son parejas por la sonrisas cómplices y que están aquí en busca de nuevas emociones y voluntariamente.

No entiendo qué hacemos Jude y yo allí.

—Puede que a los doce —responde Jude con indiferencia mirándose las manos. Levanta los ojos hacia mí y sé que ambos estamos recordando lo mismo.

Confiesa que hay periodos de tiempo donde se masturba casi semanalmente y en otros menos. Sobre la cama o en la ducha. Trato de escucharlo con poco interés, pero una media sonrisa aflora en mi boca cuando detecto en su tono de voz lo incómodo que le resulta hablar de ello. Evito mirarle para no se sienta más coartado, pero cuando debe admitir cuál es su fantasía más recurrente al

masturbarse y enmudece, levanto los ojos hacia él con curiosidad.

No debemos hablar, así que trato de golpear su rodilla con la mía, pero él evita mi toque con brusquedad y esquivo mi mirada. No entiendo por qué simplemente no se inventa alguna absurdez. Al final, todo este juego está resultando bastante inofensivo.

—Tu silencio tiene una consecuencia para tu compañera. Ya no hay vuelta atrás.

—Venus, elige prenda o prueba.

Envío un gesto de fastidio a Jude y es cuando me doy cuenta de está completamente rígido. No parece estar pasando por uno de sus mejores momentos.

Elijo prueba con la intención de mantener mi ropa en su lugar el mayor tiempo posible.

En una de las paredes parpadea una pantalla plana que todos podemos ver a través de los espejos y se dibuja un sobre rojo del que surge teatralmente un papel escrito como si fuera un concurso de la televisión.

—Recógete la falda y abre las piernas.

Aparentemente, no resulta tan difícil. Tarde he recordado los grilletes de la pared, pero puede que solo sirvan de decorado. Hago lo que se me ha ordenado e hincó con fuerza los tacones de mis botas a los lados del asiento, revelando el encaje blanco de mis bragas.

Toda esta exhibición está desplegada para la persona que se sienta frente a mí y esa persona es Jude. Este traga enérgicamente saliva, provocando un profundo movimiento de su nuez en la garganta.

Me impresiona lo claros que resultan sus ojos con esta luz. Casi como si fueran cristales. Los clava en los míos muy consciente de que vigilo sus movimientos y evita bajarlos. Desviando su atención al techo, se recuesta sobre el respaldo de la silla; sin embargo, durante un segundo, su curiosidad le ha superado y su mirada ha recorrido el interior de mis muslos deteniéndose en el triángulo de tela expuesta.

Nunca me ha resultado bochornoso hablar de sexo. Forma parte de mi profesión. Y aunque no fuera así, soy muy capaz de reconocer que me gusta sin ningún tipo de pudor. Sin embargo, de alguna forma, en este escenario,

entiendo mejor la renuncia a responder de Jude. Se siente que estamos obligados a decir la verdad, a desvelar información muy íntima y que lo hacemos como si nos confesáramos a la persona que tenemos delante. Tal vez eso sea lo que más nos cohibe a ambos. No somos una pareja sexualmente activa como los demás.

—Venus, ¿cómo te masturbas y en qué o quién piensas?

Tomo unas cuantas respiraciones profundas, tratando de estabilizar mi ritmo cardíaco antes de responder y trato de ignorar que Jude es el principal receptor de mi revelación.

Me detengo en los pensamientos que realmente me abruman cuando estoy a punto de alcanzar el orgasmo. Imágenes de alguien tomándome por detrás con fuerza, un rostro indeterminado con una contundente verga, una lengua deslizándose por mi sexo, puede que incluso alguna mirada indiscreta de un tercero y confieso que a veces utilizo un vibrador o me restriego bajo las sabanas.

Soy consciente de que mientras hablo, mi sexo comienza humedecerse y de que Jude baja la mirada desde mis ojos a esa zona con una lentitud agonizante, como si luchara con ello. Esa acción conlleva una mayor lubricación. Estoy segura de que mis bragas probablemente están empapadas.

Me relamo los labios. Mi respuesta reflejo me empuja a cerrar las piernas inmediatamente, pero hay una emoción más profunda y visceral que disfruta de esa exposición, del poder de atracción que tiene sobre la mirada de Jude, del fuego que esa mirada extiende por mis venas.

Se dobla hacia delante y baja la cabeza. Esconde su rostro mientras coloca sus manos con los dedos cruzados sobre su pantalón, tratando de ocultar una excitación demasiado evidente.

Examino al resto de los participantes. Todos parecen relajados y disfrutan de las expectativas que el juego ofrece. Para ellos no es más que una travesura picante mientras que para nosotros, se está convirtiendo en algo que nos rodea y empieza a asfixiarnos.

Pese a que la serie de preguntas continúa y las respuestas parecen sinceras, ninguno consigue su libertad.

Una pareja se somete a una prueba y dos dados con dibujos y palabras aparecen de nuevo en la pantalla oculta, saltando y moviéndose irregularmente hasta detenerse en la palabra lamer y el dibujo de un pene.

Mi corazón da un vuelco. Esos podríamos haber sido nosotros si la prueba no hubiera sido distinta.

Las risitas nerviosas de los implicados en la felación rompen el silencio impuesto y el sonido de la cremallera al deslizarse hacia abajo o el roce de la tela parece amplificarse en el reducido espacio.

Evito que mis ojos recaigan sobre un acto tan íntimo, pero puedo percibir cada movimiento a través del ángulo de mi visión, el ruido como un chapoteo de la succión de la boca, el quejido cargado de excitación del hombre.

Les observo ligeramente, es algo que escapa a mi control. La peculiaridad de la situación me aturde, pero vuelvo a ignorarlos cuando la reacción de Jude me parece que puede ser más interesante.

Él rechaza mirarlos. Su cara sigue oculta y sus ojos se clavan en el suelo. Me pregunto si ha considerado que esa es una prueba que puede fácilmente tocarnos. Estoy segura de que la naturaleza de este juego ya no tiene nada de inocente.

Transcurre poco tiempo aunque mí me parece interminable hasta que la voz anuncia que es suficiente.

—¿A quién de los presentes te gustaría darle sexo oral? —pregunta a otro participante masculino que responde al seudónimo de Hades.

—A ella —me señala el tipo a mi lado.

Instintivamente cierro las piernas y Jude se tensa de forma inmediata, incorporándose y clavando una mirada peligrosa en el tipo que acaba de hablar.

—Venus, desobedecer tiene penalización.

—Ha sido algo involuntario —me defiendo.

—No se puede hablar. Doble penalización para ambos. —Me muerdo los labios y él mueve la cabeza imperceptiblemente para tranquilizarme—. Elegid prenda o prueba.

Ambos elegimos prenda probablemente intimidados por los posibles resultados de esos dados.

—Venus, quítate las bragas y vuelve a abrir las piernas. Adonis, tú deshazte de los pantalones.

Cierro los ojos unos segundos, asimilando la nueva situación.

Jude es el primero en levantarse con parsimonia. Como si nos moviéramos a cámara lenta, comienza a desabrochar sus tejanos. Nuestras cercanas posiciones, logran que mis ojos acompañen cada movimiento de sus dedos de forma privilegiada. Revela sus *boxers* y estos se ajustan sobre su erecto miembro sin poder disimular su excitación y lo duro que está.

Se deja caer pesadamente sobre su asiento y se deshace con brusquedad de la prenda, calzando de nuevo sus botas desabrochadas. Se apoya de forma desmadejada sobre el respaldo con las piernas ligeramente separadas y las manos cruzadas sobre lo que ya no puede ocultar.

Tomo unas cuantas respiraciones profundas tratando de apaciguar mi ritmo cardiaco. Me incorporo y debo subir la falda para introducir mis pulgares en la cinturilla de mis bragas para deslizarlas por mis piernas. Al igual que han hecho los míos, los ojos de Jude persiguen mis movimientos. Aprieta los labios y noto sus manos temblar como si las estuviera reteniendo y eso supusiera un enorme esfuerzo.

Vuelvo a tomar mi lugar en el sillón y abro las piernas exponiendo mi sexo, la humedad que impregna mis muslos e incluso puede que el doloroso palpitar de mi clítoris cuando su mirada se desliza entre mis piernas.

Aprieto los ojos, pero detrás de los párpados me persigue su mirada vívida, penetrante, y la tormenta que se está desatando en ella seca mi garganta. Trago varias veces saliva fuertemente. Mientras los demás juegan, un sobre obliga a una mujer a recibir azotes sobre su desnudo trasero y el azar de unos dados decide que un hombre bese la oreja de su pareja. Eso me tranquiliza. No todas las pruebas parecen tener una enorme carga erótica.

Hace rato, que los ojos de Jude y los míos no se cruzan, y no somos capaces de enfrentarnos el uno al otro. Siempre ha habido unas reglas muy específicas sobre lo que se nos estaba permitido hacer y lo que no. Hay un papel que asegura que somos hermanos y mis padres han enterrado esa idea en mi cabeza como el estribillo de una canción pegadiza que no deja de perseguirme. Por si fuera poco, Jude es Jude: complicado, despectivo,

beligerante y odioso en multitud de ocasiones, así que por eso y otras razones, me obligo a apagar mi corazón cuando una de sus miradas lo desbocan. Solo debo recordar dónde está ese interruptor que parece jugar al escondite conmigo.

—Dime, Adonis, ¿hace cuánto tiempo que deseas tirarte a tu hermana?

—pregunta la voz agresivamente, sacándome de mi estupor.

Mi corazón da un vuelco y siento las miradas asombradas e incluso de censura del resto de los participantes.

—No es mi hermana —responde apretando los dientes con la mandíbula completamente tensa y un musculo vibrando en su mejilla.

—Esa no es la respuesta adecuada. Elige prenda o prueba, Venus.

Elijo prueba porque no quiero quedarme sin la falda y se abre un sobre. Casi respiro aliviada porque por alguna razón me he auto convencido de que estos no son tan amenazantes como los dados.

La salida del papelito con el reto escrito me parece que se eterniza, aumentando mi pulso con cada segundo de espera.

—Venus siéntate sobre Adonis. Lo harás de cara a él, con las piernas extendidas a cada lado y centrada. No es válido hacerlo sobre un muslo o las rodillas.

Mis ojos se disparan hacia él, buscando una sola o pequeña señal que me obligue a detener esta locura, una renuncia, alguna objeción, pero él parece perdido en su propia lucha personal. Oculta su cara tras sus manos y baja la cabeza, evitando mirarme.

Vuelvo a sentir esa descarga eléctrica extendiéndose por mi piel y agudizando mis sentidos.

Muerdo mi labio sin fuerzas para ocultar una genuina cara de espanto. Toda mi concentración está enfocada en soportar una agitación que comienza a resultar insoportable e incontenible.

—El tiempo corre —me avisan los altavoces ocultos.

Veo mi imagen en el espejo tras Jude: pálida, sudorosa e incluso descompuesta.

Me levanto y me acerco a él. Pongo una mano sobre su hombro que parece quemarle, coloco mis piernas rodeando las suyas, ligeramente abiertas, antes

de dejarme caer sobre él con suavidad.

Los dos gemimos torturados cuando su pene encaja en mi hendidura con la tela de sus *boxers* como única barrera. Vuelca su mirada en mí cargada de una necesidad tan primitiva que me roba el aliento.

—Brooke —susurra cerca de mi oído con un tono cargado de súplica.

—No se permite hablar —interrumpe la voz—. Venus, elige penalización de nuevo.

—Prenda —respondo con voz temblorosa.

Mi mente está apagada. Solo siento el pene duro de Jude presionando por una salida o una entrada en mi sexo.

—Deshazte de la camisa —me ordena.

—No dejaremos que esto nos rompa, Jude. Recuerda: lo que ocurra aquí, aquí se queda —digo precipitadamente antes de ser interrumpida mientras obedezco y suelto los botones de mi prenda, consiguiendo que el movimiento nos torture aún más.

—Nos habéis salido muy charlatanes. Adonis, elige prenda o prueba.

—Prenda —responde sin aliento. Está haciendo un enorme esfuerzo para mantenerse quieto. Lo sé porque mis caderas también pugnan por moverse, por sentirle más fuerte y por calmar esa sed que parece agonizar entre mis piernas.

—Tu camisa, Adonis. Otra insubordinación y os desnudaréis completamente.

Enmudecemos con demasiadas cosas por decirnos. Palabras que con probabilidad no vuelvan a surgir de no ser expresadas en ese momento.

Entierro mi cara en su cuello cubierto de una fina película de sudor y mis manos se cuelgan de sus hombros, provocando un apretado abrazo que nos protege y oculta al mismo tiempo el uno del otro.

Me muevo inconscientemente y provoco que la punta de su glande golpee mi clitoris a través de la tela de sus *boxers*. Retengo un gemido, pero su quejido llega hasta mi oído como un lamento en una lucha perdida.

Sus dedos se cuelan por debajo de mi falda, agarran mis nalgas desnudas y me ciñen fuertemente contra él. Mis caderas se mueven y la humedad de mi entrepierna empapa la fina tela que nos separa de esta locura.

Levanto la cabeza para estudiar su reacción. Aprieta los labios y clava sus

ojos cristalinos completamente abnegados en capas y capas de tortuoso deseo en los míos como si me pidiera permiso. No obtiene resistencia y vuelve a presionar mis nalgas para volver a deslizarme a lo largo del tallo de su grueso sexo.

Puedo notar la bola de metal en la punta, acariciando mis labios y presionando a través de la tela en la entrada a mi cavidad.

—No se os permite acabar —apuntala la voz— Eso traerá consecuencias graves como la división de la pareja.

Pongo una mano sobre su pecho para frenarle y él se detiene, refugiando su cara en mi pecho como si buscara consuelo.

Las puntas de su pelo en la nuca, donde pongo mi otra mano, están empapadas de sudor. Su aliento entrecortado y agitado llega hasta la parte superior de mis senos donde la fina seda no llega.

—Dime, Venus, ¿desde cuándo fantaseas con tirarte a Adonis?

—Desde que le sorprendí masturbándose —respondo mojándome los labios.

Yo contaba dieciséis años entonces y Jude llevaba cuatro años con nosotros. Estaba a punto de cumplir los dieciocho y dejarnos, aunque en ese momento yo no lo supiera. Entré en su habitación, aunque lo tenía terminantemente prohibido, porque creía que él había cogido mi reproductor de música. Me lo encontré sobre la cama totalmente desnudo con la mano rodeando su pene.

Me quedé quieta en el umbral de la puerta, observándole, consciente de los muchos cambios de su cuerpo desde que éramos más niños. Él tampoco se movió. Se quedó congelado. Creí que se ocultaría o trataría de disimular, pero me miró fijamente sin ninguna clase de pudor. La curiosidad, el asombro y otras emociones más intensas clavaron mis ojos en esa escena cuando comenzó a mover de nuevo la mano sobre el tronco de su polla sin que sus ojos dejaran los míos. Lo bebí todo de él: la curva de sus labios entreabiertos, los músculos de su abdomen y como se flexionaban, el ronco jadeo cuando se corrió, el líquido derramándose desde su miembro sólido y considerable.

Una parte de mí está convencida de que esa confesión nos abrirá las puertas, que toda esta prueba trata sobre avergonzarnos y abochornarnos,



dejándonos confundidos con nuestros sentimientos. Las manos de Jude se mueven hasta mi cintura y me hacen cosquillas por mi espalda. Un gesto tan lleno de ternura que me deja sin respiración.

—Dime, Adonis, ¿te gustaría experimentarlo al revés? ¿Qué fuera ella la que se masturbara para ti?

Aprieta los dientes al límite de su resistencia, con la ira explotando tras sus ojos.

—¡Joder! ¡Sí! ¡Claro que sí! —maldice exasperado.

Lo siento como una bomba a punto de reventar. El deseo y la excitación nos mortifican. Nuestros sexos arden y gritan que les demos lo que necesitan. Este ansia no satisfecha es un tormento que nos abochorna, pero nos ciega hasta el punto de hacernos olvidar quiénes somos o qué somos el uno para el otro, o no, tal vez lo que hace es remover nuestras emociones, haciendo que afloren nuestros verdaderos anhelos como los posos del café saltando y flotando en un líquido ardiente y denso recién añadido.

—¡Hazlo, Venus!

—¿Qué? ¡Ha contestado con sinceridad! Las reglas dicen...

—Las reglas dicen que yo puedo cambiarlas a conveniencia y que tú solo puedes hablar para responderme. Elige prenda o prueba primero.

—Prenda —respondo con un suspiro impaciente. Lo que menos me importa ahora mismo es quedar completamente desnuda.

—Quítate el sujetador y haz lo que te he ordenado.

Me desabrocho los corchetes y dejo caer la prenda, por delante, ante los ojos inquisitivos de Jude.

Se moja los labios y su pene encajado en mi cuerpo se mueve involuntariamente. Me rodea con los brazos estrellando mis senos contra su pecho, ocultándolo de miradas indiscretas. Yo ya ni siquiera me acuerdo que no estamos solos. Para mí solo existimos él y yo y la voz de nuestro verdugo.

Deslizo mi mano entre los dos y alcanzo mi clítoris rozando con el dorso de la mano el sexo vivo de Jude.

Mi gemido suena a sollozo, su jadeo a quejido. Sus caderas se adelantan buscando ese alivio prohibido y que nos mantiene en un estado doloroso y martirizante.

Apenas un toque y siento que comienza a formarse un orgasmo interminable y demencial.

—Brooke, me estás matando —me susurra él con voz queda. Estamos tan estrechamente apretados que parece que su infracción ha pasado desapercibida.

—Basta —ordena la voz.

Me detengo, pero mi mano queda atrapada entre los dos. Estoy tan cerca de encontrar ese ansiado alivio y terminar con esta tortura que ya no me siento capaz de pensar con cordura.

La polla de Jude presiona hacia mi interior como si pudiera evitar o romper la barrera que imponen sus *boxers*. Soy tan rápida al bajárselos y liberar su sexo que ni siquiera sé si lo he hecho bien, pero mis dudas son resueltas cuando se empuja y me llena de un solo movimiento. Nos quedamos quietos, temblorosos, excitados y expectantes como si hubiéramos conseguido culminar la cima más alta e imponente del mundo.

Ni siquiera nos damos cuenta de que el turno de preguntas llega a Jude hasta que la voz repite su alias hasta tres veces.

—Adonis, ¿por qué huiste de tu familia de adopción? —pregunta con voz incisiva y rotunda.

Ni siquiera nos sorprende esa pregunta. Tal vez porque el deseo nubla nuestro juicio o asumimos que lo saben todo de nosotros, posiblemente más que el uno del otro. No obstante, esa respuesta me interesa. Necesito conocerla.

Me fijo en la expresión de resignación de Jude, como si asumiera que está acabado y realmente han conseguido romperle. Es inútil cualquier resistencia a responder con sinceridad y lo hace con pesar:

—Porque deseaba a mi hermanastra con todas mis fuerzas —revela. Apoya su frente a la mía como si quisiera que esas palabras solo fueran escuchadas por mí—. Sabía que era inalcanzable y estaba prohibida para mí y verla con algún gilipollas que no la merecía, era una tortura, pero, sobretodo, no quería traicionar a las personas que habían procurado darme una oportunidad y tratado como un hijo.

Su confesión me impacta, me trastorna, me toca tan profundamente que a

pesar de mis esfuerzos no logro apaciguar la emoción que abrasa mi pecho. Mi boca se desliza por el contorno de su cara mientras mis manos aprietan sus hombros. No soy capaz de detener el contoneo de mis caderas. Tengo su polla dentro de mi vagina y la bola de su *piercing* roza mi punto g, volviéndome loca.

Lo ronda de preguntas me salta y la esperanza de que esa respuesta nos abra las puertas se deshace, sustituida por la promesa de que lo que ocurre en nuestros cuerpos enlazados.

Las manos de Jude, vuelven a mis nalgas con fuerza y me empuja firmemente haciéndome cabalgar sobre él. Nuestros rostros se arrullan entremezclando alientos, pero sin poder culminar ese deseo de juntar nuestras bocas.

Rozo mi clítoris contra su pelvis y el movimiento es acompañado por sus caderas, subiendo con discreción y apuntalando su miembro en mi interior con firmeza. Ese movimiento me tiene al borde de nuevo. Contengo la necesidad de montarlo salvajemente y vuelvo a impulsarme hacia arriba y hacia abajo, buscando profundizar su penetración. El *piercing* vuelve a rozar las paredes de mi sexo y el orgasmo se dispara sacudiendo todo mi cuerpo y apretando el miembro de Jude. Contengo los gemidos que amenazan con delatarme, mordiendo su hombro. Mi propio final provoca el fin de su resistencia y se corre con un profundo gruñido que surge ronco y áspero desde su pecho.

Nuestros cuerpos tiemblan y el cansancio nos gobierna como si hubiéramos librado la peor batalla de nuestras vidas. Nos hemos dejado arrastrar por esta vorágine de deseo sin pensar en las posibles consecuencias ni dentro ni fuera. Nos gobernaban dos animales salvajes en busca de un alivio arrastrado durante años.

Nos abrazamos con firmeza, inmóviles, desorientados. Mantengo los ojos fuertemente cerrados aislando el resto del mundo del pequeño hábitat que hemos creado entre los dos. Un lugar donde lo único importante es lo que nos hemos hecho sentir sin voces en off, sin compromisos exteriores ni remordimientos, hasta que algo golpea mi cabeza. Miro hacia arriba confusa y me encuentro con una reluciente llave colgada de un brillante lazo rojo desde una compuerta abierta en el techo.

Un papel la corona con un claro mensaje:

«Enhorabuena. Esta es la llave de vuestra libertad».

La cojo con dedos temblorosos, apenas recuperada de la descarga de adrenalina que todo aquello me ha provocado. La desato y es ese momento cuando Jude, al tanto de todo, reacciona. Recoge del suelo la ropa caída y coloca la camisa sobre mis hombros antes de ayudarme a levantar y recolocarse él mismo.

Miramos alrededor y vemos la puerta oculta hasta hace breves momentos. La alcanzamos sin mirar atrás y sin perder tiempo en vestirnos. La abro y entramos en una sala con vistas directamente a la calle desde un portón abierto.

Jude se pone los pantalones y su camisa de forma descuidada. Termino de vestirme y salimos al exterior con prisas. Ansiosos por dejar atrás todo aquello.

El líquido de su eyaculación resbala entre mis piernas mientras camino, y el silencio se instala en nosotros como una consecuencia más de este juego diabólico que no solo nos ha roto, nos ha tenido flotando en el borde de un abismo que siempre logramos ignorar.

Y, desde el principio, lo que debíamos hacer para salir de allí era follar.

—¿Por qué? —pregunto porque necesito saber antes de apartar el tema y no volver a sacarlo.

Le oigo exhalar con fuerza y pienso que no me va a contestar, pero me equivoco.

—Porque no pude ocultar que me afectabas cuando te vi en ese club y él comprendió que eras importante para mí. Ese es el motivo de que te obligara a ponerte esa falda, para que yo comprendiera que él lo había descubierto. —Es una información incompleta, pero asiento con la cabeza, pese a que no nos miramos y es posible que no vea mi gesto—. Ya se ha acabado, Brooke. Deja que te lleve a casa.

Le sigo hasta la moto aparcada en la calle paralela, pasando por distintos clubs de striptease y de dudosas propuestas de ocio.

Me deslizo a su espalda tras colocarme el casco y me sujeto a su cintura como si ese gesto tan trivial, que he realizado en miles de ocasiones, hubiera

perdido toda su inocencia y ya no me resultara cómodo.

Engancho los dedos flojos a su chaqueta y él echa un vistazo impaciente hacia atrás.

—Sujétate bien —me ordena.

No pasa mucho tiempo hasta que llegamos a mi urbanización. La observo como si perteneciera a otro planeta completamente distinto del que hemos salido. Un planeta muy alejado del sexo retorcido y obligado que surge de ese submundo delictivo en el que él está envuelto y que nos ha arrastrado a esa situación límite y descontrolada.

El mismo Jude parece fuera de lugar, allí, con su actitud peligrosa y su apariencia de extrarradio.

—Gracias por traerme. —Es lo único que se me ocurre decir cuando se detiene junto a los jardines y le tiendo el casco tras bajarme del vehículo. Al hacerlo me doy cuenta de lo absurdo que resulta. No tengo nada que agradecerle.

—¿Estás bien? —se atreve a preguntar.

Lo pienso bien antes de responder. Acabo de tener la sesión de sexo más extraña de mi vida, a escondidas, dejando salir mis emociones más primitivas e intensas, delante de desconocidos y con él, pero acordamos no hablar de ello y olvidarlo.

—Estoy cansada —contesto y lo cierto es que ha sido tan intenso que ha agotado todas mis reservas de energía.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar hacia la entrada de mi casa.

—¡Mierda! ¡Brooke! ¡Espera! —le oigo despotricar, pero le ignoro y comienzo a correr hacia la puerta.

La llave entra a la primera y me cuelo por el vestíbulo, dejando a Jude atrás.

Me apoyo en la pared y trato de recuperar la respiración. Estoy en shock. Esa es la única explicación a mi comportamiento. Aún no he tomado conciencia de todo lo que ha ocurrido y debo asimilarlo antes de poder enfrentarme a ello.

## CAPÍTULO 7

### *Me muero por un beso*

Me disgusta echar la vista atrás. Sé que he cometido cientos de errores, muchos de ellos irreparables, pero no permito que me persigan. Sé reconocerlos, pedir perdón, corregir faltas y solventar alguna que otra situación desatinada en su momento justo, pero me niego a retroceder martirizándome con lo que no se puede cambiar. Lo máximo que puedo hacer es intentar aprender de ellos y tratar de no volver a cometerlos, pero ni siquiera puedo estar segura de eso. Hartarme de pensar en que debería haber hecho esto o no aquello en vez de aquella decisión incorrecta, me parece un ejercicio inútil. He llegado hasta aquí gracias a cada uno de los aciertos y desaciertos adoptados y no me ha ido tan mal. Tendemos a creer que nos podría ir mejor y deseamos que así sea, olvidando la suerte que hemos cosechado por el camino. Mis errores y decisiones me han hecho más fuerte y me han convertido en lo que soy, por no hablar de esos desaciertos que vuelven mi vida un poco más afortunada.

Tengo claro que otras decisiones u otros caminos no me hubieran llevado hasta aquí y mi vida hasta ahora ha sido muy gratificante.

Lo ocurrido con Jude puede que sea un error. Él sigue siendo esa persona de mente brillante, pero actitud de mierda, complicado e indescifrable; sin embargo, no puedo arrepentirme de lo que ha ocurrido entre nosotros. No forma parte de mi estilo.

No es mi hermano biológico ni nos hemos criado juntos y tampoco somos ya unos adolescentes confusos que debemos dar explicaciones a unos terceros de lo que hacemos.

—Buenas tardes —saludo a Megan cuando entro en el estudio—. ¿Puedo ver el horario de citas de hoy?

—No soy tu secretaria. Puedes imprimirte tú misma la planificación —me responde, saliendo del mostrador para largarse lo más lejos posible de mí.

—¡Qué sepas que en el fondo te aprecio! —le grito cuando veo

desaparecer su rojo pelo por las escaleras del fondo donde se cruza con Adam caminando en sentido contrario.

Me cuelo detrás del mostrador y busco en la base de datos la hoja con mis citas de ese día. Le doy al botón de imprimir y mientras espero, Adam se acerca.

—Ya veo que seréis grandes amigas.

Me rio.

—No sé. Me lo pone muy difícil.

Dibuja una sonrisa tirante y afable.

—Oye —comienza tras una larga pausa—. Nunca me comentaste nada sobre mi propuesta de las fotos.

La providencia hace que en esos momentos Jude pase por detrás de nosotros y nos eche un vistazo rápido que podría interpretarse como curiosidad sino fuera por el hielo de su mirada. Sale de la habitación de suministros y se queda apoyado en el marco de la puerta revisando unas hojas.

Apenas reconoce mi presencia y tampoco me concede un saludo de cortesía, así que yo hago lo propio.

—Cierto —le respondo a Adam—. Pero eso ha sido tu falta no la mía. No creo haber cruzado ni dos palabras contigo desde el día que visitamos tu exposición.

—Lo sé. No manejo bien la frustración. Es una tara común en los artistas.

—No es mi problema, Adam.

—¿Es eso un no?

—No del todo. Es un «ya veremos».

Le respondo con una sonrisa que me devuelve mientras salgo del mostrador y me encamino a mi lugar de trabajo.

—Buenas tardes —saludo a Jude al pasar a su lado.

Levanta la mirada, pero no recibo respuesta aunque noto que sus ojos me siguen hasta desaparecer.

Encuentro la puerta del habitáculo abierto y me llevo un susto de muerte cuando me encuentro a Megan sentada en la camilla con la larga melena hacia delante como si fuera la chica de *The ring* recién salida del pozo.

—¡Dios santo! Por poco me da un infarto.

—No cuentes conmigo para el boca a boca.

Me ahorro la explicación en la que le aclaro que muchas veces el boca a boca detiene el masaje cardíaco continuo, que es primordial en el caso de los infartos.

—Tomo nota. ¿Qué quieres, Megan?

—¿Es que no has leído siquiera tu cuadrante?

Levanto mi hoja y veo que a esta hora tengo concertado un *piercing* en un pezón, claro que sin el nombre del cliente.

—¿Quieres que yo te ponga un *piercing* en el pezón? —pregunto incrédula.

—Mira, odio las agujas. Mi relación con ellas ha sido un poco... En realidad, no es de tu incumbencia, pero les tengo pavor. Tú eres enfermera y eso me da un poco... más de seguridad.

—Vale. Lo entiendo. No, en realidad no lo hago. ¿Por qué hacerlo si tanto te atormentan?

—Tengo el pezón invertido. Me han dicho que un *piercing* puedo corregirlo.

—No todos los pezones pueden ser perforados. Hay tres grados de variabilidad. En el tercero no es posible.

—No me jodas, rubita. He puesto mucho esfuerzo, tanto o más esperanzas y he tenido que dejar la dignidad a un lado para pedirte esto.

—El endiosamiento más bien.

—Tú eres la única que ha llegado a este estudio cargada de arrogancia y suficiencia.

—Las percepciones que nos hacemos de los demás a primera vista están muy lejos de mi especialidad, pero tienen un estudio muy detallado que tal vez te interese.

—¿Lo ves? Te crees mejor que los demás.

—Compararme con otras personas requiere un tiempo del que no dispongo y aunque lo tuviera no lo desperdiciaría en eso. Te estás equivocando de lleno si crees que yo me dedico a juzgar a los demás o formarme criterios despectivos.

—¿Lo ves? ¿Es que no puedes hablar normal?

—¡Estoy estudiando! Me leo al día unas 300 páginas de textos llenos de



palabras técnicas y cultivadas, es lógico que surjan en mi boca las palabras que llenan mi mente. Es «normal» que hable así.

—Pues pareces una pedante.

—Enséñame el jodido pezón.

—Ahora hablas mi idioma.

Se levanta el top adornado de pedrería que lleva puesto y descubre su pecho derecho.

—¿Solo este es invertido?

—Sí.

Efectivamente, parece un pequeño ombligo umbilicado. Manipulo la aureola y el pezón sale al exterior; sin embargo, se retrae de inmediato.

—Es de grado dos, así que podemos intentarlo.

—De acuerdo —responde blanca como el papel.

—Túmbate, Megan.

El *piercing* en el pezón es bastante molesto cuando se hace, aunque una vez realizado no importuna nada. Me pongo los guantes y saco de sus cubiertas la aguja americana de calibre pequeño, los fórceps y la pinza mosquito.

—No sé si estoy preparada. Creo que ha sido una mala idea. Me están entrando sudores.

Lubrico muy bien la aguja americana. Tendrá que ser muy rápido y antes de que ella se deshaga.

—Deja que compruebe algo antes —le engaño atrapando el pezón con los fórceps y tirando suavemente de él para poder sacarlo.

—¿Hay algo más que tengas en mi contra, además, de mi arrogancia y mi forma de hablar? —le pregunto para distraerla más que por verdadero interés en su respuesta.

—¿Te has tirado a Adam?

—No, ¿y tú?

—¿A Sean, a Frederick?

—No, ¿y tú? —vuelvo a negar y le perforo el pezón limpiamente, evitando la aureola para que no se produzcan malformaciones o bultos indeseados.

—¿Y a Jude?

Deslizo el aro en la aguja y la saco limpiamente.

—Ha quedado perfecto. Solo me queda enroscar la bola.

Enmudece dos segundos y levanta la cabeza para poder vérselo.

—Lo has hecho —comenta anonadada—. ¡Joder! Queda perfecto.

Utilizo la pinza mosquito para cerrar el aro y le comunico que ya está listo.

Parece conmocionada. Le recito las indicaciones usuales para el cuidado del *piercing* mientras se incorpora y se arregla la ropa.

—¿Por qué no me preguntas si me he acostado con Jude?

—Porque él me dijo que no.

—¿Y te crees todo lo que te dicen los tíos?

—En realidad, no me importa con quien te acuestas.

—Excepto si fuera él. No me trago que vuestra relación sea enteramente fraternal y no soy tonta; es la única respuesta que no me has dado.

—Solo te seguía la corriente para distraerte. En realidad, no tengo por qué darte ninguna explicación. De nada, Megan. Si tienes algún problema con el *piercing*, ya sabes dónde encontrarme.

Se desliza de la camilla y sale de mi zona de trabajo, echándome antes un vistazo. Parece que va a decir algo, pero finalmente desaparece en silencio.

Me dedico a recoger y desechar el material utilizado cuando suenan unos nudillos en mi puerta. Es Sean.

—¿Cómo estás?

—Bien —contesto suspicaz.

—Vale. Deduzco que os habéis puesto de acuerdo para no contar nada de lo que ocurrió, pero quería saber si realmente estabas bien.

—Sí, Sean. Estoy bien.

Me observa detenidamente y cambia el peso del cuerpo de pierna.

—Jude está más reservado de lo normal.

—¿Es eso posible?

—Al parecer sí.

—Pues eso lo tendrás que hablar con él.

Me mira como si acabara de decir el mayor disparate del mundo. Se acerca y comienza a revolver entre mis cosas distraído.

—Es muy fácil perderle y complicado mantenerlo o recuperarlo, pero eso tú ya lo sabes.

Esas palabras me hacen reflexionar seriamente sobre la relación que mantienen ellos dos. Está claro que a Sean le importa mucho Jude. No obstante, tengo una idea clara de lo que quiere decirme.

Vuelvo a reparar en él, en su aspecto y su edad que debe rondar una cifra indeterminada entre los 30 y los 35.

—¿Tienes familia, Sean?

—No, no la tengo o al menos ninguna a la que pueda sentirme cercano. Ya sabes, otra de esas tristes historias de desamparo que copan las estadísticas.

Asiento con la cabeza sin tratar de indagar mucho más. Entiendo por qué Jude se encuentra más cómodo aquí y entre estas personas. En este lugar, no lleva el estigma del chico adoptado y problemático; es uno más y su vida no difiere mucho de la gente que le rodea.

Una chica aparece en el umbral de la puerta y Sean debe despedirse y cerrar tras él.



Es viernes y acabo el día con un *piercing Third eye* con una barra *barbell* entre ceja y ceja, una herradura en un labio y un listón curvo en el ombligo.

Cuando dispongo de un rato libre, saco mis apuntes y me dedico a estudiar, por lo que la tarde acaba mucho antes de lo previsto. Me doy cuenta de que no he salido de la habitación, práctica que he ejercido durante toda la semana.

En realidad, puede que haya sido adrede. Llevo mal los encuentros con Jude. Resultan violentos y espinosos.

Me he cruzado en varias ocasiones con él y he tratado de actuar con la mayor naturalidad posible, pero sus ojos cada vez se volvían más lacerantes y fríos al mirarme.

Después de mi última cita, recojo todo el material y dejo el habitáculo lo más ordenado posible, cierro mis apuntes y cojo mi bolso con la intención de salir volando.

Me tropiezo con Frederick en el estrecho pasillo y me saluda cordialmente.

—Has estado muy ocupada.

—Aprovecho el tiempo libre para repasar mis anotaciones de clase.

—A veces se me olvida que eres una estudiante. Podrías dedicarte a esto, se te da bien.

—Brooke aspira a cosas más grandes. Esto es exiguo para ella —arremete Jude detrás de nosotros.

—Te equivocas, lo único que he hecho es marcarme unos objetivos que, al menos, trato de cumplir.

—A mí lo que me parece es que tratas de demostrar algo y ganarte la aprobación de alguien... aún —apuntilla.

—Y a mí lo que me parece es que crees conocerme más de lo que realmente lo haces.

—Lo cierto es que hay poco de ti que no conozca ya.

Freno en seco y me vuelvo a mirarle lentamente.

—Ni de lejos sabes todo de mí, pero ¿en serio quieres hablar de esto aquí y de esta manera?

—Por supuesto que no. Es mucho mejor ignorarlo y esconderse.

—Me parece que sobro por aquí —comenta Frederick, pero Jude nos traspasa sin contestar y desaparece por las escaleras—. ¡Vaya! Eso ha sido un poco intenso.

Yo también le paso malhumorada. Jude es único arruinando mi buen humor. Ahora se comporta como si estuviera ofendido cuando él fue el primero en decir que olvidaríamos lo que pasara allí dentro.

Y puede que sea lo correcto porque todo se sintió demasiado irreal y forzado. No es lo que yo llamaría sexo saludable.

Como todas las semanas, la mesa de la entrada rebosa de pizza y cervezas. Me acerco y me dejo caer sobre el sofá, airadamente, dispuesta a demostrarle a Jude que no me escondo. Al mismo tiempo, él también lo hace sin que ninguno nos demos cuenta de las intenciones del otro. Eso nos encaja en el sofá mano a mano, muslo a muslo y hombro a hombro, más tensos que un cielo oscuro y encapotado antes de una tormenta eléctrica.

Empujo su rodilla con la mía para abarcar más sitio. No entiendo por qué tiene que sentarse como si necesitara un enorme espacio entre sus piernas. Sé que lo que tiene por esos lares tiene un tamaño considerable, pero no le matará

apretarse un poco los huevos.

Mi acción produce el efecto contrario y reduce mi espacio, atropellando literalmente mi muslo con el suyo.

Le echo un vistazo, pero me ignora como si el tema no fuera con él.

Apoyo mi codo sobre la parte superior de su pierna y apoyo todo mi peso sobre él cuando me inclino para alcanzar una botella de cerveza de la mesa.

Golpea la cara interna de mi brazo hacia fuera y eso estrella mi cara en su regazo. Abro la boca y le clavo los dientes ahí mismo con fuerza.

Profiere un grito que más parece una queja malhumorada que un aullido de dolor.

—¿Es la tercera vez que me muerdes! ¿Cuál es tu problema?

—¿La tercera? —oigo murmurar a Sean con curiosidad.

Pero ninguno de los dos tiene la atención en los demás. Me dirige una mirada severa y yo se la devuelvo incorporándome y poniéndome a su misma altura.

—¿Cuál es el tuyo? ¿No puedes dejarme un poco de espacio?

—¿Más espacio del que te he dado? Porque no he hecho otra cosa.

—Bonita analogía —reconozco comprendiendo que él no se refiere a lo mismo que yo—. ¿De verdad quieres hablar de ello?

—Sí —responde con determinación. Luego mira al resto y su evidente interés en nuestra conversación y se levanta, me coge del brazo y tira de mí hacia las escaleras.

Nos encierra en la habitación donde él trabaja y se apoya en la puerta con los brazos cruzados y una actitud beligerante de la que yo tampoco soy capaz de deshacerme.

Ahora que estamos aquí solos y dispuestos a hablar parece que las palabras no salen.

—Lo que has dicho antes ha estado fuera de lugar.

—Lo sé, pero ha funcionado. Estás hablando conmigo, aunque sea enfadada.

—¿Sabes, Jude? Nada de esto hacía falta. Solo tenías que llamarme por teléfono para tomar un café y podríamos haber hablado si tanto querías. Me echas la culpa a mí de algo que tú mismo has hecho.

—Te llamé ese mismo día y saliste huyendo.

—¡Y tú dijiste que no hablaríamos de ello!

—¡No sabía una mierda sobre lo que iba a ocurrir! Llevas años recriminándome la forma en que me largué y cuando al fin tienes la maldita respuesta, enmudeces.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—Éramos unos críos. ¿Qué podríamos haber hecho? En el mejor de los casos, si tú hubieras sentido lo mismo, nos hubiera condenado a reprimirnos u ocultarnos y después de aquello, de ese día en que te quedaste mirando cómo me masturbaba, sabía que no sería capaz de frenarme si seguía a tu lado y no podía hacerles eso a tus padres, Brooke.

Su mirada se clava en mí de manera directa y desafiante como si esperase que yo le contradijera, pero me quedo sin palabras.

Mi corazón golpea mi pecho y soy consciente de que la pelota está en mi tejado, pero las palabras parecen mezclarse y difuminarse cuando llegan a mi garganta y no soy capaz de hablar. Para mí es algo más nuevo. Mis verdaderos sentimientos por él estaban enterrados bajo toneladas y toneladas de engaño y tengo que sacarlos a palazos para entenderlos.

Lanza un resoplido frustrado antes de bajar la cabeza para ocultar la decepción de sus ojos.

—No importa, Brooke. Ni siquiera es un buen momento para empezar nada. Debería haberlo dejado estar. Solo creía que... Es igual.

—¿Sabes lo que me fastidia? —le detengo cuando comienza a volverse con la mano sobre el pomo de la puerta.

—Dímelo.

—¿Te acuerdas de Emily? —Niega con la cabeza—. En mi segundo curso. Era mi mejor amiga y te enrollaste con ella detrás de las gradas. Estuvo meses relatándome detalle a detalle la manera en que besabas como si hubieras hecho que se corriera solo con tu lengua y, después de todo, a mí ni siquiera me has besado.

Me mira como si no le quedara ni una pizca de paciencia para mí, pero baila el fantasma de una sonrisa en sus labios que borran los contornos duros y arrogantes de su rostro.

Me alcanza en dos zancadas y solo me echa un breve vistazo antes de colocar sus manos a ambos lados de mi cara y alcanzar mis labios con los suyos. No lo hace de forma suave ni considerada. Toma salvajemente lo que quiere introduciendo su lengua en mi boca y barriendo con exigencia su interior en busca de la mía.

Se separa dos segundos y ladea la cabeza con media sonrisa tras averiguar, sin duda, el lugar donde se encuentra mi *piercing* y esa sonrisa me desarma. Lo lame, juega con él, se retira y vuelve por más como si no hubiera mañana.

Subo mis brazos y rodeo sus hombros anclándome a su cuerpo, mientras sus dedos se pierden en mi pelo tirando suavemente de él para inclinar mi cabeza y tomar más de mis labios, de mi boca y de mi lengua.

Lo recibo todo con una fiereza en mí que desconocía, un deseo tan hondo y arraigado que saborearle se convierte en mi nuevo credo.

Comienza a caminar deprisa sin soltarme y nuestras bocas siguen buscándose, aunque el movimiento hace que choquen.

Sus manos bajan hasta mi cintura y me sienta en la camilla acomodándose entre mis piernas.

—Está terminante prohibido efectuar ninguna actividad de tipo sexual dentro del lugar de trabajo —me comunica mientras sus labios dejan los míos y se deslizan bajo mi barbilla por la larga línea de la garganta.

—¿Vamos a mi casa? —pregunto sin aliento cuando lame la piel bajo mi oreja y muerde delicadamente la carne arrastrando sus dientes por mi cuello.

Salimos por la parte de atrás mientras Jude le envía un mensaje a Adam para que se ocupe de cerrar.

Acabamos sacudiendo la puerta de mi casa contra la pared al abrirla. Doy gracias porque Will tiene turno de noche y nos libera de frenar lo que realmente es irrefrenable. Me deshago de su chaqueta y la camisa, dejando que caiga al suelo de forma descuidada. Mis manos parecen doler si no son capaces de tocarle como hace demasiado tiempo que deseo. Mis yemas se detienen en la frase que vi en la foto de Adam «Always on my mind» y cobran un nuevo significado. Su piel es suave y caliente bajo mis dedos y la tinta de su cuerpo capta sus músculos y sus formas de una manera fascinante. Se moldean al movimiento de sus brazos y su abdomen cuando me alza y rodeo su

cintura con mis piernas sin dejar de devorar sus labios suaves e hinchados.

Me lleva de esa forma hasta mi habitación y me deja caer sobre la cama donde parece sobrevenirnos una pausa incomprensible entre esta marea de pasión y anhelos.

Estiro mis brazos hacia los botones de su pantalón mucho más impaciente que él.

—Ya hemos tenido suficientes preliminares por hoy —murmuro—. Te quiero dentro.

—Desnúdate, Brooke, por favor. Llevo años fantaseando con esto. Deja que te mire.

Su tono ronco y áspero me eriza la piel y traspasa mi espina dorsal provocándome un pequeño y placentero escalofrío.

Se lo concedo y me pongo de rodillas sobre el colchón para deshacerme de la ropa demasiado deprisa y torpe como para resultar seductor, pero los ojos de él me devoran viva como si acabara de inventar el movimiento más sexy de la historia.

Solo cuando estoy totalmente desnuda se cierne sobre mí, observando y calentando todo mi cuerpo con su mirada atenta.

Soy mucho más impaciente que él. Mis manos buscan los botones de sus pantalones y los desato, liberando su rotundo sexo.

Levanto mis caderas para guiarle a la entrada de mi sexo. Empuja y grito. Mis uñas se clavan en su espalda y sus dedos rozan uno de mis pezones y acoge el seno en la palma de su mano antes de bajar su boca para lamerlo y chuparlo.

Encorvo la espalda y le rodeo con mis piernas guiándole con más fuerza a mi interior. Solo puedo pensar en hacerlo rápido y duro y es justo lo que recibo.

Las acometidas de Jude son salvajes y cargadas de tanta emoción que nos desborda y nos maneja como meras marionetas guiadas por la desazón y el dolor de tantos años de anhelos no cubiertos.

El primer orgasmo llega sin aviso y despiadado. Grito descargando toda la frustración sentida sobre esa silla en la que no se me permitía liberarme con gusto.



—¡Dios, Brooke! Conseguirás que me corra solo escuchándote gemir.

El segundo orgasmo se forma de manera lenta, pero segura y se intensifica cuando Jude se endereza y coloca sus manos en mis caderas para mantenerme quieta sobre la cama mientras él se desliza en mi interior con un gruñido que anticipa su propia liberación.

Se derrumba sobre mí y se queda inmóvil en esa posición mientras me observa, estudiando mi reacción.

No me siento todo lo tranquila que esperaba. Creía que una vez conseguido saldar esa deuda contraída entre nosotros en ese lugar, se calmarían mis anhelos, pero no es así.

Quiero tocarlo. Es muy gratificante poder hacerlo aislando o encerrando cualquier duda o culpabilidad.

Mis dedos acarician el pelo corto de su nuca y se deslizan por el contorno de su cara. Cierra los ojos y apoya su mejilla contra la palma de mi mano como un niño que necesita afecto.

Una vez me dijo que el primer abrazo sincero que recordaba fue el que yo le di cuando me arregló mi portátil por primera vez.

En ese momento, esa confesión me dejó trastornada. Mis padres no eran muy amorosos ni sus muestras de afecto eran excesivas, pero no me faltaba su cariño.

Supongo que fue en ese momento cuando me dispuse ser cariñosa y comprensiva con él, pese a su intrusión, y hasta que él decidió instaurar una fría distancia entre los dos.

Su sexo sale despacio de mi interior y se deja caer a mi lado sin renunciar al contacto de nuestros cuerpos con su rostro a la altura del mío donde sigue observándome como si fuera la primera vez o temiese alguna repercusión por lo ocurrido o tal vez fuera él el que buscara una señal para echar a correr.

—Después de todo, tal vez deberíamos enviarle una nota de agradecimiento a ese tal Michael.

Una risa perezosa sale de su pecho, y siento como si hubiera conseguido algo que ninguna otra persona es capaz. Me acurruco en él para poder percibirla con más intensidad.

Jude no parece de los que se quedan a pasar la noche y de los que

envuelven sus brazos alrededor. Casi estoy esperando que de alguna forma se excuse y desaparezca por la puerta, pero no lo hace.

Deja que sea yo la que le rodee con mis brazos y no hace amago de marcharse.

Me despierto en mitad de la noche con un profundo calor. Lentamente me doy cuenta de que el origen de esa calidez procede del cuerpo de Jude. Levanto los ojos a su cara y me lo encuentro insomne y meditabundo.

—¿Qué haces despierto? —le pregunto adormecida, frotando mi cara contra su hombro.

Me silencia con un dedo sobre los labios.

—Descansa, Brooke —me alienta retirando un mechón de pelo de mi cara y descansando su mano sobre mi cintura.

Mi último pensamiento es que sea lo que sea lo que le preocupa no es nada que deba tomarme a la ligera. Es evidente que los secretos de Jude esconden alguna amenaza y el que no pueda, o no quiera, contármelos me cabrea mucho.

# CAPÍTULO 8

## *Normativa laboral*

Hay varios adjetivos que me definen como son: luchadora, ambiciosa, meticulosa, eficiente. Algunos me han sido arrojados como si fueran un insulto y yo los he recibido con buen gusto como borde, descarada, arrogante o cabezota. Muchas de mis parejas me han reprochado no ser capaz de comprometerme o de ser distante y lo más probable es que tuvieran razón. Mis relaciones nunca fueron lo primero y siempre me sentía como una extraña en mi propia historia romántica como si la estuviera leyendo desde un lugar lejano donde las decisiones de la protagonista no tenían verdaderas consecuencias en mi vida, aunque me afectaran.

Puede que en el trasfondo de toda esta apatía estuviera una intención real de alejarme de los vínculos complicados.

Resulta bastante irónico pensar en ello. Una relación con Jude es el sumun de lo complejo, lo peliagudo y lo confuso y puede que la deseara tanto como la evitaba.

Ni siquiera estoy segura de que exista algo entre nosotros. En general, la actitud de él es distante e indiferente y prefiere guardar las apariencias delante de los demás.

Por no hablar de esa tendencia, cada vez más constante, a desaparecer sin dar explicaciones.

Algo le frena a él y a mí me frenan sus secretos. La sospecha que comienza a formarse en mi cabeza sobre sus posibles negocios con Michael y que no encajan por ninguna parte.

El negocio de Jude es prospero. Tiene buena fama y los clientes nunca dejan de entrar. No me cabe ninguna duda de que tiene un buen margen de beneficios y él nunca ha sido codicioso. Me cuesta creer que necesite más, que esté envuelto en un negocio sucio por su aspecto lucrativo. Eso me atormenta y me preocupa.

¿Quiero realmente quedar atrapada en este juego enrevesado con alguien

tan hermético?

Le quiero y sé que sus ojos me persiguen hambrientos. Podría conformarme con alimentar nuestro deseo, pero se trata de Jude.

Jude me duele. ¡Maldito Jude!



Piso el suelo del hospital y me doy cuenta de cuánto echo de menos el trajín diario de mi profesión, el ir y venir sin descanso, el trato con el paciente, las rondas a deshoras. En enero comenzarán las prácticas y, aunque mi tiempo para trabajar en el estudio de tatuaje se reduzca, estoy deseando empezarlas.

India ha tenido a su bebé. Es una niña enorme que casi acaba con su madre según ha comentado por mensaje en un grupo de chat que ha formado con sus compañeros de trabajo.

Toco la puerta de su habitación creyendo que seré la única, pero me encuentro a Jude y Sean dentro con una expresión muy compungida en sus caras. Sospecho que India les está dando demasiados detalles sobre cómo ha transcurrido el parto y ese pensamiento aflora una sonrisa en mis labios.

—¡Hola, mamá! Enhorabuena —le felicito al pie de su cama.

—¡Mira, quién ha llegado! —le dice a su bebé en brazos—. Es la tía Brooke.

Ese título extiende mi sonrisa por mi cara.

Le cambio la caja de bombones que tengo en mis manos por su precioso paquetito. Pongo el rosado bultito en mis brazos y lo estrecho con cuidado.

—Es preciosa, India.

Acaricio la rolliza manita entre mis dedos, extasiada con la suavidad y su ternura.

—Sí, pero menuda guerra me ha dado —indica y comienza a relatar de nuevo con todo lujo de detalles el complicado parto.

Levanto la vista a Jude, por primera vez, esperando encontrármelo verde y afectado, pero él me mira con una inquieta tranquilidad.

—¿Quieres cogerla? —le desafío acercándome a él.

Niega con la cabeza categóricamente e incluso da un paso hacia atrás.

—Creen que se romperá si lo hacen —se burla India, devorando el chocolate.

Una mirada indescifrable se cruza entre ellos dos. No es del tipo burlona o ligera, se trata de algo más profundo, emocional hasta doloroso.

Me pregunto si Jude piensa en su madre en momentos así, incluso en su nacimiento. Yo sé cómo fue el mío porque es una historia que repiten mis padres por mi cumpleaños hasta la saciedad, tal vez por eso nunca he pensado realmente qué significaría no tener ninguna clase de información sobre ese momento. Supongo que se sentirá como un vacío.

—Y aquí llega el orgulloso padre —anuncia Leroy tras cruzar la puerta.

Lo he visto en un par de ocasiones por el local de tatuajes y es un tipo simpático y agradable. Muy afectuoso con India. Lleva en la chaqueta el nombre y los símbolos de la banda a la que pertenece, pero por aquí es lo normal. Sé que Jude está en buenos términos con ellos también porque acuden regularmente a la tienda para realizarse sus tatuajes.

Me despido de India y su familia para volver a mis clases.

Miro a Sean cuando me dice adiós y lo hago con Jude en espera de alguna palabra que me detenga para conversar unos minutos o alguna otra que me reserve un tiempo para más tarde, pero él solo hace un movimiento de cabeza a modo de despedida.

Salgo irritada de la habitación.

«No me importa. ¡A la mierda!»



Termino el día con una invitación a cenar de un ejecutivo muy peculiar que ha decidido ponerse un *piercing* en el pezón. Atractivo no le falta y reconozco que es del tipo de hombre con el que acostumbro a salir, pero no estoy interesada y le digo que no de nuevo a la salida del local cuando vuelve a insistir.

—¿Qué quería? —pregunta Jude detrás de mí.

—Tirársela. ¿No es evidente? —responde Megan por mí.

—¿Sabes? Algunos hombres también valoran un poco de conversación y me consideran interesante para algo más que un buen polvo —respondo a no sé cuál de los dos.

—Cariño —dice con una ternura fingida—, ese te lo hubiera hecho sobre la camilla si hubiera podido.

—En ese caso, solo tendría que haber preguntado —añado con pésimo humor y les paso sin mirar atrás.

Bajo las escaleras y me adentro en el pasillo para ir a mi estancia de trabajo a recoger y limpiar el material. Oigo unos pasos tras de mí y sé que es Jude. Me adelanta y creo que continuará con su camino hasta su zona, más alejada que la mía, pero agarra mi muñeca y me arrastra a mi habitación, cerrando la puerta tras él.

—¿Qué quieres, Jude? —le pregunto con cansancio.

Se cruza de brazos con actitud chulesca y clava su mirada indescifrable y helada en mí.

—¿Es así de sencillo? ¿Te pregunto si quieres follar conmigo y me dices que sí?

—No, no digo que sí a todo el que me lo propone. En realidad, soy bastante selectiva.

—Pero aceptaste con Adam y lo harías con ese cliente.

—Si hubiera querido algo con él, hubiera accedido a cenar.

—¿Y conmigo? ¿No me has respondido, Brooke? ¿Quieres que lo hagamos aquí mismo?

—¿Tienes que ser así de confuso? ¿En serio?

—No sé actuar de otra forma, Brooke. No soy de ese tipo de tío que envía mensajitos o discute por quién debe terminar en primer lugar la llamada.

—Y yo no soy de ese tipo que se cuelga de alguien y echa pétalos de rosas a su paso.

—¡Mierda!

Nos miramos dolidos y enfadados, y parece que ninguna palabra podrá arreglar algo que ni siquiera ha llegado a empezar y mucho menos cuajar.

Nuestras respiraciones parecen entender mejor que nosotros lo que se

avecina y se agitan en nuestros pechos mientras nuestros labios acaban el uno sobre el otro irremediabilmente.

Se abalanza sobre mí o puede que sea yo, el caso es que nos encontramos a mitad de camino. Nuestras bocas chocan y sus manos acaban en mis nalgas atrayendo mi cuerpo hacia él. Apoya mi espalda en la pared mientras su lengua barre toda mi boca y su creciente erección empuja contra mi vientre.

—Cierro los ojos y lo único que veo es a ti, desnuda y excitada, gimiendo mientras te penetro y sé que no me canso de ello.

Ni un puñetero mensaje sería capaz de humedecer mis bragas como lo ha hecho él con esa revelación.

Me pongo de puntillas y lamo sus labios con diligencia y fruición sin dejar que atrape mi lengua entre ellos. Le oigo gruñir impaciente y exasperado y me alza desde las posaderas para dejarme caer sobre la camilla. Sus dedos maniobran en los botones de mis pantalones y estoy más que dispuesta a tomar su ejemplo cuando detiene mis manos sobre él.

—Túmbate, Brooke —me ordena.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto desconcertada, pero su mirada intensa, salvaje y ardiente despierta una buena cantidad de expectativas obscenas y lascivas que no quiero desaprovechar.

—Tenías razón —admite misterioso con voz profunda y ronca mientras arrastra por mis piernas mis tejanos y las braguitas, dejando mi sexo desnudo y expuesto a su mirada—, y no conozco todo de ti —añade erizando toda mi piel hasta las puntas de los dedos—. Estoy al corriente de cómo es tocarte —explica, abriendo mis rodillas. Sus dedos rozan mi sexo conduciéndose a lo largo de mis labios, pero con suavidad, como si el tiempo no fuera apremiante para él. Todo lo contrario que me ocurre a mí. Muevo mis caderas con la intención de atraer esos dedos más profundo. Lo consigo y de mi garganta surge un jadeo entrecortado—, también te conozco a través del oído —continúa enumerando mientras incrementa la velocidad del movimiento de sus dedos. Su pulgar encuentra el clítoris y lo estimula con movimientos giratorios y creo que puedo morirme ahí mismo—, con la vista y el olfato. —A este punto me retuerzo sobre su mano, tan encendida, que cuando se inclina entre mis piernas abiertas, siento que podría arder.

Tira de mis muslos hacia el extremo de la cubierta y coloca mi trasero en el borde de la camilla sin dejar de sujetarme.

—Y me falta conocer cómo sabes —añade con una voz cargada de satisfacción y una sonrisa depredadora que amenaza con hacerme perder el control.

Lo primero que hace es besar mi pelvis con una ternura que no conocía en él, continúa su camino hacia mi clítoris y desliza la lengua sobre el vértice lenta y detenidamente, baja por los labios y me penetra con ella. Mis caderas aprisionadas por sus manos se retuercen tratando de liberarse, pero él juega con mis emociones. Me lleva al límite y se detiene, dejándome al borde del colapso.

Si fuera agua ahora mismo solo quedaría de mí vapor, vapor húmedo y pegajoso revolviéndose en busca de algo que no encuentra.

Me incorporo un poco y busco los botones de sus tejanos. Necesito volver a sentirlo dentro y esa exigencia nos invade a los dos cuando Jude baja la mirada a mis dedos que se enroscan alrededor de su miembro firme y tenso.

Una gota de líquido seminal empapa la punta de su glande y me relamo los labios con la lengua. Guío su sexo hacia mi interior y de mi pecho surge un sollozo lastimero, el tipo de suspiro de quien al fin ha encontrado lo que realmente buscaba.

Rodeo su cintura con mis piernas, presionando sus nalgas con el talón de mis pies para guiarle más profundo y más fuerte. Me da lo que pido. Cada acometida nos duele y nos excita por igual hasta que llega el primer orgasmo para ambos con tanta fuerza que me consume entera.

Deja caer la cabeza laxa sobre mi pecho y aprovecho para acariciar su pelo.

—Mucho más sabroso que un café —comenta con voz amodorrada.

—Eres un vicioso.

—No te imaginas cuánto.

—Así que detrás de esa apariencia de hombre impertérrito, en realidad hay un depravado.

—¿Impertérrito? Brooke, no hay una sola vez que me no me haya encendido con tu tacto.



—Eso explica que empezaras a rehuir de él.

—Y eso explica que ahora no pueda renunciar a él por mucho que me esfuerce.

Suspiro con resignación, ocultando las emociones que provocan esa afirmación.

—De acuerdo. Te tocaré el hombro de vez en cuando y puede que alguna caricia por aquí —explico, rozando su mejilla con un dedo—. ¿Será suficiente?

—Ven esta noche a mi casa y te lo explico más detenidamente.

—Espera, ¿me lo propones como jefe? Porque el rollito ese me pone mucho.

Levanta la cabeza y me mira con expresión divertida y una ceja alzada.

—¿No es ya suficientemente complicado?

Asiento con la cabeza reconociendo la evidencia.

—¿Y Sean? ¿Cómo lo despistaremos?

—Brooke, a estas alturas, con tus gritos, todos los que están ahí arriba saben lo que hemos estado haciendo.

—¡Oh!

—Yo subiré primero y los enviaré a casa —conviene muy amablemente. Me parece estar viendo a un Jude muy diferente.

Se separa y rehace su ropa.

—No, no importa. Hoy es viernes y habrán pedido pizza y cervezas. No me arrepiento y desde luego no voy a avergonzarme.

Recupero mi ropa interior y mis pantalones y le sigo por el pasillo y las escaleras hasta la sala de espera donde efectivamente nos encontramos con cuatro caras expectantes. Parece que el silencio ha caído sobre ellos según hemos entrado en escena hasta que veo que lo que realmente están haciendo es contener la risa.

—Eso ha sido rápido, Jude. Creía que vuestras desavenencias os entretendrían un rato más largo...

—Cállate, Frederick —contesta él escuetamente.

—A mí nunca me la pegasteis con el rollito de los hermanastros —interviene Megan sin un ápice de humor—. Os follabais con los ojos.

—Pues ahora utilizan algo más —replica Frederick con una carcajada.

—¡Oh, ya basta! Tengo hambre. ¿Habéis pedido las pizzas? —intervengo cansada de que mi vida sexual sea el centro de la conversación.

—Con tanto movimiento no es de extrañar que estés famélica... —vuelve a burlarse el tejano.

Le suelto una amistosa colleja en la nuca, aprovechando que me siento a su lado.

—Realmente no sabes cuándo callar.

—No, es una de mis muchas virtudes.

Mis ojos se cruzan con los de Adam y este me obsequia una escueta sonrisa.

—¿Esto quiere decir que ahora sí podemos mantener relaciones sexuales en el lugar del trabajo?

—Ni hablar —vuelve a responder Jude.



—¿Vendrás este año a casa por Acción de gracias? —le pregunto.

Es sábado por la mañana y ambos remoloneamos sobre el colchón de su habitación: desnudos y satisfechos. Le miro desde mi posición con la cabeza apoyada sobre el dragón de su pecho mientras él acaricia mi espalda como si fueran las cuerdas de una guitarra.

—¿No lo hago siempre? ¿Por qué? ¿No quieres que vaya? —pregunta a la defensiva.

Ignoro su pregunta deliberadamente.

—Solo pienso que será extraño tener que guardar las apariencias.

Su mano se detiene sobre mi espalda de forma brusca y eso dispara mis alarmas.

—¿Guardas las apariencias? ¿Piensas ocultarles lo que está ocurriendo?

Me levanto apresurada para enfrentar su cara y, pese a su ceño fruncido, sus ojos no pueden evitar detenerse en el bamboleo de mis pechos.

—¿Y qué vamos a decirles? ¿Qué nos escondemos en tu casa para echar

cuatro polvos y el resto del tiempo nos ignoramos, Jude? Todavía no sabemos a dónde nos encamina esto ¿por qué vamos a hacerles partícipes de algo tan intangible?

Se levanta de la cama sin que le importe su desnudez y busca un pitillo en el bolsillo de su pantalón.

—¿Es así como defines lo que ocurre entre nosotros? ¿Unos pocos polvos?

—No te pongas en plan susceptible conmigo. Tú eres el que está trazando los límites. Solo opino que es pronto para hablar de ello a mis padres. Será complicado y antes me gustaría saber que hay una buena razón para hacerlo.

—¿Cuántas veces te follaste al gilipollas que llevaste el año pasado? ¿Requieres un mínimo de polvos? Porque hasta ahora no han hecho tus relaciones muy duraderas ni estables. Pero ¿qué hacemos perdiendo el tiempo? Vamos a por ellos.

—El único gilipollas eres tú. No sabes poner filtro entre lo que piensas y lo que dices.

—¿Y tú sí?

—¡Claro que sí! Por eso estoy hablando con lógica.

—Estás hablando como la hija complaciente que no quiere contrariar a sus padres.

—Hace mucho que dejé de ser esa hija.

—¿En serio? ¿Por eso estás en la Johns Hopkins? ¿Por qué no quieres que estén orgullosos de ti? Solo que para ellos nunca dejarás de ser una simple enfermera.

Se paraliza como si no se creyera lo que acaba de decir. Yo me quedo sin respiración, herida y dolida. Me levanto mucho más despacio de lo que realmente quiero y comienzo a vestirme un poco más deprisa a medida que crece mi necesidad de poner tierra entre Jude y yo.

—¡Mierda, Brooke! No quería decir eso —se apresura a decir, apagando el cigarro en un cenicero cercano y acercándose a mí.

—¿Y por qué no? Es cierto. Al menos la última parte. En el resto te equivocas. Lo que hago es por mí. Para ser tan inteligente, eres bastante tonto.

—No te vayas. Estaba jodido por lo que has dicho.

—¡Pues no deberías! Eres tú el que guarda secretos. No me cuentas en qué

andas metido ni compartes tu vida conmigo. Solo venimos aquí o a mi casa a follar y ¡te extraña que no me tome esto en serio! Pero no te preocupes, lo más probable es que para ese día ya estemos hartos el uno del otro.

—¡Estupendo! Te lo pondré fácil. Si sales ahora por esa puerta, no te molestes en volver nunca más.

Termino de ponerme un jersey por el cuello y le miro con las botas en la mano.

—Conmigo no sirven las amenazas, Jude.

Tiro de la trampilla para bajar las escaleras y bajo por ellas descalza, triste y enfadada.

—¡Maldita sea! —le oigo jurar desde arriba.

Me encuentro a Sean con una cuchara en la boca en medio del descansillo. Se la saca para darme una información valiosísima:

—O estáis follando o discutiendo ¿es que no conocéis los términos medios?

Le ignoro completamente y salgo a la calle, dando un portazo.

# CAPÍTULO 9

## *Estrellas, alcohol y sentimientos*

Atravesamos una era llena de adultos caprichosos que aspira a tener todo lo que posee el vecino lo necesite o no. La frase «no puedo» es despreciada y se nos anima de manera constante a no rendirnos y a perseguir nuestros sueños o satisfacer nuestros deseos independiente de que sean realmente necesarios, realizables o imposibles

Llenamos nuestras casas de aparatos tecnológicos, comida gourmet, gastamos dinerales en prendas de vestir que utilizaremos en contadas ocasiones y compramos cosméticos con falsas promesas de belleza o juventud porque «no quiero envejecer» y luchamos contra ello, aunque sea una circunstancia inexorable.

A veces me pregunto si me he aferrado a esa idea y por eso me he empeñado en labrarme una carrera en medicina. Y, ahora, la gran duda es si Jude y yo nos escudamos en ese pensamiento de no negarnos lo que no podemos tener y por eso surge esa atracción física que parece gobernarnos para dejarnos después completamente agotados y sin recursos para continuar unidos.

Jude me duele. Su mirada lacerante y fría me escuece, su aparente indiferencia me atormenta y esa necesidad el uno del otro que ninguno podemos ocultar hace añicos mis entrañas.

La inestabilidad que nos gobierna me agota. Siempre ha sido así y el sexo no va cambiarlo. Hay quien pondría en una balanza los momentos buenos compartidos y su doble peso acabaría por decidir que todo merece la pena y puede que así sea.

Alguien debería advertirnos que los imposibles son complicados o que los sueños no tienen por qué ser perfectos. Claro que entonces, tal vez nuestro niño mimado interior no lucharía con tanto afán por conseguir lo que se le niega.

¿Dejaría Jude de desearme si tenerme fuera sencillo o accesible? ¿Dejaría

de hacerlo yo?

Me detengo en el escaparate de una tienda de precios desproporcionados y echo un vistazo a esos zapatos que ya han llamado mi atención en alguna otra ocasión. Comprarlos con mis propios recursos es inadmisibile, dejaría mi tarjeta como un colador, aunque en realidad no son tan inaccesibles. Bastaría una llamada y mi cuenta bancaria engrosaría por arte de magia. Nada complicado en un principio, excepto que estaría vendiendo mi independencia.

«¡Al diablo con los zapatos!»

No tengo por qué tenerlo todo. Algunos caprichos no merecen la pena, algunos objetivos no se pueden conseguir y algunos sueños no se alcanzan. Yo decidiré qué merece mi lucha y que no.

—Son una monada —comenta una voz conocida a mi espalda—. Me vuelvo con una gran sonrisa hacia Bobby y le abrazo con afecto.

—Hace tiempo que no te veo.

—Problemas en el paraíso. Ya sabes.

—Tengo tiempo para un largo café si te apetece hablar.

—Eso suena bien, pero antes, al menos, pruébate esos Blahnik.

—He decidido que no merecen mi esfuerzo.

—Brindemos por eso con un bourbon y pasemos del café.

—De acuerdo —convengo con una carcajada.

Acabamos vomitando todas nuestras penas. Él las diferencias de carácter entre Will y él, y yo nuestras constantes desavenencias. Nos pasamos con la bebida y acabo embriagada.

—¡Mierda! Entro a trabajar ahora mismo, nena, y mira cómo estás. No puedo montarte en un taxi así y dejarte sola a tu buena suerte.

Coge mi teléfono y empieza teclear y buscar números antes de ponérselo en el oído.

—Hagaz lo que hagaz no lo llamez a él.

Me hace un gesto con los ojos como platos advirtiéndome que puede oírme.

—¿Brooke? —le oigo preguntar a través del auricular.

—No, no soy Brooke, pero estoy con ella. Me temo que no está en condiciones de andar sola por la ciudad y yo entro a trabajar en... —mira su

reloj— cinco minutos.

—¿Y tú eres?

—¡Oh! Soy su paño de lágrimas. Salgo o salía con su compañero de piso. No hemos llegado a decidirnos y el debate ha quedado abierto.

—Dame la dirección —responde escuetamente.

—Este tío quema. Te lo digo yo que sé mucho de estas cosas. Llegará en unos minutos. ¿Puedo dejarte sola?

—Sí, vete. No llegues tarde. Estoy bien. De verdad.

—Vale, pero no bebas más.

Asiento con la cabeza como una niña buena y me inclino para recibir su beso en la mejilla. Le digo adiós con la mano cuando cruza la puerta y de la misma vuelvo a pedir otra al camarero.

Suena una canción que me gusta y sin despegar el asiento del culo, empiezo a mover los hombros al ritmo de la música, echando un trago a la bebida. Eso atrae a un tipo que se empeña en que baile con él.

—Vamos, rubia, estás deseando hacerlo.

—Ha dicho que no —interviene Jude como el auténtico ángel vengador. «¡Dios! ¡Qué guapo es!» El tipo le echa una mirada disgustada. Él no es alguien a quien pueda ignorar.

—Espera. Puedo defenderme yo sola —le recrimino y me dirijo al tipejo —He dicho que no.

Me ignora lo que me parece fatal.

—¿Y tú quién coño eres? Yo la he visto primero, tío. No metas aquí tu nariz.

—Menuda forma de cagarla. Te va despedazar —murmuro tranquilamente, antes de apurar mi vaso de bebida.

—A ver si soy lo suficiente claro —comienza de forma amenazadora, inclinándose sobre su víctima—. Está conmigo. Es mi chica.

Me atraganto con el líquido y parte de él sale de nuevo por mi boca.

—Perdona, colega. Creía que estaba sola.

—¿Cómo? —pregunto alucinada—. ¿Me das la brasa a mí y te disculpas con él? —Él retrocede sin molestarse en reparar su descortesía—. ¡Que no soy un trozo de mobiliario que has intentado usar sin su permiso!

—Brooke, estás borracha. Vuelve otro día, que seas capaz de acertar, a romperle la cara.

—¡Eso haré!

Me levanto en precario equilibrio, y Jude me sujeta por la cintura para ayudarme. Me pego a su costado y pongo una mano sobre su pecho. Realmente es algo sólido, cálido y agradable a lo que agarrarse. Si no estuviera enfada con él por algo que no recuerdo ahora mismo, me lo merendaría. Entero.

Me lleva a un coche aparcado en segunda fila y me sienta directamente en el asiento de copiloto.

Miro el Mustang extrañada.

—¿Y tú moto?

—Si te llevara en ella, te caerías a los dos metros.

—No sabía que aún conservabas este coche. Me enseñaste a conducir con él.

—Lo recuerdo. No se te ocurra vomitar en él —advierde, girando la llave de contacto.

El silencio nos invade y aunque en otras ocasiones no me ha importado, ahora me llena de incomodidad. Así que comienzo una incontenible verborrea sin sentido:

—Valerie, la jefa de las animadoras, contó que se lo hiciste tres veces seguidas justo ahí, en la parte de atrás —comento señalándola por si no estaba suficientemente claro.

—Nunca le toqué ni un pelo a Valerie —contesta de forma seca.

—¿Qué? ¿Por qué no? Era Miss popularidad.

—Porque estaba celosa de ti y te la jugó varias veces.

—No sabía que tenías un código de honor o algo así.

No responde y su mirada sigue fija en la carretera mientras sorteando a otros coches sin mucha prudencia.

—Pues yo con Jerry sí que...

—No quiero saberlo, Brooke.

Me callo... durante dos segundos.

—Tengo que reconocer que tu templanza me ha sorprendido. Antes eras menos dado a explicaciones y más a utilizar los puños.



—No ha sido por falta de ganas. Solo soy más moderado.

—Estoy impresionada, pero decir que soy tu chica cuando siempre has utilizado la carta de la hermana...

—No debería haber dicho eso —me corta de forma tajante, asegurando el freno de mano bruscamente después de aparcar—. Mira, Brooke —comienza a decir, luego me mira y menea la cabeza—. No tiene sentido hablar de esto ahora. Mañana ni te acordarías.

—No estoy tan borracha —me defiende, pero él ya ha bajado con agilidad del asiento del conductor.

Abro mi puerta y desciendo con bastante menos estabilidad de la que me gustaría aparentar. Jude me coge por un brazo y me acerca él.

Sus labios a escasos centímetros de los míos me parecen de lo más sugerentes, pero ni él ni yo acertamos esa distancia, pese a que los dos nos comportamos como dos perrillos esperando una caricia de su amo.

—Te acompañaré arriba y luego me iré a mi casa. Tus resacas son terribles para los que te rodean.

—No necesito niñera, Jude. Puedo llegar sola —le informo muy pagada de mí misma soltándome de su mano.

—No estoy tan seguro de eso —añade, volviéndome a agarrar del brazo al ver que me bamboleo.

—De acuerdo. Tal vez tengas un poco de razón. No quiero dejarme los piños en las escaleras.

Por primera vez, su cara parece relajarse y una pequeña risa espontánea y profunda surge de su pecho transformando completamente su expresión. Sus carcajadas son muy desinhibidas y contrastan absolutamente con su carácter fortificado e impenetrable. Me alegra que no lo haga a menudo porque su buen humor me desarma.

—Lo dices con conocimiento de causa ¿verdad?

—No quiero hablar de ese episodio.

—Me acuerdo muy bien de aquella época. Estabas preciosa hasta que sonreías y dejabas ver tus dientes partidos. Creo que fue tu primera incursión con el alcohol cuando te caíste sobre aquel pavimento. Dejaste un recuerdo imborrable de esa experiencia... para mí.

—Para mí fue mucho más divertido aquel balonazo que recibiste en toda la jeta y te dejo fuera de juego durante un buen rato. ¿Quién con tal mala idea te enviaría ese proyectil? Quedaste como una damisela en apuros delante de todas aquellas chicas.

—Sabía que habías sido tú. Afectó seriamente a mi reputación de tío duro.

—Me alegro —respondo con una incontenible carcajada que se extingue con una arcada. Abro los ojos como platos cuando el contenido de mi estómago se revuelve y amenaza con tomar el camino de salida por el de entrada—. ¡Joder! Voy a vomitar. No te acerques ni se te ocurra sujetarme el pelo ni mierdas de esas.

—No pensaba hacerlo.

Me vuelvo hacia el tronco de un bonito árbol y le pido perdón mentalmente antes de derramar todo el contenido etílico de mi cuerpo: una, dos, tres y hasta cuatro veces.

Es una sensación desagradable que me hace jurar por octava vez en mi vida que no volveré a probar el alcohol.

Me alejo a tumbos del desconsiderado aderezo con el que acabo de decorar el jardín de mi urbanización y me dejo caer sobre la hierba fresca.

—¿Estás bien? —pregunta acercándose con las manos en los bolsillos.

—¿Pregunta de cortesía?

—Supongo.

Levanto la vista al cielo y me quedo maravillada. Está repleto de estrellas brillantes y titilantes.

—Ven a ver esto, Jude. ¿Cuánto hace que no te tumbas en el suelo a ver las estrellas?

—Estaba a tu lado la última vez.

Doy unas palmaditas en el suelo con la mano, invitándole a hacerlo y sonrío sin poder ocultar mi gozo cuando se tiende a mi lado.

—No esperaba que se pudieran ver tan claramente desde Baltimore.

—¿Por qué no?

—Por la contaminación lumínica.

—Maldito sabiondo.

Me echa un vistazo divertido.

—Eres la única capaz de hacerme reír como si nada más importara.

—También nos enfadamos sin medida y nos hacemos daño.

—Nada de eso importa mientras después regreses a mí, Brooke.

—¿Regresar a dónde? ¿A escondernos en una habitación a follar?

—¿Crees que eso es lo único que busco en ti?

—Pienso que es lo único que no nos mantiene discutiendo.

—¿Qué propones entonces, Brooke? ¿Que me olvide de lo que siento cuando te tengo desnuda?

—Podrías pensar menos en mí desnuda y más vestida.

—¿Nada de sexo? ¿Eso quieres?

—Sería una forma de ver si podemos estar juntos sin discutir.

—¡Hablas en serio! ¡Joder! —se lamenta con una mano sobre la cara—. Me escuecen los cojones solo de pensarlo. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—¿Crees que será fácil para mí? A mí también me gusta el sexo entre nosotros.

—Pues plantea otra solución. Solo oral, por ejemplo.

—Eso es sexo, Jude, pero podemos besarnos.

—Estaremos como dos putos adolescentes.

—¿Y si lo hiciera más real? ¿Estarías dispuesto a intentarlo?

Una pausa acompaña a mi pregunta. Parece como si lo meditara de forma profunda. La verdad es que no estoy pensando en restringirnos el sexo eternamente. Solo quiero comprobar si somos capaces de mantener una relación más allá de lo que ocurre en la cama o dónde pille.

—No acabo de entenderlo, pero supongo que lo acepto.

Le doy un empujón con el hombro satisfaciendo las ganas de tocarle. Ahora más acuciantes por estar prohibidas.

—Perfecto. Mañana te invito a cenar. Ponte guapo.

Su sonrisa se amplía cortándome la respiración.

—¿Esa no debería ser mi frase?

—No en mi mundo y con mi forma de entender la vida.



Me enfundo un vestido fucsia con falda de tubo y una apertura hasta media pierna y me paso por los brazos un abrigo claro entallado de flores. Es mi modelito *atrapamiradas*.

En el salón me encuentro a Will tirado en el sofá con el mando a distancia de la televisión, pasando una y otra vez canales.

—Vaya, ¿tienes una cita?

—Sí.

Asiente sin mucha emoción.

—Espero que sea de fiar. Ten cuidado.

—Es como si fuera de la familia —contesto restando importancia al tema—. Por cierto, ayer estuve con Bobby. Fuimos a tomar algo.

—¿Cómo está?

—Sinceramente, se le ve tan mal como a ti. Deberías llamarle.

—No es tan fácil.

—¿Qué lo es, Will?

—¿No te gustaría que por una vez algo fuera sencillo, no requiriese esfuerzo y una lucha constante? Todo en este maldito mundo parece estar ideado para que no podamos relajarnos.

—Uhm... una sesión de spa relaja.

—Pero cuesta dinero.

—Una siesta.

—Siempre que encuentres el tiempo que te lo permita.

—¿Una película con palomitas?

—Más dinero duramente ganado en el trabajo.

—¿El sexo?

—Energía física, por no hablar del tiempo que se debe invertir en conquistar o mantener a esa persona que te lo procura.

—Siempre que no sea en solitario.

—Luego estar solo requiere menos esfuerzo y proporciona más relajación.

—*Touché*. Mi cita me espera. Trataré de esmerarme poco.

—¡Ya lo has hecho al elegir ese vestido y los tacones de aguja te exigirán otro tanto! —me grita cuando estoy cerrando la puerta.

Jude me espera sobre su moto vestido enteramente de negro, excepto por una camisa blanca que sobresale a través de su chaqueta de cuero. Se quita el casco cuando me ve acercarme y fija sus ojos en mí sin sonreír.

Parece salido de un puñetero anuncio de perfume masculino *mojabragas*, y yo le he pedido que no tengamos sexo cuando es el mejor que he tenido en mi vida. «¡Eso sí que requerirá esfuerzo!»

—Esta es tu venganza ¿verdad? Me llevas al límite con ese vestido sin oportunidad de llevarte a la cama para quitártelo.

—No está mal ¿verdad? —fanfarroneo, acercándome para depositar un casto beso sobre sus labios.

—¿Adónde vamos?

—Hazme sitio delante. Hoy conduzco yo.

Me regala una sonrisa traviesa y echa el cuerpo hacia atrás mientras me alcanza el otro casco.

—¿Aún te acuerdas de cómo se hace?

—¿Cómo crees que llegué a Baltimore? Que prefiera utilizar el transporte público para moverme por la ciudad no significa que no tenga mi propio vehículo. Agárrate fuerte, nene.

Me recojo solo un poco la falda porque la apertura me permite abrir las piernas perfectamente para montar. Clavo mis botines en los pedales y aprieto el acelerador con la mano.

Jude me coge por la cintura y se pega a mi espalda como una segunda piel. Le llevo a Fells point, el antiguo barrio marineró lleno ahora de tabernas, restaurantes y bares con música en directo. El tráfico nos detiene en varias ocasiones.

En una de ellas, frente a un semáforo, la mano de Jude descansa sobre el panty de mi pierna descubierta, de manera casual, como si eso no fuera lo que ambos deseamos hace rato. La calidez de su mano traspasa la media y su dedo pulgar alcanza la sensible piel bajo la rodilla, distrayéndome por un segundo sin que me percate de que el semáforo ya está verde.

Llegamos a las inmediaciones de Broadway Square donde consigo aparcar relativamente fácil. Jude se baja antes del vehículo y me ayuda a mí a hacerlo.

Caminamos uno junto al otro, sin tocarnos, como si aún tuviéramos que

mantener esa pequeña distancia que entonces se sentía obligada para protegernos de nuestros sentimientos. Él con sus manos en los bolsillos y yo con los brazos flojos a ambos lados.

—Es aquí —le anuncio, empujando la pesada puerta—. Es mi lugar favorito. No tiene las épicas hamburguesas de Jimmy's, pero la música en directo es fantástica.

Pone la mano sobre la madera desde mi espalda para aliviarme del peso de la puerta y nos encontramos dentro de un lugar acogedor de luz tenue con mesas con suficiente intimidad para hablar sin tener que levantar la voz.

Nos deslizamos, uno frente al otro, en la que he reservado con anterioridad. He tratado que todo saliese perfecto y fuera un buen comienzo de eso real.

Desde el escenario un trío de dos chicos y una chica tocan con una combinación de instrumentos en vivo y sonidos electrónicos coordinados que llenan el local con una canción suave y pausada muy melódica, casi mística.

—Son buenos —comenta Jude, echándoles un ojo.

—Sí que lo son. Me recuerdan mucho a *The XX*.

Le miro y me lo encuentro estudiando todo el local. Las personas como él reciben mucha información de golpe cuando se enfrentan a un lugar nuevo y tantas personas distintas. Tienden a absorberlo todo sin filtro y situarse entre ese marabunta, les lleva su tiempo. A estas alturas, probablemente ya tenga un recuento de las personas que están alrededor, qué comen, qué visten y sabrá qué mesas están desconchadas y cuál silla cojea o cuánto tarda el camarero de media en servir las comidas.

He aprendido a esperar pacientemente a que encuentre su sitio sin presionarle o aturullarle con más información.

En realidad, le admiro. No importa cuánto me saque de quicio o aborrezca que no saque partido a su capacidad.

Ni siquiera sacaba buenas notas en la secundaria; se aburría y ninguna asignatura despertaba su interés. Sin embargo, en casa, yo le descubrí muchas veces ojeando los libros de biología o medicina de mis padres. Aparentaba desinterés cuando no se perdía una palabra sobre sus disertaciones sobre el trabajo.

—¿Vienes mucho aquí?

—No en realidad. Tengo poco tiempo para el ocio.

—Sin embargo, los camareros te conocen ya.

—¿Qué quieres decir?

—He captado una expresión de reconocimiento en la cara de dos de ellos —menciona mientras coge la carta y le echa un vistazo rápido—. Vámonos, no me gusta —declara dejándola caer sobre la mesa de nuevo.

—¿Qué? ¿Qué no te gusta nada de la carta, el local o que creas que lo camareros me conocen?

—¿Importa? —responde sin aclarar nada.

Se pone en pie y, tras deslizar su mirada de nuevo por el lugar, sale sin molestarse en esperar.

No sé cómo reaccionar. Me muevo entre un estado de completa perplejidad y otro, más profundo y gutural, que amenaza con comerse al primero.

—¿Algún problema? —me pregunta uno de los camareros al ver que me levanto con intenciones de abandonar la mesa.

—Mi amigo se siente indispuerto. Tiene una descomunal diarrea y teme poder llegar a atascar vuestro baño —explico con cierta satisfacción por mi pequeña venganza.

—Espero que no sea algo contagioso.

—Tanto como la gilipollez.

Me lo encuentro sobre la moto y el casco puesto. Me acerco despacio. Me apetecía ese plan de verdad y me resisto a abandonarlo.

Me ofrece el otro casco, pero niego con la cabeza.

—Me quedo, Jude. Tengo hambre, me encanta ese grupo de música, me he arreglado y me merezco disfrutar de una buena noche. Yo no puse pegas al antro al que me llevaste aquella vez, y tú ni siquiera me explicarás qué tenía este de malo. Me siento dolida. Si me voy contigo, acabaremos discutiendo y estoy cansada de eso.

Se descubre la cara y me mira afectado.

—Deja que te compense. Conozco un lugar que te va a encantar. Cogeremos comida para llevar. Si no te gusta, te prometo que caminaré completamente desnudo por allí durante una hora entera.

Frunzo los labios y me lo pienso seriamente.

—No es justo y lo sabes, así que con probabilidad aborreceré ese sitio. Sin embargo, el que tendrá que pasearse en cueros serás tú, así que adelante. Espero que haga mucho frío y se te encoja totalmente.

Se ríe y eso apacigua un poco mi enfado.

—Sabes que ni con esas quedaré en mal lugar.

Me siento tras de él demasiado refunfuñona aún para compartir su broma.

Nos detenemos en la ventanilla de una cafetería y nos armamos de sándwiches y bebidas. Lloro la copa de tinto que pensaba degustar acompañada del tañido de una buena guitarra.

Le sigo a regañadientes cuando detiene el vehículo en un lugar oscuro y desierto. Cada vez estoy más convencida de que debería haberme quedado.

Atrapa mi mano y tira de mí. Me hace colarme por el diminuto agujero de una valla y miro alrededor perpleja.

—Jude, estamos en un campo de golf. Cerrado por cierto.

—Así nadie nos molestará.

—Pero ¿y si nos pillan? Estos sitios tienen cámaras de vigilancia

—Tranquila. Conozco al guardia de seguridad. Le enviaré un mensaje y la desconectará —responde con una calma absoluta

Nos sentamos en un trozo esponjoso de hierba verde y fresca junto a un pequeño y azul lago artificial donde una gran fuente en su interior deja escapar chorros de agua en forma de espiral que cae en un largo letargo de chapoteos y riegos. El césped está suavemente iluminado por focos sobre el suelo que le da un aspecto fantasmagórico.

Me recojo las piernas y Jude sigue el movimiento con ojos ávidos.

Lo cierto es que es un lugar increíble. Es como tener los jardines del Palacio de Versalles para disponibilidad propia. Un lujo inesperado.

—¿Y cuántas veces te ha hecho este favor tu amigo para impresionar a una chica?

—¿Estás impresionada?

—No en realidad. Lo cierto es que no me gusta nada —comento con una pizca de picardía.

—Supongo que entonces me toca cumplir —conviene llevándose las manos



al cinturón del pantalón para hacer el amago de desabrochárselo.

Me muerdo el labio y espero porque si quiere desnudarse y pasear desnudo para deleite de mis ojos, no seré yo quien se lo impida.

—Sé cuándo mientes, Brooke. Lo he sabido siempre porque tus pupilas se agrandan.

—¿Qué? ¡Maldita sea! Deberías habérmelo dicho antes. ¡Eso es trampa! Sus ojos se iluminan con una sonrisa que no alcanza sus labios.

—Trampas las que tuve que hacer en aquel *Strip poker* con Ty para que no quedaras en bolas.

—¡Lo recuerdo! Me empezaron a llegar un buen montón de buenas manos que os dejaron a los dos en paños menores.

Eleva una ceja señalando lo obvio.

—Ty estaba demasiado interesado en verte las tetas.

Cojo el sándwich que me ofrece y lo miro detenidamente. Empiezo a darme cuenta de que pasé por alto muchas actitudes de Jude que lo alejaban del apático, displicente y desganado hermanastro por el que le tomaba. Es como si hubiera tenido un velo delante de los ojos.

Estira sus largas piernas y las cruza sobre el césped tras engullirse su ración y una lata de refresco.

Decido deshacerme del calzado.

—No sé por qué me empeño en ponérmelos. Paso tanto tiempo en pie que este tipo de tacones se convierten en una herramienta de tortura.

Sin previo aviso coloca mis pies sobre sus muslos y comienza a deslizar sus dedos por la planta en giros firmes y certeros que provocan que gimie de placer.

—Sin duda esto es lo mejor de la noche, deditos mágicos.

Se ríe con esas carcajadas profundas y agradables que me atraen como a un niño el chocolate.

—¿Estás segura?

Antes de que pueda responder sus labios capturan la fina piel bajo la oreja y se deslizan hacia el cuello, dejando a su paso un reguero de besos cargados de erotismo que despiertan el entusiasmo de esa parte de mi cuerpo. Siento sus dientes tirando suavemente y un sonido lastimero de súplica sale de mi

garganta.

Busco su boca con la mía y mi lengua lame la suya sedienta de ese jugo que solo forma parte de él y me parece tan irresistible.

Deja caer su espalda sobre la hierba y me lleva con él sobre su pecho. Mis manos enmarcan su rostro y profundizo el beso consciente de que en algún momento tendremos que frenarlo si no queremos que nos arrastre por ramas que hemos decidido no anidar.

Sigo con esa idea cuando su mano coloca mi pierna sobre las suyas y se cuelga por la apertura de mi falda, comenzando a subir caliente y lujuriosa por mi muslo interior, apagando mi mente.

Estoy a punto de enviar todo a la mierda cuando sus dedos se detienen a escasos centímetros de mi sexo palpitante. Realmente, en ese momento me gustaría que se aventuraran más arriba y no entiendo qué demonios me ha hecho tomar una decisión tan estúpida como restringir el sexo entre nosotros.

—Jude —gimo animándole a continuar.

—Lo sé, lo sé. Solo besos —me responde, arrojándome un balde de agua helada. Que él se mantenga más fiel que yo a mi idea, me desconcierta.

El intercambio de nuestras bocas enloquece y ambos luchamos por llevar el control de algo que de por sí ya está descontrolado.

Acabo tumbada sobre la hierba con Jude cernido sobre mí. Sus labios abandonan los míos para recorrer mi barbilla, mi garganta, y bajar por el escote de mi vestido. Mi espalda se arquea cuando uno de sus dedos se desquita de la tela que cubre mis senos y captura un pezón con su boca. Sollozo, me revuelvo y capturo su cabello entre mis dedos para mantenerlo ahí. Lamiendo y succionando.

Creo que esto trasciende un poco de los iniciales besos pactados, pero tampoco expusimos con demasiado detalle donde estaban los límites... o sí.

—Espera, Jude. Lo estamos volviendo a hacer.

Se detiene con resignación como si supiera que esto se avecinaba.

—Porque es una idea absurda —protesta, desplomándose de nuevo sobre su espalda con un brazo tapando su rostro.

—Creía que estabas de acuerdo, que entendías la razón, pero vuelves a confundirme y me traes de nuevo a un lugar oculto donde estamos solos para

acabar ¿qué? ¿Follando en seco?

—Esa no era mi intención. No te he traído aquí para seducirte. Pero es inevitable que si ambos nos deseamos, acabemos teniendo sexo.

—¿Y mañana qué? ¿Volveremos a tu casa a hacerlo otra vez y discutir después? ¿Será así siempre hasta que se extinga la pasión inicial y no quede nada por decirnos? Lo siento, Jude, pero no es esto lo que entiendo por una relación.

—Y yo no puedo darte ahora mismo lo que quieres.

Esa declaración tan definitiva hace que mi pecho duela.

—¿Por qué? ¡Eras tú el que tenía prisa por decírselo a mis padres y ahora me dices que no puedes darme algo real!

—No tiene nada que ver contigo o lo que sienta cuando estoy contigo es a causa de mis propios asuntos. Estoy metido en aprietos importantes en los que tú nunca deberías haberte visto involucrada. Lo cierto es que el que acabaras estudiando en Baltimore ha sido un error, y yo no debería haber dejado que te envolvieras tanto en mi vida.

Inhalo. Mi boca se abre y una oleada caliente de ira estalla en mi cuerpo, haciendo que mis ojos escuezan.

—Muy bien, Jude —respondo tratando de aparentar una calma artificial, engañosa y doliente—. Tienes tus propios problemas, problemas que no quieres compartir conmigo. Lo respeto y voy hacer exactamente lo que crees que debería ser. —Me mira con el ceño fruncido sin poder combatir su propia frustración—. Con un buen sueldo, no os costará más de una semana encontrar a un buen piercer. Ese es el tiempo que os doy. Luego, dejaré el trabajo y saldré de tu vida.

Mi corazón se vuelca por un par de latidos y luego se endereza de nuevo. No le permito más debilidad.

—¡Mierda, Brooke! ¡Eso no es lo que quería decir! —grita. Su rostro está rojo, y estoy bastante segura de que podría explotar en cualquier momento.

—Pues para mí, ha sonado alto y claro y no es la primera vez. No soy de las que ruego, Jude ni voy a desgarrarme las vestiduras porque estorbe en tus planes. Quieres a alguien con quien follar de vez en cuando; estoy segura de que no tendrás problemas para encontrarlo. Yo quiero estar con una persona

que no me oculte, con la que poder hablar sin discutir en todo momento, alguien que confíe en mí y en quien yo pueda confiar. Todo se magnifica entre nosotros y a veces pienso que no podré salir indemne de esto.

—Escúchame, Brooke —me ruega. Hay algo en la inflexión de su voz que me obliga a escucharlo atentamente—. Cuando me metí en todo este lío, tú eras algo inalcanzable y lejano. Ahora no puedo dar marcha atrás fácilmente. Cada día de mi vida, me mantengo caminando por la cuerda floja y no quiero arrastrarte a ello. No estás a salvo conmigo. Mi intención es protegerte.

—¿Sin preguntarme que quiero yo?

—Tú no entiendes qué clase de peligro corres.

—Pues cuéntamelo.

—No puedo.

—Ahora parece que la obstinada y la caprichosa soy yo ¿verdad? Y puede que lo sea, pero no sirvo para ser una mujer abnegada que calla y se conforma. No puedo supeditar tus necesidades a las mías, eso acabaría con mi espíritu.

—Lo sé.

Siento como si solo se me hubiera permitido disponer de una pequeña y endeble uña para rascar y poder despegar una de las muchas capas de Jude. Al romperse, ya no me quedan recursos para llegar hasta él.

Mi visión comienza a ser borrosa, y me giro dándole la espalda para que no vea las lágrimas que arden en mis ojos.

—Bueno, lo hemos intentado. Llévame a casa, Jude.

—No —protesta y me obliga a volverme, con sus manos en mis brazos—, aún no. Sé que es lo que debo hacer y es lo que debería haber hecho desde el principio, pero no puedo. Soy incapaz de luchar contra esto ¿entiendes? —dice con emoción llevándose un puño para golpear el centro de su pecho.

Las lágrimas corren por mis mejillas y ya no me molesto en ocultarlas.

—Siempre habrá una puerta abierta para ti —le anuncio mientras mis brazos le envuelven para procurarnos consuelo—. Tal vez algún día, Jude.

—¡Mierda, Brooke! Hemos estado tan cerca —maldice antes de enterrarme entre sus brazos y buscar mi boca con voracidad. Me pego a su cuerpo y a los latidos de su corazón, acoplando los míos a su propia cadencia. Dejo que me bese como si nuestra vida dependiera de ello y antes de darme

cuenta ambos caemos de nuevo sobre la hierba. Busco a tientas los botones de su pantalón mientras él sube mi vestido por mis caderas hasta el estómago donde deposita un suave beso.

Ni siquiera se molesta en quitarme las bragas, las hace a un lado para penetrarme con fuerza y ambos nos dejamos la piel en cada contacto como si quisiéramos que quedara impregnada en la del otro como una huella indeleble.

Besa mis lágrimas y se mezclan con el sabor de nuestras bocas. Nos abrazamos con fuerza cuando ambos culminamos casi al mismo tiempo y lo entendemos como una despedida.

—Resolveré mis mierdas e iré a buscarte, Brooke. —Asiento con la cabeza, agarrándome a esa esperanza como lo hace una ola, que no quiere desvanecerse, a la orilla de una playa—. Eso no resolverá nuestros problemas de carácter, pero, al menos, será real.

# CAPÍTULO 10

## *Adiós*

¿Cuántas personas dejamos atrás en nuestro devenir diario? Incluidas aquellas que en un momento determinado parecen imprescindibles y todo parece girar a su alrededor. El tiempo y la distancia no son buenos amigos. Todo queda nublado a su alrededor y descarga una fina lluvia que acaba por empañar y descorrer la tinta en las que se hicieron miles de promesas que acaban por desaparecer.

Miro a Jude mientras le entrego el contacto de varios piercer que buscan trabajo y me pregunto, mientras él se cierra y se vuelve frío y distante de nuevo, si nosotros seremos capaces de sortearlas.

La infelicidad está provocada en su mayor parte por las expectativas que nunca se alcanzan, pero yo estoy acostumbrada a lidiar con ellas, sortearlas y olvidarlas. Y muy profundamente sé que eso es lo que debo hacer con él para superarle.

Aunque Jude nunca deje de dolerme. Puedo mitigar ese suplicio eludiéndole hasta ignorar que una vez hubo algo entre nosotros que hubiera valido la pena si él hubiera luchado por nosotros.

Pero no pensaré en ello. No debo hacerlo.

La noticia de mi renuncia ha caído como una bomba entre los demás miembros del estudio. No entienden qué ha podido ocurrir, pero es difícil explicar que ahora mismo necesito alejarme de allí sin caer en demasiadas explicaciones.

Lo siento por Sean. Él confió en mí y considero que de alguna forma lo estoy decepcionando. Me he molestado en buscar yo misma posibles candidatos para mitigar el desencanto que transmiten sus ojos. Personas muy cualificadas que están dispuestas a cambiar de trabajo por un aumento significativo de sueldo y mejores condiciones. Lo cierto es que Jude paga mejor que otros estudios.

Me centro en despachar al mayor número de clientes posibles durante la

semana que me queda y eso me mantiene ocupada.

—Tienes un aspecto espantoso —me sorprende Megan abordándome a la salida. Me observa con mirada crítica y sacude la cabeza con contrariedad—. Vamos, estos se pueden arreglar media hora sin nosotras.

Sin más palabras, me lleva hasta una cafetería cercana donde nos zampamos dos bollos rellenos de crema y bañados de chocolate junto a un café.

—No hay nada que una mierda de estas no resuelva —comenta rechupeteándose los dedos—. Mira, voy a ser muy clarita, mona. Llevo tres años intentando que Jude me mire como lo hace contigo. Él no es del tipo mujeriego como Frederick, por ejemplo, que siempre está alardeando de conquistas o Adam que las mata callando. Él es reservado hasta la muerte. Que no digo que no haya tenido unas cuantas chicas, seguro que las ha habido, pero nada tan serio como para montárselo con ellas en el estudio, trasgrediendo una de sus propias normas.

»Nunca le he visto babeando o realmente afectado por ninguna. Es uno de los motivos por los que me gustaba, a parte del evidente.

Entonces llegas tú y se convierte en un cachorrillo apaleado que no puede dejar de olfatear tu celo. Creí que asesinaría a Adam cuando te propuso acompañarte a tu casa, aunque luego solo lo dejó en una simple advertencia.

—¿Advertencia?

—¿No lo sabías? Le dijo claramente que se olvidara de ti —explica y hace una significativa pausa para que digiera la información—. No sé qué ha podido ocurrir tan grave entre vosotros como para que salgas corriendo, pero no encontrarás tanta devoción en ningún otro tío. Si lo dejas escapar serás una completa imbécil.

—Creía que esto era para que me sintiera mejor, no peor.

—Alguien tenía que decírtelo.

—No es decisión mía únicamente, Megan. Él tiene asuntos que resolver que nos separan. En realidad, reconoció que nunca debimos empezar nada.

—¿Esos asuntos tienen algo que ver con los paquetitos que entran y salen del estudio?

—¿Qué paquetitos?

—No he querido meterme en ese tema, pero el tipo que los trae es desagradable y todo este asunto me huele mal.

—No lo sé. No puede o no quiere contarme nada.

—Entiendo. Es una pena.

—¿En serio? Creía que eso te dejaba el camino libre.

—¿Y conformarme con un tío incapaz de sacarse a otra de la cabeza? Ni de coña —comenta aterrorizada.

El café resulta interesante. Megan es ese tipo de personas que siempre dicen las cosas muy franca y rotundamente. Si se añade el hecho de que todavía no tengo claro si le caigo muy bien, tengo garantizada la sinceridad más feroz e implacable.

—Bueno, te llamaré cuando necesite otro *piercing*... Hazlo tú si necesitas otro bollo —añade en un gesto muy generoso e impredecible.

—Lo haré. Gracias.

—Pero tampoco te pases. Tengo una vida y no me gustan las personas muy desgastadas y el victimismo.

—Te aseguro que serás la última persona en quien piense para tomar algo.

—Perfecto.



—Brooke, este es James.

Le saludo sin entender del todo la presencia de Jude allí. Apenas me queda un día para terminar mi trabajo allí.

Ya tienen casi contratado a un piercer con mucha experiencia y buenas referencias.

Miro al tal James y me pregunto si le queda algún espacio en la piel para un *piercing* o un tatuaje.

—¡Joder! Si llego a saber que tenías a este bombón haciendo agujeros, hubiera venido antes. Lo complicado va a ser no correrse con las manos de esta monada en los huevos.

—¿Perdona? —salto sin poder esconder mi rechazo—. ¿Cómo dices?

—Es de las peleonas ¿eh? —vuelve a afirmar como si yo no estuviera



delante o no tuviera voz propia.

—Es mi hermana —advierte Jude, utilizando la peor carta en ese momento—. Y yo te sujetaré los huevos para que no haya problemas.

—¡Joder, tío! Perdona, no lo sabía.

Cruzo mi mirada con la de Jude y niego con la cabeza categóricamente. Puede ocuparse él mismo de ese tipo.

—Vamos fuera para que puedas ir desnudándote.

—Por mí no lo hagáis —responde comenzando a desabrocharse los pantalones.

Jude me sujeta del brazo y tira de mí para hacerme salir de la habitación. Me gira de frente hacia él y me interrumpe con una mano cuando voy a empezar a soltar un montón de diatribas de las muchas razones por las que no quiero ponerle las manos encima a ese tipo. No es el primero desagradable con el que me encuentro, pero en este caso no es su salud la que depende de mi ayuda.

—Sé lo que me vas decir y tienes toda la razón, pero necesito que hagas esto por mí.

—¿Por qué?

—Digamos que es una fuente y si me debe favores, él me los deberá a mí.

—¿Y qué pasa con los favores que vas acumulando en mi beneficio?

—Puedes cobrártelos cuando quieras, Brooke —responde en un tono bajo que me eriza la piel.

—¿Qué te parece un finiquito?

Media sonrisa burlona aparece en sus labios. Lo cierto es que aunque mi boca diga una cosa, a mi mente solo se le ocurren otro tipo de favores menos fríos.

—Eso suena a chantaje.

—Lo tomas o lo dejas.

—Un 5%.

—10.

—6.

—9,5

—6,5 y no le cuento a nadie que cuando tienes un orgasmo se te cae la

baba.

—Eso no cierto, imbécil, y deja que te diga lo poco educado que es sacar a relucir un tema así en este momento—le reprocho señalándole con un dedo en su pecho.

—¿Y qué puedo hacer si no pienso en otra cosa? —murmura, robándose el aliento.

—¡Oye! ¡Qué se me enfrían las pelotas! —brama el tipejo desde el otro lado de la puerta.

—Un 7% —apuro, ignorando su comentario.

—Hecho —responde y me doy la vuelta para tirar de la manilla de la puerta cuando me detiene con una mano sobre la mía y su pecho pegado a mi espalda—. Un 7% y vienes hoy a mi casa.

—Jude..., no podemos hacer eso. Hará todo más difícil.

Apoya su frente sobre mi hombro y respira profundamente.

—No puede ser más difícil de lo que ya lo es.

—Deja que lo piense.

Ni siquiera las partes nobles a la vista del tipo sobre la camilla son capaces de bajar la ansiedad que sus palabras han disparado a cotas impensables.

Cojo un par de guantes de goma y alcanzo uno de ellos a Jude. No deja de mirarme mientras se los desliza por las manos. Nunca hubiera imaginado que un acto que he visto mil veces en otras personas, pudiera estar cargado de tanto erotismo cuando lo hace él.

Me dirijo a la camilla y echo un ojo, luego dos y echaría tres si los tuviera. Este tío tiene tatuajes hasta en el pene. Una especie de serpiente, pero lo cierto es que tendría sitio para una anaconda entera.

—¿Quieres un *Hafada*?

Le mira a Jude

—¿Se llama así?

Este asiente con la cabeza y me indica con un gesto que sea rápida.

Desinfecto la zona y la serpiente comienza a crecer y estirarse.

Oímos a James murmurar algo, pero prefiero ignorarlo y Jude solo resopla. Le hago un gesto para que me ayude con el espacio y yo tenga el suficiente

sitio para moverme por los testículos del tipo sin problemas. Nuestros dedos se rozan a través de los guantes y por un momento olvido que es al otro tipo al que tengo entre manos.

Hago la perforación limpiamente sobre la fina de piel del escroto. Pongo mucho cuidado en pellizcar la suficiente para que no se le desgarre, y no tardo ni dos segundos en enroscar la bola de la barra *barbell*.

—¡Joder! Sí que es buena.

Como el tipo se empeña en hablar directamente con Jude, me ahorro la explicación de cómo debe desinfectarse y se lo dejo a él que tiene experiencia de sobra.

Me quito los guantes y les observo salir sin mucha atención.

—Ahora vuelvo, Brooke —me dice, pero no lo hace.

Desaparece con James y no vuelve a pisar el estudio en toda la tarde, ni siquiera cuando el resto de compañeros aparece con tacos, burritos y tequila para organizarme una despedida sorpresa.

Sean me explica que le ha comunicado por teléfono que le ha surgido algo importante que no podía aplazar. Yo me pregunto dónde está la llamada de cortesía que me correspondía.

Me digo que es mejor así. Pasar la noche en su casa hubiera complicado más todo y hubiese vuelto interminable una historia que debe acabar.

Me despido demasiado tarde, pero las viejas anécdotas e historias me tienen entretenida y a una parte de mí le cuesta decir adiós. Lo cierto es que era un buen trabajo. Le había cogido el gusto y cariño a las personas que me rodean.

—Deja que te acompañe a casa —me comenta Adam cuando estoy recogiendo mi chaqueta—. Sin dobles intenciones. Lo juro. No soy tan majadero. Solo para asegurarme de que llegues bien.

—De acuerdo. Gracias.

—Sabes dónde encontrarme, Brooke. Eres bienvenida cuando quieras —me comenta Sean.

Asiento con la cabeza y cierro ese capítulo de mi vida con una amarga congaja que se aloja en mi estómago con intenciones de no liberarme fácilmente.



Son las cuatro de la mañana cuando me despierta el sonido del móvil. Lo cojo a tientas sin estar muy segura de querer hacerlo, lo cierto es que a estas horas ni siquiera sé a ciencia exacta ni cuál es mi nombre. Descuelgo sin mirar la pantalla.

—¿Está Adam contigo? —suenan la voz de Jude, pero mucho más pastosa que habitualmente y con un tono hostil que ninguna embriaguez puede ocultar.

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso?

—¡Joder, Brooke! ¡Solo contesta a la puta pregunta!

—No.

—¿Te has acostado con él?

—No, claro que no.

Le oigo coger aire profundamente y suspirar de alivio.

—Siento no haber estado. Tenía...

—Sí, cosas tuyas. No importa, Jude. Es mejor así. Reafirma la idea de por qué no podemos estar juntos.

Espero a que se despida, que diga algo antes de colgar, pero recuerdo que está borracho y es probable que no lo haga.

—Estoy lleno de mierda —le oigo decir cuando estoy a punto de deslizar el botón de apagado en la pantalla. Lo devuelvo a mi oído con el corazón encogido—. Tú eras lo único que conseguía que me olvidara de cuál era mi lugar. Puede que ya no sepa estar sin ti y no lo consiga —susurra como si realmente hablara para sí mismo—. Cuando era un puñetero niño huérfano, pasando de casa en casa, pensaba que mi mayor deseo era encontrar una familia de verdad.

»Es difícil explicar que se siente cuando no se tiene el afecto de nadie, es como ser invisible al mundo porque nadie en él te necesita. Con catorce años seguía siendo un crío, pero que creía haberse endurecido, hasta que apareciste tú, mi única debilidad.

Ya no era una familia lo que necesitaba, era a ti. Fuiste mi primer abrazo,

mi primer beso, mi primera manta compartida o la primera persona que me robó mi cuchara para comerse mis cereales. Eres la única con la que he hecho el amor porque solo te he querido a ti. Siempre has sido tú y era tu imagen la que me volvía loco de deseo —su voz suena tan bajo que tengo que esforzarme para oírle, aunque tal vez se deba a los sollozos que sacuden mi cuerpo—. Nada es comparable a estar contigo, reír a tu lado o simplemente compartir un silencio. Solo tú me cabreas y me haces feliz a partes iguales.

»Renuncié una vez a ti cuando ni siquiera te tenía y casi me pierdo ¿cómo voy a lograrlo ahora? No quiero que te acuestes con Adam ni con ningún otro, no quiero que les muestres la misma cara que a mí cuando estoy dentro de ti ni que grites sus nombres. Me he equivocado millones de veces contigo, pero dejarte escapar es el peor error de mi vida. Sobrevivo, pero no vivo realmente y me he dado cuenta de que no soy el superviviente que creía.

Se calla y sé que me ha jodido para siempre. ¿Cómo voy a superar esto? ¿Cómo lo voy a superar a él?

—¿Dónde estás? —le pregunto cuando el llanto me permite hablar.

—En tu puerta. Abajo

Me levanto de la cama y me asomo por la ventana.

—¿Has conducido en tu estado hasta aquí?

—He venido andando. Llevo dando vueltas durante horas y al final es aquí donde he acabado.

—Sube. Te abriré —digo suavemente.

Me muevo despacio para no despertar a Will y al abrir me encuentro que Jude ya ha llegado. Nos miramos durante un segundo y nos lanzamos uno en brazos del otro, sin besos, sin caricias, ni pretensiones sexuales, solo un chico y una chica transmitiéndose su amor y su afecto sin palabras.

—Tú eres mi hogar, Brooke. Siempre y solo tú.

A la mañana siguiente me despierto sola. Me incorporo de la cama y veo la nota sobre la almohada.

«Lo siento. Estaba borracho y no sabía lo que hacía. Nunca debería hablado así. Te pongo en peligro con mi egoísmo. Espero que puedas perdonarme y seguir con tu vida tal y como habíamos acordado».

Arrugo la hoja y grito, grito, hasta dolerme la garganta, llena de rabia y

sufrimiento. Tiro el papel hecho bola contra la pared con fuerza, pero no produce el impacto que deseo. No suena a hecho añicos, no se rompe en mil pedazos como me siento yo. Parece como si Jude me hubiera arrancado el corazón para jugar con él, dejando un vacío tan hondo e incompleto que duele más que el propio dolor.

Will, seguido de Bobby, abre la puerta de mi habitación sin permiso y precipitadamente. Me refugio en unos brazos que no son los que realmente pueden consolarme, pero al menos confortan.

—Duele mucho —consigo balbucear entre espasmos y lágrimas que sangran—. Jude me duele.

# CAPÍTULO 11

## *Acción de gracias*

Apenas han pasado unas semanas, aunque parezcan siglos, desde la última vez que tuve noticias de Jude.

Jude el cambiante, el imprevisible, el intenso, el capullo. Esos son los términos en clave que utilizamos para referirnos a él, Bobby, Will y yo.

Nada que invente justifica que llegara a mi casa para abrirme el pecho, hacer mi corazón latir y luego desaparecer. No ha habido ningún motivo de vida o muerte. Llame a Sean y me aseguró que estaba bien.

Al menos uno de los dos lo está.

Ahora soy capaz de entender lo que me faltaba en mis otras relaciones y no era capaz de entregar y es esa pasión arrolladora que parece barrer y aplastar cualquier pensamiento práctico o egoísta.

No me educaron para anteponer el amor a todo lo demás. Tuve a mis padres de ejemplo. Ellos siempre han sido científicos por encima de todo. Veneran su trabajo y es lo que les define: eruditos antes que amantes esposos, estudiosos antes que padres, investigadores antes que amigos o familia con los compromisos que conllevan.

Nunca vi ninguna sombra de arrepentimiento. Ni un solo enjuiciamiento o empeño en hacerles cambiar, ha hecho nunca mella en ellos. Están tan curtidos en sentencias pobres y no deseadas que las desoyen como si nunca fueran pronunciadas. Al fin y al cabo, ellos tampoco entran en detalles sobre las elecciones del resto.

Ambos trabajan codo con codo en el Instituto Médico Howard Hughes en Chevy Chase. A una hora, más o menos, de Baltimore. Probablemente, eso es lo que hace que su matrimonio se mantenga. Si sus intereses o trabajos fueran distintos hubieran acabado por centrarse en ellos mismos y se hubiesen alejado el uno del otro.

Pero mi pasión nunca estuvo en mi trabajo o mi vocación. Me encanta y he luchado mucho por ella, pero jamás nada ha despertado una emoción tan

intensa como la que nació aquella última noche con Jude. Me asustó y me atrapó a partes iguales porque hubiera sido capaz de dejarlo todo por él si me hubiera dado esa oportunidad, y perderme de esa manera me aterroriza.

No obstante, él me cerró esa puerta en las narices y necesito tiempo para lamerme las heridas.

Subo al autobús rumbo a Chevy Chase. No hace falta que lo haga con mucha antelación porque mi madre no es de las que se mete en la cocina por horas. Con probabilidad, nos acerquemos al club o haya contratado un servicio de catering.

Sé que Jude irá. No he pedido expresamente esa información, pero mi madre creyó que podríamos compartir transporte y me lo dejó caer durante una conversación telefónica. Ahora mismo, no compartiría con él ni un salvavidas y puede que así se lo expresara a ella sin poder evitarlo. A veces, me cuesta morderme la lengua.

Lo cierto es que tampoco he recibido ninguna llamada de él, ofreciéndose a llevarme, pero he decidido alejar de mi cabeza cualquier pensamiento que me perturbe. No puedo ni me permito preocuparme por ello.

Saco mis auriculares y un cuaderno de apuntes y aprovecho la hora de viaje para estudiar.



La población se despliega por la ventanilla con una senda de lujosas y bien avenidas casas formadas por ostentosos jardines privados. Pese a ser un lugar pequeño, los ingresos medios por familia son de 167.790 dólares. Es uno de los distritos con la renta per cápita más alta del país y eso queda reflejado en la forma de vida de sus residentes.

Creo que Jude nunca llegó a habituarse al lujo. No porque le quedara grande, sino porque despreciaba la riqueza. Eso lo había aprendido en la calle y lo llevaba prácticamente marcado a fuego.

Lo que para mí era habitual y normal, para él era pomposo y un ejercicio de ostentación, y puede que tuviera razón, yo lo aprendí de la forma más cruda



en la sala de urgencias de un hospital gratuito.

Me bajo del autobús sin el menor rastro de una formal bienvenida por parte de mis padres. Me echo mi petate al hombro y pongo rumbo a mi casa.

Se instala un nudo en mi estómago cuando me doy cuenta de que Jude ya está allí y su moto está aparcada a la entrada del garaje.

Tenía una ligera esperanza de que este año no acudiera y concediese ponerme las cosas un poco más fáciles, pero él aprecia a mis padres y se marchó por mi culpa. Les debe estas pequeñas reuniones y yo también.

Me presento en el medio del salón y dejo caer mi petate con fuerza al suelo.

—¡Brooke! ¡Madre mía! ¡Qué susto nos has dado! ¿Qué llevas ahí? —salta mi madre sin levantarse de su sillón.

—Libros —respondo escuetamente, acercándome a ella para darle un beso en la mejilla.

Evito mirar en la dirección en que mi padre y Jude comparten algo sobre la mesa, pero es inevitable que salude a mi progenitor. Por fortuna, él si deja su sitio para acercarse y estirar su cuello para facilitarme el acceso a su mejilla.

—¡Brooke! Cada día estás más preciosa. ¿No viene nadie contigo? ¿Ese tal...? ¿Mark? —pregunta dando muestras de lo poco que sabe sobre la vida amorosa de su hija.

—Le encantaban las patatas con ajo. No pude soportar más su mal aliento.

—Me alegra que acabarais por un buen motivo y no por diferencias de caracteres o algo así.

—Ya me conoces. Lo primero soy yo.

—Esa es mi chica. Además, ahora tienes cerca a tu hermano para que vigile que nadie maltreche tu corazón.

Un gran aliento empuja fuera de mis pulmones. Aprieto los ojos con fuerza sin poder llegar a creer que él use un orden de palabras tan desacertado.

—Yo no confiaría mucho en eso, papá —murmuro con flojedad y continúo mi camino hacia la nevera en busca de un refresco.

Soy la reina de la indiferencia. Soy única aparentando que nada me afecta mientras mi interior se despedaza. No sé de dónde saco esas fuerzas y esa dignidad, pero ahí está funcionando a pleno rendimiento mientras hago ver que

la presencia de Jude no me deshace e ignorarle deliberadamente no emplea toda mi concentración.

Cojo una cola sin azúcar y sin cafeína de mi madre y le doy un largo trago.

—¿No os veis mucho? Creía que trabajas con él.

—Ya no. Ahora soy camarera. Trabajo solo los fines de semana y tendré más tiempo para los estudios y las prácticas.

—Veo que lo tienes todo bien planeado. Como siempre. ¿Verdad, Jude?

Me permito echarle un rápido vistazo, pero no debería haberlo hecho. Su atractivo me impacta. Es como si al intentar pensar lo menos posible en él hubiera olvidado lo impresionante que resulta.

Sus ojos me persiguen, aunque aún no haya abierto la boca. Hace rato que lo sé. Puedo sentir su mirada en la piel erizada de mi nuca como se advierte el peligro cuando algo acecha.

—¿Dónde? —pregunta y vuelvo a colocarme la máscara de indiferencia.

—The box —contesto a regañadientes.

Aprieta su mandíbula. Ese movimiento es la antesala de alguna diferencia de opiniones, lo que conllevaría a una discusión si me importara lo que tiene que decir al respecto, pero no se ha preocupado realmente por mí y mi situación en todo este tiempo, así que por qué hacerlo ahora.

—¿Cómo conseguiste ese trabajo?

Resoplo con paciencia.

—Bobby me lo consiguió.

—Bobby —repite—. El tipo que trabaja en el Temptation.

—¿Quién es Bobby? —interrumpe mi padre—.

—Vivo con su novio.

—Eso ha sonado demasiado confuso para este viejo —bromea alzando los ojos al techo.

Me arranca una sonrisa y al darme cuenta de que continúo mirando a Jude, la borro de inmediato.

—Voy a darme una ducha y quitarme el polvo del camino. ¿Cuál es el plan? —pregunto tras terminar mi refresco de un trago.

—Iremos al club —responde mi madre—. Tengo entendido que los padres de Jerry también estarán. ¿No fuisteis novios durante la secundaria?

—No. Solo teníamos sexo de vez en cuando.

—Demasiado información, Brooke —comenta mi padre con agotamiento.

Me rio y le lanzo un beso antes de coger mi bolsa y comenzar a subir las escaleras hasta mi antigua habitación.

La encuentro tal y como la dejé. Estaba convencida de que la convertirían en una biblioteca o cuarto de experimentos en cuanto me fuera, pero también conservaron la de Jude y ya tienen otras estancias para esos usos.

No trascurren ni dos minutos cuando oigo sus pasos, acercándose por el pasillo. Me apresuro a cerrar la puerta para buscar intimidad cuando su mano sobre la jamba la detiene a medio camino.

—¿Qué quieres? —casi grito con histerismo. No creía tener que enfrentarme a él, a solas, tan pronto.

—Deja ese trabajo de camarera —me suelta a bocajarro desde el lado de la puerta, que ambos sujetamos, en direcciones distintas.

—¿De qué demonios estás hablando, Jude?

—No me extrañaría que ese local perteneciese a Michael o alguno de sus socios. Lo más probable es que sea una trampa para tenerte controlada.

—¿Socios como tú? Dime, Jude, ¿qué contienen esos paquetes que dejan en tu estudio de tatuajes? Es por eso que no quieres contármelo ¿verdad? ¿Le haces recaditos al mayor traficante de estupefacientes de Baltimore? ¿Por qué tenías una deuda con él? ¿Perdiste un envío?

—Sí —contesta sencillamente.

Me quedo de piedra, tan sorprendida que la puerta cede bajos mis dedos y se abre, revelando a un Jude cabizbajo.

—Estás loco —afirmo fuera de mí—. ¿Por qué? No lo entiendo. Podrías haberlo tenido todo y renuncias a ello para involucrarte en algo peligroso, amoral y delictivo. ¡Eres un idiota, Jude! —grito, pero me pone una mano sobre la boca y otra en la nuca para que no pueda continuar hablando.

—Sé que lo sospechas hace tiempo, así que ¿para qué voy a andarme con rodeos? Ahora, entiendes lo arriesgado que es estar conmigo. Vivo en la cuerda floja, Brooke. Mucho más de lo que te puedas imaginar. Si te he sacado de mi vida, no es para que te metas directamente en la boca del dragón.

—El único que me ha metido en algo de esto eres tú —le reprocho

sujetando su mano para apartarla de mi boca.

—Y por eso trato de enmendar mi error —me dice con voz suplicante.

—Sal de ello, Jude. Déjalo.

—No puedo. No es tan fácil.

—No lo comprendo. No tenías ninguna necesidad ni económica ni de adicción. ¿Por qué? ¿Querías ser el chico duro de verdad? ¿Es eso? Has destrozado tu vida y a mí me has destrozado el corazón.

—Lo sé, Brooke, lo sé y me odio por eso. Cada día.

—No, no, no. No empieces con tu palabrería y tus confesiones de amor verdadero para luego desaparecer con una simple nota —intento deshacerme de la mano que aún sujeto, pero no él no me suelta.

Por un momento parece que va a acercarme y tal vez proporcionarme ese abrazo que necesito, pero tengo sentimientos encontrados y él lo nota. Deja caer mi mano y comienza a retroceder hasta la puerta.

—¿Dejarás el trabajo? —insiste con el cuerpo prácticamente fuera de la habitación.

—Lo haré si descubro que Michael tiene algo que ver.

Asiente con la cabeza, duda unos segundos. Los dos aspiramos y abrimos la boca como si fuéramos a decir algo al mismo tiempo, pero las palabras se atorán en la garganta y renunciamos a ellas. Baja la cabeza resignado y desaparece tras cerrar la puerta.

Me desplomo sobre la cama hecha gelatina. El resentimiento parece querer trasmutar en una absoluta y sincera preocupación por Jude. Me pregunto si debo simplemente desaparecer de su vida y dejarle solo en un mundo que acabará por devorarlo. No quiero abandonarlo a su suerte. Suficiente de eso ha tenido en su vida.

Jamás nada me había tenido dando tumbos y cambiando de manera constante de opinión como él. Me trastorna completamente. De repente, por primera vez en mi vida, no tengo un plan, ni estoy segura de lo que quiero ni de por qué debería luchar. ¿Por mí, por él, por mi carrera, por mi estabilidad emocional, por su vida?

«¡Maldito, Jude!»



Me arreglo con un vestido, que tenía en mi armario, corto en tono dorado de fina tela y profundo escote, realmente sexy, que consigue que los ojos de Jude beban de toda mi piel descubierta. No entiendo cómo mis padres no son capaces de advertir que sus miradas están cargadas del más profundo y ardiente deseo. Me pregunto si yo soy capaz de advertirlo porque me he deshecho del lastre de la hermana, pero ellos no.

Estamos sentados de frente en una mesa redonda y la comida me sobra mientras pensamientos traviosos cargados de intenciones se cuelan en mi cabeza, como el anhelo de alargar el pie hasta su pantalón para comprobar si está duro.

Reconozco que este tipo de aspiraciones van en contra de lo que me dicta la lógica, pero tampoco puedo espantarlas a manotazos, como si fueran un molesto enjambre. Tampoco él deja de provocarme con su mirada. Cualquier gesto de mis manos sobre mi cuello, retirándome el pelo o tocándome los labios, es registrado por sus ojos como si fuera un halcón a punto de abalanzarse sobre su presa.

Cierro los míos para poder pensar. No podemos retomar lo dejado y mucho menos volver a compartir un breve momento que volverá a romperme.

Muerdo mis labios y él se relame los suyos. Bebo de mi copa para evitar un gemido lastimero que no sabría explicar y le miro directamente por encima del cristal.

Se ha arreglado para la ocasión con unos pantalones de vestir grises y una camisa negra que vuelve el azul de sus ojos radiante y luminoso. Y lo cierto es que queda perfectamente armonizado con la tinta que se adivina entre sus botones desabrochados o los *piercings*.

Habla poco, como siempre ha hecho en este tipo de reuniones, y sonrío lo justo pero su presencia lo llena todo.

Les estoy contando a mis padres mi experiencia con Jude cuando me hizo el tatuaje, ahorrándome las partes más sugerentes.

—Lo cierto es que estoy pensando en hacerme otro —suelto

sorprendiéndome a mí misma—. Uno pequeño. Le preguntaré a alguno de los chicos sobre ello.

—¿Y dónde sería esta vez? —pregunta mi padre curioso.

—No quieres saberlo —respondo con picardía.

Una de las ventajas de que mis padres no sean excesivamente protectores es la de poder hablar con ellos de prácticamente cualquier tema sin excesivo pudor o remilgos y eso es una gran ventaja a título personal y en esta situación.

El bocado que Jude se lleva a la boca queda suspendido en el aire dos segundos de más antes de ser devorado.

—¿Brooke? —nos interrumpe una figura que se detiene a mi lado—. ¡Madre mía! ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? —Me levanto para saludar a Jerry con una sonrisa y los dos besos de cortesía, pero él me estrecha en un caluroso abrazo que no soy capaz de rechazar—. Estás estupenda. Preciosa —me lisonjea echándome un apreciativo vistazo.

Él tampoco ha cambiado mucho. Sigue siendo el prototipo de Ken Malibú con su bien peinado pelo rubio y los hoyuelos de sus mejillas.

En la secundaria era el capitán del equipo de fútbol y, cuando yo conseguí el puesto de jefa de animadoras, todo el mundo dio por hecho que Ken y Barbie acabarían juntos. Solo que Barbie no era tan predecible y dócil como él esperaba. Nunca quise nada demasiado estrecho o estable con él.

Con Jerry solo había un camino y era la de acabar convertida en la esposa que veía salir a su marido hacia su trabajo desde la ventana de su casa en una urbanización de bonitas y asfixiantes casa blancas. Tal vez con algún retoño que me absorbiera todas las horas del día y me hiciera caer agotada a tempranas horas por la noche mientras él se quedaba viendo la televisión... y eso no era una vida hecha para mí.

Tuvimos buenos y divertidos encuentros sin más pretensiones. Jude acababa de marcharse y sentía la soledad que él dejaba. Jerry acabó aceptando que nunca conseguiría más de mí y eso nos convirtió en grandes cómplices. Aprendí mucho con él y descubrí más aún sobre mí, hasta que su enorme ego acabó fastidiándolo todo.

—Jerry, ¿cómo te trata la vida?

—No me va mal del todo —responde y luego se vuelve a mis padres

desplegando toda su galantería—. Perdón, soy muy descortés, pero he quedado prendado de la belleza de su hija y se me ha olvidado que había alguien más en la mesa.

Saluda a mi madre con una inclinación de su cabeza y tiende la mano a mi padre.

Jude se recuesta sobre el respaldo de su silla y fija la mirada en él con desdén. Eso hace dudar a Jerry unos segundos, pero opta por ofrecerle su mano de todas formas.

—Sin rencores, tío —le dice cuando finalmente estrechan palmas—. Se puede decir que me lo merecí por estúpido.

No tengo la menor idea de a qué se refiere, pero tengo mis sospechas.

—¿Te quedarás estos días por aquí? —me pregunta con todo su atención de nuevo sobre mí.

—En realidad, no. Mañana debo volver a Baltimore. Tengo que trabajar.

—Bueno mi número de teléfono sigue siendo el mismo. Llámame algún día si quieres recordar viejos tiempos.

Asiento con la cabeza, pensando en lo poco probable que es que vaya hacerlo. Ni siquiera guardo su número y tengo poco tiempo para las redes sociales.

—¿Por qué dejasteis de veros? Parece un buen chico —comenta mi madre cuando finalmente se va.

—No quieres saberlo, mamá.

La verdad es que se le ocurrió compartir en el vestuario de chicos que yo le había hecho una *cubana* impresionante, y el que no fuera cierto era lo de menos porque bien podría haberlo sido, lo realmente insultante fue que difundiera detalles tan íntimos entre un grupo de adolescentes salidos con poca sesera para filtrar información. Ni siquiera eran de confianza. Ese rumor se extendió como la pólvora y me tuvo en boca de todos durante mucho tiempo.

Rompió una regla acordada previamente, mintió, me traicionó y me puso en el punto de mira de algún que otro degenerado que creyó que yo era un bien público que podía sobar a su antojo.

Al parecer, Jerry rondaba hacía semanas a una chica dulce y estudiosa de segundo y eso me echó encima a todo el colectivo de empollones. Mi casillero

se llenó de pintadas en las que se leía perfectamente palabras tan afinadas como: zorra, puta, tetona o lerda y retrasada, haciendo referencia a mi dislexia.

Descendí desde la cúspide al barro en días, como si todo aquel maldito instituto estuviera esperando una pequeña excusa para hacerme caer.

Ahora sé que poco importaba la persona, lo que interesaba era descargar las frustraciones personales con un blanco fácil, y Jerry colocó esa diana a mi espalda entretanto él parecía ser laureado por el mismo motivo.

Todo aquello ocurrió justo antes de las vacaciones de navidad. Jude me descubrió llorando sobre un escalón del porche cuando volvía por las fiestas. Nunca demostró sentirse afectado, pero ahora sospecho que esos nudillos ensangrentados durante la cena de nochebuena no fueron fruto de una disputa cualquiera.

Lo recuerdo bien porque yo misma me ocupé de limpiar las heridas y vendar sus manos mientras le echaba una buena reprimenda por ser un salvaje impetuoso.

—Es un cretino —murmura lo que termina por convencer a mi madre. Confía en su criterio más que en el de cualquiera, como si tuviera un radar para descubrir la verdadera naturaleza de las personas.

Se levanta y echa mano al bolsillo de su pantalón para sacar su paquete de tabaco mientras nos lo enseña como única señal de sus intenciones al dejar la mesa.

—Voy al baño —informo yo, levantándome cuando le veo desaparecer por la puerta que lleva a la terraza.

Camino a paso rápido, pero soy interceptada por Jerry de nuevo. No puedo creérmelo.

—Oye, Brooke —me dice, colocando una mano en mi espalda desnuda—. Espero que no me sigas guardando rencor por aquello. Me porté como un imbécil, pero no era más que un imberbe sin sentido común.

Cojo aire y trato de hacer uso de la poca capacidad de comprensión que reservo para él.

—Mira, Jerry. Lo cierto es que soy muy poco rencorosa y soy capaz de entender que tu egocentrismo le ganó la partida a tu inteligencia, pero...



—Eso es genial, nena, porque lo cierto es que pienso mucho en ti. Lo pasábamos muy bien. ¡Joder! Eras la tía más buena del instituto y sigues estando tremenda —me interrumpe, tirando de mi espalda para acercarme a él.

—No lo entiendes, Jerry, te considero un mal nacido no por lo que dijiste, sino por tu actuación posterior. Dejaste que me acorralaran, me insultarán y me ajusticiaran por algo que tú inventaste. No trataste de arreglarlo ni te pusiste de mi parte. Me volviste la espalda y me trataste como si fuera una apestada.

—Jude me amenazó. Me partió la cara y me dijo que si me volvía a acercarme a ti me cortarían los huevos. Tu hermanastro no era alguien a quien tomarse a la ligera entonces.

—La advertencia sigue en pie —interrumpe el susodicho con bravata disfrazada de indiferencia.

Aunque no le veo porque está detrás de mí, sé que taladra la mano de Jerry sobre mi espalda porque este la retira con precipitación.

—Resulta que ahora trabajo para el fiscal. No soy alguien a quien deberías amenazar. Esta es una conversación privada.

—La conversación termina aquí, Jerry. Pasaron semanas, antes de que te encontraras con Jude, en las que no hiciste nada por mí.

—Son chiquilladas del pasado, Brooke. Madura —salta resentido.

Me echo a reír. No puedo evitarlo.

—Veo que a alguien le crece el ego con los años. Madura tú, Jerry, y acepta una negativa con elegancia.

—¿Qué esperabas? —pregunta Jude a mi espalda—. Venga, Brooke, deja de jugar con Ken y vámonos.

—¿No has oído que soy una inmadura? —le pregunto volviéndome a él e ignorando a Jerry. Lo cierto es que en el momento que Jude ocupa mi visión, él desaparece de mi pensamiento como un recuerdo fugaz imposible de conservar.

—¿Y es eso malo? —pregunta con una sonrisa mordaz.

—¡Estamos de acuerdo en algo! ¡Es increíble! —exclamo, desatando todo mi talento para el dramatismo.

Ambos desechamos el resoplido de Jerry y tampoco le dirigimos una sola mirada cuando sus pasos repiquetean sobre el suelo, anunciando su salida.

—Lo que es increíble es que siempre atraigas a esa clase de cretinos.

—Atraigo a muchas clases de cretinos —le reprocho, y él lo acepta con un asentimiento de cabeza—. ¿Peleaste con él? —susurro, dejando la camaradería ahora que Jerry ya no es visible.

—Sí.

—No debiste hacerlo. Lidié con todo aquello muy bien sola. No te correspondía nombrarme al amenazarle.

—¡Y una mierda! Ese tipo te hundió y no me importaría volver a partirle la cara.

—¡Nadie me ha hecho nunca tanto daño como tú, Jude!

—¿Crees que eso no me tortura?

Inhalo profundamente y me duele el pecho al hacerlo.

—Ahórrate la palabrería y déjame pasar página —le exijo con dureza, aunque en realidad no estoy segura de poder hacerlo.



Jude sale literalmente huyendo tras la cena. No ocupa su habitación como en otras ocasiones. Coge su moto y pone rumbo a Baltimore o eso sospecho yo.

Creo que es lo mejor para los dos por el momento y seguramente lo haya hecho por mí. No sería capaz de dormir de manera plácida en las mismas cuatro paredes que él, imaginándomelo en su habitación sobre su cama a escasos metros de la mía, tratando de resistir el impulso de acortar esa distancia y muy probablemente, intentando volver a él con la débil promesa de que sería la última y definitiva.

Subo las escaleras de mi casa. Mis padres siguen en el club y posiblemente lo harán durante un rato más. Paso la puerta de mi habitación sin tener muy claras mis intenciones y abro la de Jude.

Echo un vistazo, con añoranza, como hiciera en incontables situaciones desde que se fue.

Sentarme sobre su cama y mirar todo desde esa posición, para ver lo que él veía y sentir lo que él sentía, supone una declaración de amor. Un

descubrimiento en el que reconozco que ninguna pared nos separó nunca realmente y que muchas fueron las veces que nuestras respiraciones se confundían, nuestros corazones latían como uno solo y nuestras miradas se enredaban en un nudo enmarañado de verdades que no podían ser develadas.

Sí, Jude siempre me aceleró el pulso de una manera que no podía permitirme.

La imagen de él, desnudo, sobre la cama, masturbándose mientras no me quitaba los ojos de encima, me despertó a una nueva sexualidad y unos sentimientos prohibidos que me calentaban a solas y guiaban mis dedos por mi sexo.

Mis orgasmos sabían a Jude, aunque yo no quisiera reconocerlo.

Dejo caer la espalda sobre el colchón y soy capaz de recordar la situación como si la mantuviera siempre fresca en mi cabeza. Subo el dobladillo de mi vestido y deslizo mi mano bajo mis bragas.

Soy capaz de imaginar el calor de su cuerpo sobre las sabanas como si acabara de dejarlas desnudo y excitado con la respiración de su pecho agitado, ondulando los músculos de su abdomen y dando vida a los tatuajes en su piel.

Busco con la yema de los dedos mi clítoris dolorosamente excitado. Doy vueltas sobre él. Mis dedos se humedecen. Gimo sin pudor y apenas registro el clic de la puerta al abrirse.

No lo esperaba.

Es una situación inverosímil. La misma de hace años, pero al contrario. Sus ojos se detienen en mi mano, bajo el encaje, y suben por mi cuerpo jadeante hasta los míos con las pupilas dilatadas.

Apoya un hombro sobre el marco de madera y se cruza de brazos, en actitud de espera sin dejar de mirarme.

Retiro la mano de mi pubis, pero para deslizar mis bragas por los muslos y deshacerme de ellas con un movimiento de tobillo.

Separo mis rodillas para que tenga una visión gloriosa de mi sexo. Se pasa una mano por la cara y yo imagino que es esa misma mano la que está ahora sobre mí, deslizando sus dedos por la hendidura empapada y presionando mi clítoris, en busca de un alivio que parece que nunca podrá ser saciado

mientras él continúe mirándome así.

Duda en la entrada. Parece acercarse para luego alejarse, pero finalmente cierra la puerta a su espalda y se quita la chaqueta para cernirse sobre mí con una rodilla sobre la cama junto a mi muslo.

Sus manos se deslizan por la parte interior de mis muslos aumentando su separación y finalmente introduce uno de sus dedos en mi vagina de forma suave.

Gimo e impulso mis caderas contra ese dedo que ahora entra y sale mucho más rápido mientras el mío continua mimando mi clítoris.

El orgasmo que llega me despedaza. Su intensidad me hace gritar y mi pelvis se vuelve loca contra la palma de su mano. Sin embargo, no me tranquiliza ni calma mi excitación, al contrario, parece estimularme e implorar que reclame más de él.

—Brooke —pronuncia con un lamento que no sé si es un quejido o una súplica.

Me pongo de rodillas sobre la cama frente a él y desato su cinturón con frenesí, bajo la cremallera del pantalón y busco tras la tela de sus *boxers* el premio gordo.

Su glande rosado y hermoso brilla con el líquido preseminal derramado. Lo lamo deslizando la lengua sobre la punta y la bola de su pendiente.

Le oigo aspirar con fuerza, y su mano acaba en mi pelo mientras mi lengua continua saboreándolo a lo largo de su tallo. Dejo que el frío metal de mi *piercing* juegue a contrastes con el calor de su pene. Lo tomo entero con la boca mientras deslizo el prepucio hacia abajo con los dedos y presiono en la base, sobre los testículos, para aumentar la sensibilidad del bálano.

—¡Joder, Brooke! Voy a correrme —me avisa, pero lejos de detenerme aumento el ritmo.

Sujeta mi cara entre sus manos, acariciando mi mejilla y la mandíbula con su pulgar en un gesto tierno que contrasta con la firmeza con la que me retiene.

—Brooke —vuelve a prevenirme, pero continúo hasta el final. Su sabor salado pasa por mi garganta, sin que apenas lo advierta mientras un gruñido casi animal sale de su pecho.

Su sexo sale de mi boca, pero sus dedos no dejan mi pelo y continúa

sosteniéndome contra él. Mis brazos rodean su cintura y lo estrechan apretadamente.

—Siempre me digo que será la última vez —murmuro de forma descorazonada contra la tela de su camisa.

—Hasta que nos volvemos a encontrar. Debería haberme ido como tenía previsto.

—¿Y por qué has vuelto?

—¿Hace falta que lo diga?

Afirmo con la cabeza como toda respuesta.

Coge mis manos a su espalda y me lleva con él sobre el colchón, recostándome sobre su pecho.

—Al menos, no estamos discutiendo —añado deslizando mi mano bajo su camisa y acariciando su piel.

Cierra los ojos al contacto y luego los abre con una nueva determinación. Se incorpora ligeramente para atrapar mis labios, pero en ese momento oímos las voces de mis padres en la entrada.

Me levanto como un muelle, recupero mis bragas y las devuelvo a su lugar bajo su atenta mirada.

—Brooke —me llama cuando estoy con la mano en el vano de la puerta.

—Sí, Jude, será la última vez —respondo con una sonrisa vacía de humor.

# CAPÍTULO 12

## *La chica de oro*

Nunca he tenido tabús respecto al sexo. Lo he tomado cuando he querido y no soy remilgada ni lo evito. Me gusta y lo he practicado con asiduidad. He tenido relaciones enteramente sexuales sin ningún otro vínculo y nunca he permitido que por ello se me etiquete de promiscua o libidinosa. No me caso con la idea de que las mujeres debamos ser más decorosas o castas, y se nos exija ciertas actitudes ante el sexo distintas a los hombres. El sexo puede llegar a ser asombroso cuando se sabe lo que se quiere y cómo, también para las mujeres, y desearlo con intensidad no es solo patrimonio masculino.

Lo he buscado y lo he tenido cuando me ha apetecido sin arrepentimientos ni prejuicios. Leo novela erótica sin escandalizarme y no juzgo a quien también lo hace. A veces, parece que el erotismo solo fuera terreno de los hombres o las mujeres descontroladas. ¡Menuda pila de sandeces!

Digo polla o fóllame cuando me apetece sin perder un ápice de mi feminidad porque mujer no es sinónimo de pudorosa o recatada.

También he sido monógama cuando así se ha acordado, pero sin estar realmente enamorada. Ahora, lo sé.

El sexo siempre me ha servido para calmar apetitos, divertirme y disfrutar. Nunca lo he sentido como una necesidad tan vital que no soy capaz de controlarla o de la que nunca tengo bastante.

El sexo con Jude nubla mi mente y ocupa mi cabeza la mayor parte del día. A veces, solo debo pensar en sus ojos quemando sobre mi piel para acabar removiéndome sobre la silla inquieta y húmeda.

Se puede tener sexo sin amor y amor sin buen sexo, pero cuando se logra comunión en ambos aspectos quedas atrapada en una nube de sicalipsis que te rodea y te atrapa.

Añoro a Jude. Mis propias acciones para alcanzar la satisfacción solo consiguen pobres resultados que no pueden equipararse a lo que siento cuando estoy con él. Me dejan insatisfecha aunque en mi cabeza sea su cuerpo el que

acaricia el mío.

A veces recorro al enfado y la rabia para mantenerme alejada. Le echo la culpa de esta separación forzosa, por su poca predisposición para retirarse de esa situación en la que se ha visto envuelto, y nos separa sin darnos una oportunidad más allá de los encuentros escasos y fortuitos.

Me ha condenado a anhelarle sin tenerle, a que me duela su carencia entre las piernas y en lo más hondo de mi alma.

Y le odio, le odio tanto como le amo.

Tal vez siempre fue así y camuflaba de rencor mis sentimientos por él, negando el amor como el papel de una pared que se recubre una y otra vez con pintura con la esperanza de que quede oculto, pero que permanece allí invariable.

Él no me quiere cerca y puede que crea que es por mi bien, que trata de apartarme del peligro, y lo más probable es que así sea en parte, pero se resguarda así mismo para protegerse. Renuncia antes de que lo aleje para no tener que enfrentar un nuevo abandono, y eso me mata.

Jude me duele.



Nunca dejé el trabajo en The box. Ni siquiera cuando pude confirmar que realmente detrás de la oferta de empleo estaba Michael. Le he visto en varias ocasiones.

En una de ellas pasó por el local antes de la hora de apertura para revisar a sus empleados. Me dedicó una de esas resplandecientes sonrisas que parecía abandonarle pocas veces y fue absolutamente cordial con todo el mundo. Otro día apareció con un nuevo uniforme que nos hizo removernos inquietas a las chicas y a mí, pero ninguna renunciábamos al puesto. Yo lo hubiera hecho si ese trabajo no me sirviera para granjearme la confianza de su dueño y descubrir qué oportunidades tiene Jude de salir de su red.

Así que hoy me enfundo el diminuto mono negro consciente de que nuestro media nalga y salgo a la barra a servir como si no oyera las provocaciones y

los comentarios groseros. Me imagino acudiendo al trabajo de cada uno de esos bocazas a lanzarles un montón de impropiedades sobre la manera en que sus pantalones marcan sus paquetes a voz en grito para avergonzarles delante de sus compañeros. A ver si eso les resultaba tan divertido.

En algún momento de la noche veo a Michael ocupado en una mesa con diferentes personas.

—¿Con quién se reúne? —le pregunto a Thomas, mi compañero.

—Aquí lo hace con la gente más importante: empresarios, políticos e incluso jueces. Este es su garito más elegante, pero no dejamos de ser un muestrario que también está en el menú si estás dispuesta a aceptar el dinero. No te extrañes si alguna vez le presentan alguna oferta por ti y te hacen alguna proposición.

—¿Qué?!

—Vamos, no te hagas la inocente. Te has puesto ese uniforme que no es más que una etiqueta que te cataloga como mercancía en venta. Solo que aquí te pagan el doble y tienes la oportunidad de negarte si no te hace falta mucho el dinero.

—¿Es que tú lo haces?

—Tengo una madre heroinómana y cinco hermanos que dependen de mí. ¿Tú que crees?

Me toma por sorpresa. No esperaba ese tipo de mercadeo. Sabía que Michel regentaba un par de locales de striptease, pero este local es incluso más tranquilo que el Temptation. Su barra nunca está atestada ni su pista de baile se llena de clientes desmedidamente bebidos o con muchas ganas de excesos. Es más bien un local elitista con música tranquila.

Trago saliva, tomo aire y levanto la cabeza. Mi vestuario no define lo que soy, lo que siento o lo que ofrezco. Estoy aquí por Jude.



Entro por la puerta trasera. Adam me espera al otro lado con una tranquilidad pasmosa que rivaliza totalmente con mi nerviosismo.



—Adelante. Jude no está. Tenemos vía libre —me apremia.

Nos deslizamos hasta su cubículo de trabajo y cierra la puerta tras nosotros.

—¿Estás lista?

Asiento con la cabeza y me desabrocho los botones de mi jeans. Los deslizo por la cintura a la altura de la línea del bikini arrastrando las braguitas con él.

—Tumbate. —Hago lo que me pide y espero mientras él se coloca los guantes—. De izquierda a derecha entre la cintura y el pubis ¿no es así?

Vuelvo a asentir.

—¿Fan de Elvis? —me pregunta con humor, quitando carga emocional al motivo de mi tatuaje. No deja de ser irónico que fuera él mismo el que grabara a Jude las mismas palabras: «Always on my mind» y que sepa mejor que nadie lo que significan para mí, tal vez mejor que yo misma que no sé qué pretendo demostrar ni que con qué intención. Solo sé que él siempre será algo más y no quiero que su huella en mi piel se borre como si no me hubiera marcado definitivamente.

—Estoy preparando una nueva exposición. Me han pedido que muestre mi trabajo en una galería de cierto renombre.

—Eso es una gran noticia, Adam.

—Tu ayuda me vendría muy bien. Tengo en la cabeza la forma en que sacarías tus fotos y no soy capaz de deshacerme de esa idea. Nada burdo o demasiado revelador. ¿Hay alguna forma de que pueda convencerte?

—¿Por qué yo?

—Porque serías la chica de oro perfecta.



El lugar de Adam es una puñetera lonja totalmente diáfana con más trastos que muebles. Miro alrededor y observo que también se dedica a pintar en enormes lienzos que despliega uno tras otro, apoyados en altas paredes.

Como me ha dejado la puerta abierta y no se ha acercado a recibirme,

tengo que buscarle esquivando columnas y cachivaches.

Me lo encuentro tras una mesa donde tiene desplegada su cámara y un buen número de objetivos. Está desnudo de cintura para arriba y me quedo absorta mirando su torso y su espalda prácticamente llena de tinta en multitud de colores con curvas y trazos que suben y bajan torneando sus músculos.

Cuando oye mis pasos, levanta la vista y me dedica una leve sonrisa. Al franquear un pilar, me doy cuenta de que no está solo. Hay una mujer de pelo oscuro que me echa un vistazo poco disimulado.

—Ya entiendo lo que querías decir —le comenta a Adam antes de volverse hacia mí—. ¡Hola! Tú debes ser Brooke. Mi nombre es Kate y voy a ser la encargada de embadurnarte en dorado —me explica y no tengo ni idea de qué me está hablando porque Adam no me ha dado detalles, excepto lo que me dijo mientras me hacía el tatuaje y nunca pensé que lo de «chica de oro» lo dijera de forma tan literal.

—Sería estupendo que consiguieras fotos de los dos juntos —continúa, dirigiéndose a él—. Dos personas con tanta fuerza y con un físico tan contrastado.

»Jude es todo dureza e intensidad y ella es deliciosa y refinada. Unidos serían como un caramelo dulce y afrodisíaco.

Sus palabras me toman por sorpresa. Doy por hecho que le conoce, pero ¿qué le ha contado Adam?

—No es un buen momento para algo así —respondo escuetamente.

—¡Claro! Solo era una idea. Ven conmigo. Ahí detrás tengo preparado todo el material. La sigo detrás de un biombo donde tiene preparado botes de pintura corporal dorada de verdad.

—Esta es una pistola de micropulverización para extenderte la pintura por todo el cuerpo. Desnúdate, nena, y déjame a mí. Te voy a dejar brillante como un maldito lingote de oro para que ese pervertido haga maravillas tras su cámara.

Esbozo una sonrisa y comienzo a desprenderme de la ropa.

—Perdona, por el comentario de antes. Adam solo me comentó que eras territorio vedado para él porque Jude le mataría si te pusiera la mano encima, y di por hecho que estabais juntos.

—Es un tema complicado, pero desde luego él no dicta con quién me acuesto o no.

Esa respuesta parece gustarle porque me echa una mirada apreciativa. Lo cierto es que aunque no miento sobre lo dicho, estoy tan jodida que tener sexo con alguien que no sea el propio Jude parece totalmente descartado.

—Tengo que avisarte que hoy no podrá ser con Adam, lo he dejado tan agotado que no creo que ni se le levante durante la sesión de fotos —se burla muy consciente de que el afectado le puede oír perfectamente—, pero yo me recupero mucho antes que él si te interesa —añade guiñándome un ojo.

Termino de desvestirme deslizando las braguitas por las piernas.

Kate me ordena poner los brazos en cruz y girar mientras dispara el color por mi cuerpo, el rostro y el cabello. Rastrilla con sus dedos las ondas de mi pelo apelmazándolas hacia atrás y despejando mi cara.

Mientras espero a que seque, ellos montan el decorado que consiste simplemente en una gruesa tela oscura de fondo y alguna rosa negra esparcida por el suelo.

—Muy bien, preciosa —me anima Kate cuando salgo un poco cohibida con un trozo de tela que me ha ofrecido, para cubrirme, si no acabo de sentirme cómoda completamente desnuda—. No seas tú misma ni mierdas de esas. Piensa en Rihanna en el vídeo de Umbrella, siéntete sexy y desmelénate. Eres y estás cañón, nena.

Pone música a un volumen ensordecedor, aislando esa pequeña burbuja de escenario del resto del mundo y Adam coge su cámara y empieza a disparar sin previo aviso.

Me siento sobre el suelo y recojo mis piernas sobre mi pecho, cubriendo mis partes pudendas. Poco a poco me olvido de que estoy completamente desnuda, me deshago de la pieza de algodón y curvo mi espalda sobre el suelo con los brazos sobre mi cabeza y una rosa negra en mi pubis completamente rasurado.

Kate juega con la luz de unos focos, emitiendo destellos o condenando a la oscuridad parte de mi anatomía.

La rosa acaba en pétalos sobre el suelo y Adam apunta su objetivo directamente entre mis piernas abiertas con un pie ocultando mi sexo hasta el

comienzo del pubis.

Saca fotos cuando me arrodillo, a cuatro patas con la espalda curvada, otras en cruz, boca arriba, boca abajo, doblada, abierta y en otras posturas un poco más comprometidas.

—Es suficiente, Brooke. Tengo material de sobra —manifiesta Adam hasta ahora tan absorto que solo hablaba para darme pequeñas indicaciones sobre adónde mirar o cómo poner una pierna o un brazo.

Kate me indica dónde puedo ducharme y lo hago minuciosamente para quitarme toda la pintura del cuerpo. Cuando llego hasta ellos completamente restaurada, los encuentro echando un ojo al visor de la cámara, pasando las fotos sacadas.

—Mira esta. Es impresionante —dice ella y la luz de los ojos le cambia a otra más traviesa—. Te ha puesto a cien ¿verdad? —dice y baja su mano para rozarle el paquete.

Carraspeo porque si no notan mi presencia, comenzarán a montárselo allí mismo.

—¿Quieres unirte, chica de oro? —me pregunta Kate, echándome un vistazo por encima de su hombro.

—Tengo heridas que curar antes de plantearme si quiera retos nuevos —contesto sinceramente.

—Ese capullo te ha dejado jodida ¿eh?

—Ambos lo están —comenta Adam levantando la vista para mirarme directamente a los ojos—. Jude está hecho una porquería. Tan pronto parece que arrancará la cabeza a alguien por cualquier gilipollez como le importa una mierda lo que ocurre a su alrededor.

Sí, Jude siempre ha sido una espada de doble filo.

—Tengo que irme —aseguro tratando de ocultar el temblor en mi voz.

De camino a casa, paro en una tienda de licores y cojo una botella de bourbon. Hoy ahogaré las penas en alcohol y mañana volveré a ser yo de nuevo. Al menos, una versión resacosa de mí misma.

# CAPÍTULO 13

## *Celos y posesión*

Mi profesión está relacionada con la salud, el bienestar y la mejora de vida de las personas, no puedo entender a esos individuos que se enriquecen a costa del perjuicio de los demás. Normalmente, no juzgo lo que no puedo comprender, pero, en este caso, y siendo testigo de primera mano de lo que les ocurre a los consumidores de heroína, solo puedo condenar a los que se lucran de la venta de estupefacientes.

Mientras sonrío a Michael, mi mente está ocupada formando una serie de alucinantes improperios contra su persona. No entiendo como no se trasluce en mi cara, aunque tal vez sí ocurra porque he leído el reconocimiento en su expresión, aunque me guiñe un ojo coqueto siempre que puede.

Quiero hablarle de Jude, pero siempre está rodeado de personas u ocupado con reuniones. Y le temo. Le he observado atentamente y ha sembrado el terror a su alrededor entre las personas que le rodean. No me cabe duda de que es astuto y despiadado, si no fuera así, nunca habría llegado a la cúspide delictiva en la que se encuentra.

—¿Qué ronda por esa cabecita? —me pregunta un día a mi espalda dándome un susto de muerte.

Se ríe cuando casi dejo caer una botella de champagne francés de casi doscientos dólares. La estabilizo, tratando de recuperar mi ritmo cardiaco normal cuando me doy cuenta de que es el momento perfecto para abordarle.

—Pensaba en Jude —lanzo a bocajarro.

—¡Ah! —exclama con un tono burlón—. Que tiernos sois. Cuánto amor escondéis el uno por el otro —manifiesta con su amplia sonrisa, extendiéndose por todo el rostro—. En realidad, no es tan oculto. Tengo un video muy revelador donde queda de manifiesto —comenta con tono confidencial—. Se lo envíe a él. ¿No lo ha compartido contigo? —me pregunta, fingiendo sorpresa al ver mi expresión incrédula— ¡Cuántos secretos te oculta ese chico!

—No me ha escondido que trabaja para ti y qué es lo que hace —le suelto con tiento.

—A mí, querida Brooke, me parece que esa es una información a medias.

—Explícate.

Se ríe abiertamente y soy capaz hasta de verle la campanilla.

—Tú primero, ¿qué estás dispuesta a ofrecer para que él quede libre de cualquier deuda contraída conmigo?

Guardo silencio mientras a mi mente acude la anterior mención de mi compañero sobre su trabajo añadido, vendiendo su cuerpo.

—Todo —aseguro mientras un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—Eso es música para mis oídos, dulce Brooke —declara, girándose y alejándose mientras mi cuerpo se sacude tembloroso pese a la alta temperatura que se respira dentro del local.



Adam me hace llegar por correo una invitación para la inauguración de su exposición en la nueva galería. Tenía muchas ganas de verla, pero ahora dudo con la tarjeta en la mano.

Él no ha mencionado a Jude, así que supongo que no acudirá.

Me siento junto a Will y Bobby en el sofá y el que ellos se ofrezcan a acompañarme termina de convencerme.

Me visto de etiqueta, como se requiere en la invitación, con un vestido entubado rojo y las botas hasta las rodilla y lanzo gloriosos piropos a mis acompañantes antes de salir por la puerta.

La galería se encuentra en Harbor East una zona llena de nuevos edificios residenciales y locales modernos.

La encontramos con facilidad porque está excepcionalmente iluminada y parece que ha acudido un buen número de personas.

Al cruzar la puerta un camarero con una bandeja nos ofrece una copa de vino blanco espumoso que aceptamos los tres.

Las fotografías de Adam inundan las paredes llenas de sensualidad,

arrebató e insolencia. Algunas ya las he visto en la antigua galería, otras son completamente nuevas.

Nos detenemos delante de una en las que salgo yo y lo primero que pienso es que es demasiado grande y revela demasiado, luego me sorprende de mi mirada desafiante, de la emoción en la expresión como si realmente hubiera captado mi disputa interior entre el dolor y la resistencia.

—Es espectacular —conviene Will.

—Come que me pone y yo con las tías nada de nada —bromea Bobby, sacándome una sonrisa.

Adam, bastante ocupado, solo puede hacerme un gesto a modo de saludo desde la distancia, y yo alzo la copa felicitándole.

Will y Bobby se adelantan mientras yo sigo estudiando mis fotos. Todas tienen una pátina de dorado y negro que envuelven mi cuerpo casi volviéndolo irreal.

Contengo la respiración delante de aquella en la que solo se ven mis piernas dobladas y abiertas con las puntas de los pies sobre el suelo y mi sexo apenas cubierto por uno de ellos.

El cartel de vendido cuelga de una esquina y miro alrededor en busca del posible comprador como si tuviera que tener algún distintivo diferenciador. Es entonces cuando lo veo. No entiendo cómo no lo he hecho hasta ahora cuando es evidente que destaca entre la multitud.

Lleva una camisa en un color azul muy pálido de manera irreverente: por fuera de su pantalón oscuro y con los botones del cuello abierto, pero parece el más elegante de todo el local. El tono resalta el hielo de esos ojos que mantiene fijos en mí.

Está apoyado en una columna de manera desmadejada con una copa en la mano y no hace amago de acercarse, así que yo tampoco lo hago. Trato de ignorarle y continúo avanzando por las fotografías.

—Esa es mi favorita —dice a mi espalda con voz profunda y ronca, refiriéndose a la que estoy de perfil, tumbada sobre los codos, con la espalda erguida, la cabeza hacia atrás, manos en las caderas y las rodillas dobladas—. Aunque mataría a Adam por estar detrás de ese objetivo.

Inhalo con fuerza, echándole un breve vistazo por encima de mi hombro.

—Esa actitud tan celosa y posesiva no va contigo, Jude.

—¿Eso crees? No has hablado con Adam entonces y su labio partido.

Me vuelvo incrédula buscando comprobar la confirmación de lo que dice.

—Estás loco. Fue absolutamente profesional y la decisión fue mía. No tenías derecho —le enfrento apuntándole de manera directa con un dedo en su pecho.

—Reconozco que no fue un buen día y perdí el control, pero eso no significa que no haya sentido deseos de arrancar un par de ojos hoy de unos desgraciados con comentarios desafortunados delante de tus fotos, y tampoco significa que ahora mismo no esté deseando acercarte a mí y besarte delante de todos ellos para dejar bien claro que no tienen ninguna oportunidad contigo.

—Jude —le ruego para que pare o tal vez para que siga, no lo tengo claro.

—Lo sé —responde con un tono que no disfraza su sufrimiento.

Mi dedo sobre su pecho se reúne con el resto y poso la palma. Sus músculos se tensan por el contacto y mi mano vibra a la vida entusiasmada por poder tocarle. Su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia él con fuerza.

—¿Esto sacia tu ego de cavernícola?

—Un poco, pero no lo suficiente.

Atrapa mis labios con los suyos, los roza escasamente con su lengua y los aleja despacio, manteniendo el inferior entre sus dientes hasta que la distancia le obliga a soltarlos.

Recupero la capacidad de respirar lentamente.

De repente, todo su cuerpo se paraliza y la expresión de su rostro se vuelve de granito cuando mira por encima de mi hombro.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí! No sabía que te interesaba el arte, Davis —le saluda un hombre de mediana edad con una sobresaliente panza y el cabello ralo peinado hacia un solo lado, pero con un impecable traje hecho a medida que exuda dinero por todos los poros de su piel.

Me echa un vistazo y el brazo de Jude me afianza a su lado sin soltarme.

—Ahora entiendo de dónde sale ese interés —apostilla mirándome a la cara y luego al cuadro con la fotografía a nuestra derecha—. Saluda a Michael de mi parte la próxima vez que lo veas. Dile que la última mercancía que nos trajiste era extraordinaria —me echa un último vistazo sin percatarse de mi



incomodidad y me guiña un ojo—. Llámame si te cansas de él.

Tomo distancia poco a poco del cuerpo de Jude y su brazo me deja ir sin resistencia hasta caer a su lado.

—¿Davis? —pregunto con incredulidad.

O está usando un apellido falso o ha abandonado definitivamente el de mis padres, Miller.

—¿Has dejado el trabajo de aquel club? —me pregunta desviando el tema con el ceño fruncido como si no fuera capaz de manejar la frustración y el jarro de agua fría que ha supuesto la aparición de ese tipo.

—No es asunto tuyo —contesto. Al menos yo sí le concedo una respuesta. Lo cierto es que también siento ganas de patalear y revelarme. Esta situación nos mantiene frenéticos cuando estamos juntos y desquiciados cuando no es así.

—No juegues conmigo. Te dije que debías dejarlo.

—¿Acaso te digo yo a ti lo que debes hacer, Davis?

—Brooke —vuelve a insistir con tono de aviso.

Clavo los ojos en él con aspereza, el sinsabor se aloja en la punta de mi lengua y estoy a punto de arrojarle a la cara que mi trabajo y lo que probablemente deba hacer es la llave para su liberación, pero él enloquecería. Lo más probable es que nunca deba saberlo, solo espero que no desperdicie la oportunidad que le concederá mi sacrificio.

Esa idea me aleja un paso más de él y su mirada se entrecierra sin dejarme.

—¿Qué estás tramando? —inquire.

—No sé de qué hablas.

—Te leo como un libro abierto, Brooke. Me estás ocultando algo.

—Tiene gracia que tú, precisamente, me sermonees sobre guardar secretos. Dime, ¿por qué no me comentaste nada sobre el vídeo que te envió Michael?

Su cara se crispa, conteniendo su ira, y cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra antes de enterrar su mano en mi antebrazo.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—No respondes a una sola de mis preguntas ¿por qué debería hacerlo yo?

—No te lo dije porque ese mensaje contenía una amenaza encubierta para mí.

—Quiero verlo —insisto.

Mira a su alrededor con mirada crítica y tira ligeramente de mi brazo para que le siga. Sorteamos personas hasta llegar a una puerta de emergencia. Tira de ella sin delicadeza y salimos a la parte de atrás de la galería: una zona tapiada con una oxidada escalera antiincendios en la que toma asiento después de sacar su teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Comienza a trastear en él con una sola mano, y el sonido que surge me confirma que ya ha encontrado el vídeo.

Me lo tiende y lo cojo con un leve temblor.

Se siente extraño ver lo que ocurrió aquella noche en el *Sex escape room* desde fuera, como si me asomara a una película protagonizada por mi misma... una película muy erótica.

El vídeo se reproduce a partir del momento que yo tomo asiento sobre él y sus manos se deslizan bajo mi falda para presionarnos con más fuerza.

Yo también me dejo caer sobre el escalón al lado de Jude sin poder despegar mi atención de la pantalla de su móvil. Sé que él lo hace por encima de mi hombro lo que resulta más comprometido todavía.

Puedo ver mi expresión y la suya con más claridad que ese día. Nuestras caras reflejan el sufrimiento, la necesidad y la agitación. Nuestras respiraciones son agitadas, nuestras bocas abiertas aspiran con fuerza y mis caderas se mueven claramente, pese a la lentitud, contra él.

Jude se relame y traga saliva con fuerza cuando mi mano se cuela entre ambos y su gemido suena ronco y gutural.

Lo miro hasta el final, afectada, impresionada e inquieta por los ojos de Jude tras de mí y por el latido que comienza a palpar entre mis piernas.

«¡Qué incautos fuimos pensando que no nos descubrirían! Resulta evidente lo que hacemos y que el ímpetu nos cegaba».

—Es muy instructivo —comento devolviéndoselo lo que dibuja una leve sonrisa en sus labios—. ¿No es ilegal filmar eso?

—Claro que lo es, pero eso no preocupa mucho a Michael.

—No lo has borrado. ¿Eso no es lo primero que deberías haber hecho? —pregunto con recelo, girándome hacia él.

—Si lo hubiera hecho, no habría podido enseñártelo.

—Nunca fue tu intención hacerlo, así que... —insisto indagando en sus ojos.

—¿Cuál es la maldita pregunta?! —responde exasperado—. ¿Por qué no lo he borrado? ¿De verdad tengo que contestar a eso?!

—¿Por supuesto! —casi grito con mi nariz a la altura de la suya—. Tienes un video mío en una situación comprometida.

Una sonrisa torcida e irónica se dibuja en sus labios.

—Ahora mismo hay un buen número de personas viendo fotos de ti mucho más reveladoras. ¿Es que crees que voy a pasárselo a mis colegas para que se hagan pajas a tu costa?

—¿Es eso lo que haces tú con él? ¿Para eso lo quieres?

—¿Por supuesto! ¡Lo hago cien veces al día! ¡Lo cierto es que no sé ni cómo me tengo en pie! —responde conteniendo la ira en su voz a duras penas.

Su respuesta me toma por sorpresa y una carcajada surge traicionera de mi garganta. Eso relaja su expresión. Baja la cabeza para apoyar su frente en la mía y suspiro más relajada, inhalando su aliento como una droga que necesito para mitigar el mono.

—¿De verdad quieres saberlo? O ¿estás tratando de castigarme para ignorar lo que te ha hecho sentir? —me susurra prácticamente en los labios. No soy lo suficiente valiente para responder a eso y me muerdo el labio—. Es una prueba, Brooke. De su extorsión. Nunca se sabe —responde sin reproche.

—Lo siento —consigo articular en voz baja.

Restriego su frente con la mía y nuestras mejillas coinciden. Se acarician y se miman mientras su nariz roza la mía. Su boca entreabierta me atrae como si resguardara mi alma y la necesitara para existir.

Apoya su mano en mi cuello y su pulgar acaricia mi labio inferior. Cierro la boca en torno a él y lo succiono mientras deslizo la lengua por él.

Le oigo jadear y mi respiración se acelera.

Se inclina hacia atrás apoyándose en el escalón superior mientras empuja mi culo con la mano libre para que me siente sobre él. Abro las piernas alrededor de sus muslos y me dejo caer sobre sus caderas como en el video que acabamos de ver.

Echa la cabeza hacia atrás para mirarme de manera directa a la cara.

—Esto es una locura. Vas a acabar conmigo —susurra mientras sus labios atrapan los míos y los humedece con su lengua. Está extremadamente duro. Se empuja entre mis piernas y me frota enérgicamente—. Quiero ver esa misma expresión en tu cara. —Niego sin comprender, demasiado perdida en el fuego que avivan entre nuestros cuerpos—. La expresión de plenitud y deslumbramiento que capta la cámara cuando me llevas a tu interior.

—Solo lo guardas como prueba ¿eh? —comento mordaz con la respiración demasiado agitada.

Una leve risa sale de su pecho, donde mis manos se han deslizado entre los botones de su camisa.

—Brooke, no podemos montárnoslo aquí mismo —murmura con tono pesaroso.

Pero sus manos en mis nalgas continúan haciéndome cabalgar sobre su pantalón.

—Está bien. Paremos —acepto sin dejar de restregarme contra él.

—Sí —prácticamente jadea, pero baja el escote de mi vestido con la barbilla y atrapa un pezón con su boca. Lo chupa y la punta de su lengua golpea suavemente sobre él.

El sonido de la puerta al abrirse y cerrarse nos congela. Oímos pasos y Jude me cubre el seno con el vestido de nuevo.

—¡Vaya! Una cosa era imaginarlo y otra verlo —salta Kate sin ningún bochorno cuando nos descubre—. La chica de fuego y el tío de hielo. Ella le derrite y él la consume.

—¿Te dedicas ahora a la poesía? —le pregunta Jude con fastidio mientras me deslizo de su regazo con un calentón que será difícil apaciguar.

—Te dije que llevaras siempre la cámara encima —le dice a la figura que aparece a su lado, ignorando la pregunta.

—No quiero acabar con la nariz rota también —le responde él con un gesto de fastidio.

—¿Qué hacéis todos aquí? —pregunta Frederick, asomando la cabeza seguido por Megan y Sean.

—Brooke y Jude estaban a punto de ensamblar. Me temo que les hemos interrumpido —explica Kate con naturalidad.

—¿Aquí mismo? Eso sí que es estar desesperados —opina Megan.

—¿Qué esperabas después de esas fotos?

—Es una pena que no los hayáis dejado. Tenía la esperanza de que eso mejorara su humor —interviene Sean con un rápido vistazo a Jude.

Él resopla con desdén y acepta el cigarro que le ofrece. Lo enciende y absorbe el humo con parsimonia.

—Parecéis todos unos cotillas metomentodo —comenta secamente.

Eso despierta una sonrisa en Sean.

—¿Por qué no nos acercamos a por unas birras a algún garito? Esa bebida tan delicada que ofrecen me afina la voz.

—No he venido sola —respondo a Frederick—. Y creo que a estas alturas ya se estarán preguntando dónde me he metido.

—Trae a tus colegas también —responde como si fuera lo más lógico, levantando sus hombros en un gesto de indiferencia.

Niego con la cabeza.

—Vamos, Brooke, la exposición ha sido un éxito. Tenemos que celebrarlo —interviene Kate, cogiendo mi mano para tirar de mí como si eso me incorporará al plan definitivamente.

—Déjalo estar ¿quieres? —irrumpe Jude con voz exacerbada, echando su cigarro a medio terminar al suelo y encaminándose a la puerta.

—A eso me refería —apunta Sean.

Y eso es lo que termina de convencerme. No hace falta que lo busque para saber que ya no está.

Me reúno con Will y Bobby, y juntos ponemos rumbo a casa.

# CAPÍTULO 14

## *Secretos desvelados*

Siempre lo hago por Navidad, me detengo junto a un abeto decorado de brillantes luces intermitentes, bolas y cintas de colores, y trato de distinguir al árbol que se esconde tras toda esa parafernalia; tal vez con ramas desnudas y debilitadas, una copa demasiado torcida y un tronco reseco y sediento. Nadie percibe eso.

«A veces, las personas solo somos adornos».

Nos define la ropa que usamos, la cantidad de maquillaje que llevamos, el corte de pelo, el coche que conducimos, el perfume que gastamos y la pose que adoptamos frente a las dificultades, aunque por dentro estemos aterrados.

No soy especialmente valiente, quizás un poco impulsiva e irreflexiva, pero en mi interior aún cobijo a esa niña que aún teme tomar un callejón sin salida, aunque trate de ignorarla y me niegue a arrepentimientos.

Claro que no todas las elecciones son igual de determinantes y, a veces, no solo me afectan a mí. Cuando eso ocurre, ningún fingimiento puede ocultar mi inseguridad y el miedo más atroz a equivocarme.

Echo un vistazo a la mesa de Michael, que siempre reserva para sus negocios en el club, y casi se me cae la botella de cerveza que llevo entre las manos. En algún momento, mientras estaba distraída, Jude se ha unido a él.

Un pequeño vistazo de soslayo me confirma que él también sabe que estoy allí. Michael mantiene esa sonrisa amplia mientras le observa. Juega con nosotros. Es un verdadero psicópata.

Me hace una seña para que me acerque. Oculto la impresión, la inquietud y los latidos acelerados del corazón y cojo la bandeja para acercarme a esa esquina resguardada.

Además de Jude y Michael, otro hombre ocupa la mesa, más la rubia de la vez anterior a la que tanto parece gustarle Jude porque se arrima a él como un líquen a la corteza de un árbol. Un poco más alejados, sus eternos guardaespaldas no quitan ojo sobre todo lo que ocurre a su alrededor.

—Hola, preciosa —saluda el dueño—. ¿Puedes traernos una botella de bourbon y copas para todos?

Asiento con la cabeza, evitando mirar a Jude. Sé que debe estar muy enfadado porque, pese a sus múltiples advertencias, continúo trabajando ahí. De todas formas, a mí también me irrita que él no abandone sus actividades con Michael, así que no creo que esté en posición de reprocharme nada.

—Espera, ¿puedes antes sacarnos de dudas respecto a un debate que hemos abierto aquí?

—¿De qué se trata? —pregunto sin emoción, como la perfecta y servicial camarera que se supone que debo ser.

—¿Eres rubia natural? —pregunta el otro tipo con ansia.

Y eso provoca una carcajada en Michael.

—¿Perdona?

Mis ojos desobedientes buscan a Jude, pero él me evita hasta el punto de mirarse las manos sobre el regazo mientras juega con un mechero girándolo con fuerza. Parecería indiferente, sino fuera porque rechina los dientes hasta hacer vibrar el músculo de la mandíbula.

El hombre me mira como si yo fuera corta de entendederas y lo repite lenta y marcadamente:

—Que si eres rubia natural. Ya sabes, son tantas las que lo afirman y tan pocas las que pueden sostenerlo sin ropa —añade con una risotada que me produce arcadas.

Me pregunto si Michael está planeando que me acueste con este tipo y pretende que quede implícito delante de Jude. Es tan retorcido que es capaz de tratar de torturarnos de esa forma, pero sigo estando dispuesta a todo si eso supone su libertad.

—No, lo siento. Todo negro como el carbón por ahí abajo —miento descaradamente, despertando sus risas y hago amago de marcharme.

—Pues yo creo que me estás engañando —insiste y yo empiezo a irritarme, espero que este tipo no pretenda que se lo demuestre ahí mismo.

Me muerdo la lengua cuando Michael levanta una ceja en un gesto de advertencia. Si de verdad le dijera lo que pienso, perdería todas mis oportunidades de salvar a Jude.

—¿Algo más? —le pregunto a él directamente en busca de alguna pista, evadiendo el comentario.

—No, eso es todo —responde antes de despedirme con una mirada divertida dirigida a un poco receptivo Jude.

Me queman sus ojos en el trasero cuando me doy la vuelta y comienzo a alejarme.

—Oye, Brooke —me llama Michael de nuevo—. Trae otra copa para ti.

—Mientras no se entere mi jefe...

Mi comentario le divierte y su sonrisa perfecta vuelve a resplandecer con luz bajo los focos tenues del techo.

No tengo más elección que la de adaptarme a los términos que quiera imponerme, así que me apresuro con la comanda y le explico a Thomas que se queda solo a cargo del servicio. Me devuelve una sonrisa irónica, pero se encoge de hombros como si no le importara lo más mínimo lo que decido con mi vida, y lo más seguro es que así sea.

Pongo la botella y las copas sobre la mesa. El tipo pomposo de las preguntas incómodas me hace un sitio a su lado.

—Siéntate aquí, hermosa —me invita con una sonrisa relamida.

Me cuelo entre sus piernas, obsequiándole con una visión privilegiada de mi trasero que aplaude con un gruñido desagradable y tosco. Me siento a su lado fuertemente presionada contra su amplio cuerpo. Me siento más desnuda y descubierta que nunca, pese a contar con el estúpido buzo de cuero que Michael nos obliga a ponernos.

—Debes saber que Brooke no es solo camarera, Owen. Estudia en el Colegio de Enfermeras de la Johns Hopkins, y sus padres son unos reconocidos científicos del Instituto Médico Howard Hughes.

Evito mirar a Jude para ocultar la impresión.

—Belleza e inteligencia son armas muy poderosas —comenta mi compañero de asiento.

—Ni los más inmutables pueden resistirse a eso —apunta Michael elevando su copa llena en dirección a Jude.

Sé poco sobre las mafias o carteles de drogas, pero estoy segura de que tienen una estructura sólida y los traficantes que se ocupan de pasar o vender



su género en las calles se encuentran en la parte inferior de su jerarquía, así que ¿qué hace Jude allí? ¿Como si fuese algo más que un simple intermediario?

Pese a que está sentado al otro lado de la mesa, noto la tensión que exuda por cada uno de los poros de su piel y se irradia como una bomba de calor al resto de los presentes. Michael también lo percibe y su sonrisa no abandona sus labios mientras le observa. Disfruta tanto de su malestar que empiezo a pensar que eso no trata solo de una mercancía perdida o una advertencia.

—¿No dicen que es conveniente tener siempre una enfermera a mano? —pregunta el tipo a mi lado con una carcajada mientras su zarpa cae sobre mi muslo posesivamente.

La risa muere en su garganta cuando Jude le dirige la mirada de los mil infiernos y casi escupe con voz amenazante:

—Quítale la mano de encima.

—Perdona las formas de Jude, Owen. Él es muy protector con su hermana —interviene conciliador Michael sin dejar su tono irónico.

—¿Su hermana? Bueno, no te preocupes, amigo, prometo tratarla como se merece.

Como su mano no se ha movido de mi pierna, la muevo ligeramente, pero sus dedos se enroscan alrededor con una ligera presión.

—No soy tu amigo y tampoco te conviene cabrearme. No esta noche.

Los dedos se aflojan y la palma abandona su presa poco a poco. Lo cierto es que yo tampoco me arriesgaría a despertar la ira de Jude. Solo con su mirada y la tensión de su mandíbula, ya resulta suficiente amenazador.

—Esperabas esto ¿no? Te gusta enredar con la gente, Michael —comenta incómodo el tipo.

El interpelado se ríe por toda respuesta.

—No te preocupes, Owen. No es de ti de quién necesito algo. Verás, ¿recuerdas aquello que hablamos? Pues estos dos tienen la clave para llegar a ello. Aquí, el *amigo* Jude cree que no estoy al tanto de sus actividades; todas. Ha creído que era más listo que yo, pero, en realidad, solo ha caído en su propia trampa al tratar de ganarse mi confianza y, ahora, tengo a lo único que realmente le importa.

»Advertirás—le dice de manera confidencial—, que Brooke no es solo su hermana, a él le encanta follársela. Creía que podría ocultarme ese pequeño detalle. Le gusta jugar al chico duro que no siente lealtad por nadie y nada le afecta, pero yo he descubierto cuál es su flaqueza, ¿verdad? No hay nada que no hiciera para mantenerla a salvo y eso es justo lo que necesitaba para controlarlo.

La mano del tipo vuelve a mi pierna como si Jude ya no supusiera una amenaza, y este dispara una mirada implacable cargada de tormentosas y violentas promesas.

—Déjala ir, Michael. Ella no tiene nada que ver en todo esto —le pide como si fuera una orden más que una solicitud, pero soy capaz de percibir un leve atisbo de desesperación.

—Te equivocas. El que seas un agente de la ley es lo de menos aquí. Tengo muchos bajo mi nómina. La traición me duele. No lo voy a negar. Sin embargo, mis intereses van un poco más allá de tu artimaña para infiltrarte en mi red.

Mi mirada se dispara a Jude. ¿Es policía? ¿Un infiltrado? ¿Cómo es posible? ¿Todo este tiempo ha estado fingiendo y ocultándome la verdad? ¿Alejándome, sin desearlo, para poder mantener su anonimato y desvincularme de su arriesgada misión? No sé ni cómo tomármelo. Una parte de mí siente un alivio infinito, pero un miedo atroz se atenaza en mi estómago.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta con tono derrotado sin mirarle, con sus ojos en mí, como si lo más importante en esos momentos, fuera leer mi reacción y trasmitirme un poco de aplomo.

Michael finalmente esconde su sonrisa relamida y se frota la barbilla con una mano como si reflexionara de forma profunda sobre ello.

—Estoy seguro de que no ignoras del todo la naturaleza de las investigaciones de los Miller —comienza a decir y, ahora, sí que me siento completamente perdida—. En su cruzada contra los efectos de la heroína han descubierto una composición que elimina por completo la adicción a esa droga y cualquier otro opiáceo. Estoy seguro de que entiendes lo que eso supondría para este negocio. Si bien es cierto que muchos de sus consumidores lo hacen por el *viaje*, el negocio no sería el mismo sin la adicción que provoca. Tengo entendido que pretenden empezar a probarlo

aquí, en Baltimore.

—Falta mucho para que consigan una solución realmente efectiva —se aventura Jude.

—Eso no es lo que yo he oído —responde Michael con voz dura—. Y, sinceramente, prefiero anticiparme y proteger mis intereses como estoy seguro que querrás hacer tú con los tuyos —conviene con un leve vistazo hacia mí—. Quiero que me consigas toda la investigación: experimentos, fórmulas, documentos, materiales, fotografías, todo. Yo me ocuparé de destruirlo.

»Tengo a alguien dentro, pero ellos son celosos con su trabajo. Hay un lugar oculto donde lo esconden con un sistema de seguridad al que solo ellos pueden acceder. Estoy seguro de que serás capaz de averiguarlo y hacer lo que te he pedido. Y te darás prisa si no quieres que tu hermanita acabe bajo la custodia de Owen. Su última chica acabó en el hospital bastante maltrecha, y estoy seguro de que está ansioso por remplazarla.

Mis ojos se lanzan al susodicho.

—No lo permitiré —gruñe Jude.

—Me temo que no tienes más opción. Estáis vigilados las veinticuatro horas del día. Tus esfuerzos por mantenerla lejos han sido patéticos —le contesta sin demostrar ninguna emoción—. Por cierto, dile a tu padre que gran trabajo. No a Peter, por supuesto. Ya sabes de quién hablo.

«¿Su padre?»

No soy capaz de digerir tanta información. Por primera vez, comprendo a Jude perfectamente y entiendo su necesidad de adaptarse a la avalancha de matices que es capaz de absorber.

—Aunque destruyas toda la investigación, ¿qué te hace suponer que no volverán a empezarla?

—Eso conllevará décadas y una financiación que tal vez nunca llegue de nuevo, pero seguro que para entonces ya tendremos más anticipación y recursos.

—No podemos hacerlo —respondo con rotundidad—. Nunca podría hacerles algo así a mis padres y menos aún arruinar una investigación que ayudaría a tantas personas.

—Creía que estabas dispuesta a todo para ayudare, querida. ¿No fue eso lo

que me dijiste hace unos días? Esta es tu oportunidad de ponerle a salvo y sacarle de mis sucios asuntos.

—Brooke —me llama Jude.

No me había dado cuenta de que se había puesto en pie y tenía una mano extendida en mi dirección, esperando que la coja y me vaya con él.

—Sin tretas y yo tampoco las tendré. Tenéis quince días.



Me saca casi en volandas de allí sin mirar atrás. Pone su chaqueta de cuero sobre mis hombros y yo meto los brazos para resguardarme del aire fresco, pero ambos bajamos congelados del viaje en moto.

—Jude —trato de hablar con él cuando aparca enfrente de mi urbanización

—Ahora no, Brooke. Prepara una bolsa con algo de ropa y lo más básico.

—No pienso irme.

—Nos están siguiendo. Ahora mismo, sería difícil hacerte desaparecer. Vendrás a mi casa.

Asiento con la cabeza intranquila, mirando alrededor en busca de esa o esas personas que nos vigilan sin resultado.

—Brooke —me apremia.

Supongo que las preguntas tendrán que esperar aunque me quemén en la garganta.

Hago un petate rápidamente, contagiada de la intranquilidad y la urgencia de Jude, y me lo pongo a la espalda. Me detengo mientras le observo, registrando cada rincón de mi habitación con una eficiencia milimétrica, tal y como hiciera aquella primera vez que me acompañó a mi casa, solo que ahora me doy cuenta de que forma parte de su preparación.

«Es policía» me repito sorprendida, tratando de hacerme a la idea.

Repasa con sus dedos debajo de las estanterías, dentro de la tulipa de la lamparilla de noche, mira bajo la cama y por encima de las celosías de la pared sin resultado. Es entonces cuando saca una pistola de su bota y la coloca a su espalda en la cintura de su pantalón bajo su camiseta. Me quedo

impresionada. Me parece estar viendo a un total desconocido.

—Vamos —vuelve a insistir.

Le sigo como una automática que de repente no sabe tomar decisiones propias y necesita su guía para saber cuál será su próximo paso.

Al llegar a su casa, abre la puerta con furia sin detenerse a comprobar si le sigo o no.

—¡¡Sean!! —grita lleno de cólera.

Él aparece por la puerta de la cocina confundido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta echándome un vistazo.

—¡Dímelo tú! ¿Por qué cojones Michael quiere agradecerte tu trabajo?

—¡¡¿Qué?!! —suelto yo incrédula—. ¡¿Sean es tu padre?! Pero es demasiado joven...

—A ver, por partes, no sé a qué coño podría referirse Michael. Sabes cómo es. Trata de confundirte, Jude. Explícame de qué va esto.

—Lo sabe, Sean, absolutamente todo. Ha jugado con nosotros desde el principio—se lamenta pasándose una mano por la cara—. ¿Y por qué te empeñaste en contratar a Brooke?

—Porque me importas y sé lo que ella representa para ti.

—Insinuaste que si te metías en la cama conmigo no sería para dormir —intervengo.

—¿¡Qué cojones!?! ¿¡Le ofreciste acostarse contigo!?! —ruge Jude.

—¡Sabía que diría que no! ¡Dios santo! Es una chica lista. ¡Eres mi hijo! ¡Estás loco por ella! ¡Jamás te haría algo así!

—Pero ¿cómo? ¿No podrías tener más de...? —trato de entender abrumada.

—Quince años —responde él—. Me alejaron de ella y jamás supe que había sido padre.

—¿Y cómo os reunisteis?

—Encontré la información sobre mis padres en el despacho del tuyo. Eso fue lo que me trajo a esta ciudad. Sean pertenece a la división de narcóticos del departamento de policía de Baltimore. Nos infiltraron a ambos.

—De tal palo tal astilla —murmuro con una mueca sin nada de humor. Aún sigo turbada y conmocionada—. ¿Y ella?

—Murió hace tiempo. Una sobredosis. Jude no llegó a conocerla —me explica Sean.

—Lo siento —digo con tristeza.

—Brooke —dice Jude, tratando de llamar mi atención mientras se acerca y levanta mi cara con sus manos para que fije los ojos en él—. Te lo hubiera contado de haber podido.

Niego con la cabeza.

—Lo entiendo —le tranquilizo— ¿Está mal si siento incluso alivio respecto a eso? Pensaba que jugabas al chico malo y resulta que eres de los buenos.

Bajo la cabeza y la cima se apoya contra su pecho mientras rodeo su cintura con mis brazos. Sus manos acarician mis mejillas y besa mi coronilla con una delicadeza inaudita.

Se siente bien poder hacerlo sin trabas, sin tener que escondernos o sentirnos mal por lo que compartimos. Y esto llega en el momento más tenso de mi vida.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora, haré lo que me ha pedido.

—Yo sé dónde buscar. Puedo acceder más fácilmente que tú. Podría hacerlo el día de navidad,

—Es mejor que no te involucres.

—Siento interrumpir este momento tan entrañable, pero ¿podrías contarme de una vez qué demonios ha ocurrido? —irrumpe Sean con el ceño fruncido.

Poco a poco, Jude desgrana toda la historia sin entrar en los detalles más íntimos.

—No podéis hacer esto solos. Contactaremos con nuestro superior.

Jude niega con la cabeza.

—Busca una forma de sacarla de Baltimore.

—¡No! —me quejo—. No hagas esto de nuevo. Ya estoy involucrada. No has aprendido nada, chico listo.

—Escúchame, Brooke. Si tengo que cometer un delito para ponerte a salvo, lo haré. No hagas que sea en vano.

Ante la mención de la palabra delito, me paralizó. No puedo permitir que

Jude arruine su vida de esta forma.

—Tiene que haber otra manera. No permitiré que llegues a ese extremo. ¿Podríamos hablarlo con mis padres?

—Ese trabajo no les pertenece solo a ellos. No pueden entregárnoslo sin más y cuánto menos sepan, mejor será. Tampoco podemos falsificarlo porque Michael tiene a alguien dentro y lo sabrá. Nos quedan pocas alternativas...

—Facilitaremos la destrucción de años y años de duro trabajo, y la oportunidad de salvar miles de vidas.

—Esas personas tuvieron una oportunidad de elección, tú no. No te tortures por eso. Ve a descansar. Mañana pensaremos en ello más detenidamente.



Subo las escaleras hasta el ático de Jude donde me encuentro la cama revuelta y sin hacer. Me fijo en que aún llevo el horrible uniforme. Me deshago de él con saña y rabia, y me cubro con una camiseta, dejada en el respaldo de una silla, que me llega por las pantorrillas. Me hundo sobre el colchón y me hago un ovillo.

Me torturan las imágenes de mis padres, los pensamientos sobre la pasión con la que se entregan al trabajo, los posibles beneficios de su investigación y todo lo que Jude está dispuesto a arriesgar y sacrificar por mí, y me siento pequeña y prescindible comparada con todo eso.

No sé en qué momento me duermo, pero lo hago de forma intranquila y superficial. Salgo de mi duermevela cuando siento a Jude tendiéndose a mi lado. Le oigo moverse y respirar con fuerza cuando tira de mí, atrayendo mi espalda hacia su pecho, y pasa un brazo por encima de mi cintura para estrecharme fuertemente contra su cuerpo.

—¿Y si la concesión de la beca ni siquiera es mérito mío, y los tentáculos de Michael han llegado hasta allí para traerme a Baltimore y planificar esta encerrona? —susurro.

Él no responde y eso me confirma que también ha pensado en ello.

Lo asumo con dificultad.. Era demasiado para la mediocre Brooke. Una suerte que solo corresponde a grandes mentes, el caso es que me niego a conformarme.

—¿Cómo te ha ido hasta ahora con las pruebas que has hecho? —me pregunta al fin.

—Bien —respondo escuetamente.

—No me jodas, Brooke. Te ha ido más que bien. Eres tan digna de esa mierda como cualquiera de tus compañeros —comenta con determinación como si supiera lo que estoy pensando.

Pongo la palma de mi mano sobre la suya en mi cintura y deslizo mis dedos entre los suyos tatuados con las palabras: amor, odio.

—Realmente, tampoco importa puesto que tengo que olvidarme de ella.

Besa mi hombro como si se estuviera disculpando por ello.

Inhalo fuertemente. Tengo una sensación constante de falta de aire, como si el oxígeno abandonara la habitación o yo no fuera capaz de asimilarlo, y me veo obligada a respirar en profundidad para mantenerme cuerda.

—Estamos jodidos. Los remordimientos nos perseguirán de por vida.



Me despierto enredada entre sus piernas con mi cara contra su pecho y los latidos de su corazón, acompasados y fuertes en mi oído.

Aunque no es la primera vez que pienso en ello o lo reconozco, si me golpea con fuerza la intensidad de mis sentimientos por él.

Levanto lo ojos a su cara relajada y tranquila. Ese Jude mucho más accesible y desprotegido me envuelve de una ternura infinita.

Mis dedos recorren los tatuajes multicolores de su brazo desnudo y dibujan el ojo de color verde que corona su antebrazo. Los deslizo bajo su camiseta en busca de la piel de su estómago y por el camino mi mano tropieza con su erección bajo el bóxer, haciéndola dudar en la elección de su camino.

Retomo la idea inicial y acaricio los músculos de su vientre, repasando mentalmente el lugar y el dibujo de los tatuajes que acaricio bajo la tela.



Cuando me aventuro a su espalda rozando la piel de su costado, una suave risa aflora de sus labios.

—Me haces cosquillas —se queja, y puedo oír la sonrisa en su voz.

Su mano cubre mi trasero y lo empuja, apretándome contra él.

—Tienes que estar quieto. Quiero acariciarte.

—Brooke, llevo inmóvil más de cinco minutos. Creo que ahora me toca a mí.

—Te equivocas. Aún no he acabado. —Le obligo a tumbarse con la espalda sobre el colchón y me encaro a su cuerpo. Empuja su erección contra mí y trato de ignorar su urgencia. Esta vez, lo haremos de forma minuciosa, despacio y muy detenidamente. Necesito satisfacer mi curiosidad y rellenar todos los huecos en blanco sobre él, su cuerpo, su manera de moverse, sus jadeos, la expresión de sus ojos mientras culmina, la forma en que se ondulan sus músculos y sus manos me buscan con avidez. Tengo una aguda sensación de pérdida que trato de ignorar, pero ahí está molestándome y arruinando el placer que supone despertarme en su cama, como si alguna confabulación del universo se hubiera propuesto ponernos todo difícil.

Me deshago de su camiseta y le observo sin reservas.

—Me estás comiendo vivo con tus ojos —gruñe afectado.

—Puedo añadir otro sentido —le respondo posando mi boca en su pecho y lamiendo con suavidad las letras marcadas en su piel, rozándole con el *piercing* de mi lengua.

Un leve quejido sale de su garganta.

—He sido suficientemente paciente. Me toca —conviene y antes de darme cuenta me vuelca sobre mi espalda en el colchón y se cierne sobre mí.

Comienza a subir su camiseta por mi cuerpo y le observo alzar una ceja cuando sus ojos encuentran mi más reciente tatuaje. Desliza mis bragas hacia abajo descubriendo la frase entera.

—¿Cuándo? —pregunta.

—Poco antes de la exposición de Adam. Él lo hizo.

—¿Estás intentando que coja inquina a Adam? Porque vas por buen camino —comenta con fanfarronería.

Me rio y disfruto de su verdadera impresión. Esa que le ha hecho abrir los

ojos con placer y satisfacción porque ha entendido el mensaje y comprende que siempre le llevaré conmigo; porque hay emociones que ni la rutina ni el desencanto pueden borrar, que se quedan tan marcados a fuego que la distancia o el tiempo jamás las emborronan.

Él lo entendió mucho antes que yo, pero quiero que sepa que yo también lo siento. Jude estará en mi mente rondando por mi cabeza, como siempre ha hecho cuando no podía permitirme cobijarlo en mi corazón.

Hay conexiones que van más allá del amor.

Cuando me ve las lágrimas en mis ojos, me atrae hacia él en un estrecho abrazo.

—No todo está perdido. Llevo toda la noche pensando en una posible solución. Eso nos alejará de Baltimore. Tendremos que empezar de nuevo, tal vez con nuevos nombres y una vida distinta, pero estaremos juntos. Por primera vez, serás lo único a lo que no tenga que renunciar y la idea me tiene dando saltitos emocionado como un estúpido. —Me río de su analogía entre sollozos—. Siempre que tú consideres hacerlo.

Asiento con la cabeza repetidas veces para que no quepa ninguna duda.

—¿Qué ha barruntado esa mente prodigiosa?



No hace ni dos días que entregamos todo el material a Michael y ya pisamos suelo nuevo.

La idea inicial, de mantener a mis padres al margen, cada vez cobraba menos fuerza. El problema era que si los implicábamos, y ellos no denunciaban el robo, el propio laboratorio podía exigirles que rindieran cuentas sobre la financiación que recibían. Ahí es donde entraba el plan de Jude.

Cada día repasaba datos, fórmulas y ensayos; y cada noche procesaba toda la información. Yo me colaba en su habitación y, en silencio, respetaba sus esfuerzos por gestionar y grabar toda la información en su cabeza.

Si realmente Michael tenía alguien dentro de la empresa, solo advertiría

los esfuerzos de Jude por averiguar la forma de llegar a todo el material.

El día antes de la operación, mis padres ya estaban al tanto de todo. Incluida nuestra relación. Ocultaron bien la sorpresa lo que me hizo pensar que guardaban hacía tiempo alguna sospechaba o que lo sopesaron como una posibilidad. En cualquier caso, la coyuntura no era propicia para una reflexión exhaustiva sobre ese tema. Él y yo somos adultos y no somos realmente hermanos. Nada puede separarnos ya.

Facilitaron el proceso del robo a Jude, proporcionándole los códigos, las combinaciones, la situación y el horario propicio.

Por mucho que quisiera ayudarle, tenía que admitir que él era el que mejor estaba preparado para esa labor, así que tuve que apoyarle aguardando mientras mis uñas acababan en muñones.

Su superior le había advertido que estaba solo en eso y que cualquier responsabilidad caería sobre sus hombros. Una vez sustraído el material y, gracias a su memoria fotográfica, con todos los datos en la cabeza de Jude, sí podrían garantizarnos protección.

El robo fue rápido y limpio, y la estrecha vigilancia de Michael desapareció en el mismo momento que todo acababa en sus manos.

En unos días nos reuniremos con mi padres en... «No puedo decirlo. Es secreto». Los tres juntos comenzaran de nuevo a recabar toda la investigación, por lo que es imposible darla por perdida con todo el esfuerzo que Jude ha hecho porque eso no ocurriera.

Me ofrece su mano cuando vamos a atravesar nuestra nueva casa. Ya no somos Jude y Brooke, hermanastros, tatuador y piercer, policía y enfermera. Ahora somos una joven pareja y pronto seremos unos cualificados ayudantes de laboratorio.

Algún día, recuperaremos nuestro sitio, pero ahora esto es lo más importante y los sacrificios saben menos privativos cuando estamos juntos. Seguiremos teniendo miles de opiniones distintas, y nuestros caracteres chocaran una y otra vez porque entre Jude y yo todo se enciende de forma demasiado rápida e impetuosa, pero ahora que no debemos reprimir nuestra pasión, no hay nada que no arreglemos con un buen...

# AGRADECIMIENTOS

Dar las gracias a mi familia. Cabría pensar que estarían cansados de mis noches de trabajo hasta altas horas y de mis, a veces, días de aislamiento vital para terminar un capítulo, pero no. Son comprensivos y me apoyan.

Así pues, a mi marido y a mis hijos. Os quiero muchísimo.

Y a ti, lector, por darle una oportunidad a mi libro, por llegar hasta el final y por tu opinión sobre él en las redes sociales o en las plataformas digitales.

# BIBLIOGRAFÍA

<http://www.universia.es/estudiar-extranjero/estados-unidos/ciudades/baltimore/2171>

<https://www.infoidiomas.com/blog/4320/la-universidad-del-dr-house/>

<https://www.hotcourseslatinoamerica.com/study-abroad-info/subject-info/de-que-se-trata-el-examen-mcat-y-por-que-es-importante/>

<https://www.spainexchange.com/es/estudiar-extranjero/buscar-programa-academico-pais-13-US.htm>

<http://es.maps-baltimore.com/baltimore-barrios-mapa>

<https://www.elmundo.es/opinion/2015/05/01/55423b2fe2704e9f678b457e>

<http://dilatate.blogspot.com/2012/02/problema-bulto-expansion-lobulo-blowout.html>

<https://dilataciones.com/dilataciones-blog/los-piercings-mas-doloros-que-existen-b17.html>

<https://www.enfemenino.com/sexualidad/juegos-eroticos-s483241.html>

<https://piercingytatuajes.com/piercing-genitales>

<https://www.youtube.com/watch?v=LqRxcUcWXMg>

[https://www.elconfidencial.com/mundo/2014-02-28/viaje-a-baltimore-la-capital-de-la-heroina\\_94857/](https://www.elconfidencial.com/mundo/2014-02-28/viaje-a-baltimore-la-capital-de-la-heroina_94857/)

[http://www.ciudades.co/estados-unidos/ciudad\\_baltimore\\_21201.html](http://www.ciudades.co/estados-unidos/ciudad_baltimore_21201.html)

